

© Humberto Musacchio

Septiembre 2010

Esta es una publicación del Partido de la Revolución  
Democrática del Distrito Federal (PRD-DF) y Para Leer en  
Libertad A.C.

[brigadaparaleerenlibertad@gmail.com](mailto:brigadaparaleerenlibertad@gmail.com)

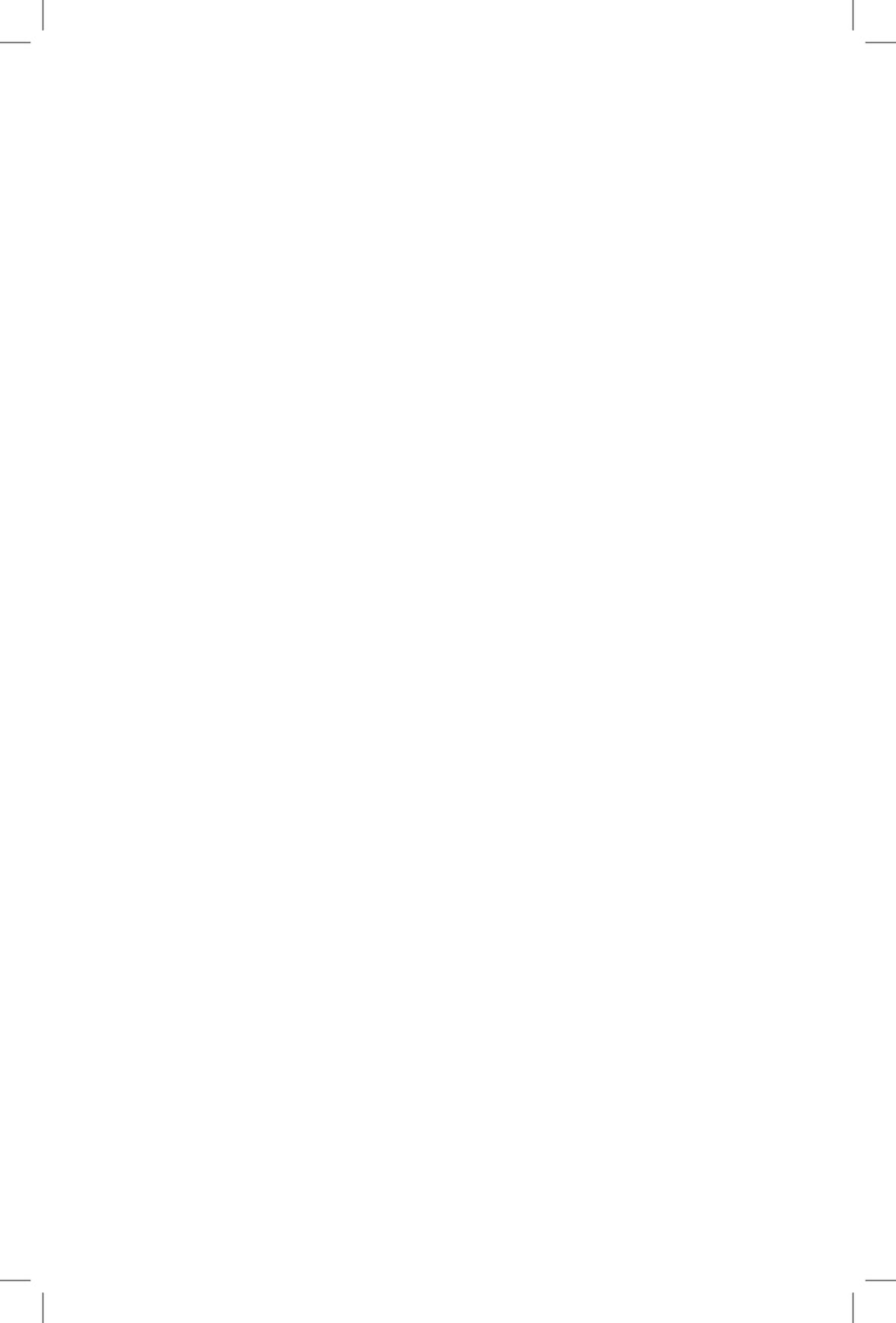
Fotografía de portada cortesía de Andrés Garay

Cuidado de la edición: Santiago I. Flores y Alicia Rodríguez

Diseño de libro: Daniela Campero

# CIUDAD QUEBRADA

HUMBERTO MUSACCHIO



*Para Gorín, quien ha resistido  
con entereza ejemplar los  
sacudimientos de la tierra y de la vida.*



## Humberto Musacchio

### Prólogo

A casi un cuarto de siglo todavía se discute la magnitud del terremoto del 19 de septiembre de 1985, el número de muertos y las pérdidas materiales. El 9 de septiembre de 2005, Laura Itzel Castillo, secretaria de Desarrollo Urbano y Vivienda del Distrito Federal, declaró que aquel sismo había sido de 8.1 grados Richter, que duró 120 segundos y tuvo su epicentro a 360 kilómetros de la ciudad de México, frente a Lázaro Cárdenas, Michoacán.

De acuerdo con lo dicho por la funcionaria, la cifra oficial de muertos es de cuatro mil 541, aunque ella misma mencionó que la cantidad estimada es de diez mil. Las personas rescatadas fueron cuatro mil 906, en tanto que 15,935 recibieron atención médica (cinco mil 784 con lesiones mayores). Fueron 12 mil setecientos los edificios dañados y de estos 1,300 resultaron colapsados. Son cifras que no siempre coinciden con otros números conocidos, pero dan una idea de las dimensiones del desastre.

Los temblores de 1985 causaron daños severísimos y pérdidas irreparables, pero también marcaron el surgimiento de una nueva conciencia de los capitalinos, quienes confirmaron que ya nada podían esperar de un régimen corrupto, enfangado en la ineficacia y la frivolidad.

Por algunos días, los habitantes de la metrópoli tomaron en sus manos el orden y demostraron que no necesitaban de las autoridades impuestas —entonces

### **Ciudad quebrada**

ni siquiera eran electas—, pues hasta el derecho de escoger a sus gobernantes le era negado a los ciudadanos del Distrito Federal.

En medio de tan enorme desgracia, aquella sociedad decidió levantarse y se organizó para el rescate de los sobrevivientes y para desenterrar a sus muertos. En unos días se dio a sí misma el aprendizaje que durante años se le había escamoteado. Surgió entonces la protesta organizada de los damnificados, y nuevos agrupamientos cambiaron la fisonomía político-social de la ciudad. Exigieron vivienda digna y la consiguieron, pero todavía más importante fue que cobraron consciencia de su fuerza y de la debilidad de un régimen que había entrado en fase terminal. Lo demás es sabido: en 1988 esos contingentes formaron parte del Frente Democrático Nacional, al año siguiente asistieron a la constitución del PRD y en 1997 ganaron el gobierno de la ciudad para uno de los suyos. Ahora van por todo, y también van a ganar.

**Humberto Musacchio**  
**México, Distrito Federal.**

## Humberto Musacchio

### La mañana violenta

El 19 de septiembre de 1985 empezó como un día cualquiera. Antes de las siete, en el modesto departamento de la colonia Obrera, frente a la confluencia de Isabel la Católica, Diagonal 20 de Noviembre y Lucas Alamán, una abuela consentidora celebraba las ocurrencias del nieto que pasaba con ella las mañanas. A las siete horas con 19 minutos, el niño percibió un extraño movimiento. Creyó que la abuela, siempre afanosa en distraerlo, había ideado algún juego que consistía en mantenerse de pie sobre un piso que se mecía. Pero ella, desde luego, no jugaba. Oía sin prestar atención a la pantalla de su televisor, que trasmitía por el Canal 2 su primer noticiero.

En ese momento la locutora, Lourdes Guerrero, mientras se levantaba de su asiento con voz nerviosa dijo dos veces: “Está temblando”. En un instante cesó la transmisión y la abuela despertó apresuradamente al resto de la familia: su marido y tres hijos adultos. Todos, en medio del inevitable temor, hicieron lo acostumbrado en estos casos: ponerse de pie, y alejarse de las ventanas y de los muebles altos e inestables, mientras aguantaban el bamboleo bajo el quicio de una puerta. Capitalinos más o menos habituados a los temblores, acataron las disposiciones de la experiencia y como en otras ocasiones trataron de envolver su miedo con bromas

### Ciudad quebrada

sobre el vaivén, las que al prolongarse el movimiento se fueron transformando en órdenes y reclamaciones que caóticamente se daban unos a otros: “¡Agarra al niño!”, “¡No prendas la luz!”. “¡Cuidado con ese espejo!”

Esta vez se hablaban a gritos y sin embargo no se oían. A los crujidos del edificio en que se encontraban se unía el estruendo de muebles y cuadros que chocaban, vidrios rotos, rechinidos, “ayes” y oraciones que provenían de las casas vecinas, todo con el fondo de ruidos irreconocibles, graves, profundos, tonos bajos seguramente entonados por los escombros que caían en los alrededores.

Cuando terminó la agitación del suelo todos permanecieron mudos. Había sido el sismo más prolongado que recordaban. “Esto —dijo la abuela— fue mucho peor que el temblor de 1957”. Como queriendo cobrar conciencia de lo sucedido se acercaron a la ventana y ante ellos se levantó una enorme nube de polvo que impedía toda visibilidad más allá de veinte ó 25 metros. El teléfono empezó a sonar y mientras la mujer lo contestaba, sus hijos se vistieron apresuradamente para salir.

Los muchachos bajaron a la calle y lo primero que vieron fue, en Isabel la Católica, el muro porfiriano de la esquina, en la bodega del Palacio de Hierro, reducido a la mitad de su altura por el desplome de los anaqueles del interior. Bajo un sol opacado por el polvo y entre gente desconcertada que caminaba sin hablar, fueron hacia la Diagonal 20 de Noviembre. En

### Humberto Musacchio

la esquina de esta avenida y Bolívar, un edificio de diez pisos había perdido dos o tres plantas. Volvieron la vista hacia el norte y descifraron las estrías negras de la esquina: eran grietas que habían desplazado el pavimento, en algunas partes con todo y los rieles por donde alguna vez circularon tranvías. En otros tramos, las hendiduras simplemente partieron las barras de metal.

Al levantar los ojos se les presentó un paisaje urbano desconocido, rudamente alterado. Hacia Fray Servando faltaban algunos edificios; otros, con los pisos superiores desvanecidos sobre el resto de la estructura, estaban cubiertos por penachos de fierros retorcidos, cemento y un impúdico caos de patas de escritorios, brazos de sillas y trapos que alguna vez fueron cortinas y que ahora, agitadas por el aire, eran las tristes banderas de la catástrofe.

En la perspectiva de Diagonal 20 de Noviembre faltaba algo. Los muchachos se miraron como preguntándose. Al fondo se veían las torres de decenas de pisos del Conjunto Pino Suárez, pero ya no eran tres sino dos, pues la otra, caída de costado en el momento del terremoto, había desaparecido de la vista. Mucho más cerca, apenas a media cuadra, el edificio de la Secretaría de Protección y Vialidad, antes Policía y Tránsito, se había hundido como metro y medio. A la izquierda, en Lucas Alamán, lo que había sido bodega de una fábrica de dulces, La Giralda, era un perfecto amontonamiento de losas de concreto

### **Ciudad quebrada**

sobre sacos de azúcar, sin paredes ni columnas. Desde ahí salía una grieta que llegaba hasta la también derruida bodega del Palacio de Hierro.

Los jóvenes se echaron a caminar por Isabel la Católica hacia Fray Servando y siguieron hasta Izazaga. En ambas avenidas, montones de escombros impedían el paso en muchos puntos. Las construcciones todavía en pie, especialmente las más altas, constituían una amenaza sin paredes ni futuro. Los gigantescos cajones de concreto, al perder los vidrios, mostraban sus ventanas ciegas, como cuencas vacías. A algunos les faltaban varios pisos; otros, inclinados, habían perdido la figura y estaban cabizbajos, en espera de que la gravedad los hiciera caer. En medio de la destrucción, los muchachos vieron salir a una niña de cinco o seis años, caminando por su propio pie, blanqueada de pies a cabeza por el polvo y sin poder decir cómo se llamaba ni dónde vivía. Los vecinos la acogieron piadosos en espera de los padres, quienes probablemente habían quedado sepultados en algún derrumbe.

Fueron hacia 20 de Noviembre, rumbo al Zócalo, y en República de El Salvador optaron por regresar. Volvieron por Pino Suárez, con la mirada puesta en la prolija destrucción, ensañada especialmente con las edificaciones relativamente nuevas. En la acera norte de San Jerónimo, entre Pino Suárez y Correo Mayor, se conservaba intacta la hilera de viviendas de taza y plato de la época colonial, pese a que sus cornisas desde tiempo

### Humberto Musacchio

remoto seguían una línea sinuosa producida por los hundimientos de la ciudad. En contraste, en la acera de enfrente, el más alto y flamante de los edificios y otros inmuebles recientes aparecían victimados irremisiblemente por el temblor.

Al llegar a Izazaga vieron al fondo, hacia el oriente, la densa nube que cubría el hospital Juárez. Al sur, frente a ellos, en el Conjunto Pino Suárez, los edificios todavía erguidos se habían inclinado a un lado y otro, pero el cadáver de la tercera torre se hallaba tendido en el suelo, atravesado sobre Fray Servando. Ahí vieron el primer enjambre de policías y voluntarios que, ante el peligro de explosiones por las fugas de gas, procuraban despejar la zona, tarea imposible porque en ese momento emergían a la superficie los atrapados en las líneas Uno y Dos del Metro, en tanto que una muchedumbre avanzaba desde el sur hacia el centro.

El tumulto lo componían los desalojados de estaciones del Metro más distantes, gente que trataba de llegar a su centro de trabajo, a las escuelas. La anarquía aumentaba por el gentío que salía de casas y edificios del área y por la afluencia de curiosos que, todavía espantados, buscaban enterarse de la tragedia y su magnitud. La atención se había concentrado en la torre caída y humeante en torno a la cual, de manera espontánea, numerosos civiles formaron un cordón de seguridad. Los jóvenes fueron los primeros en organizarse y en iniciar las labores de rescate. Algunos de ellos gritaban a la gente que se alejara. “Eran de esos gritos que sueltas para no llorar”, contaría después

## Ciudad quebrada

uno de los muchachos. Los mirones daban uno o dos pasos hacia atrás y continuaban observando, aunque a sus espaldas hubiera muchos otros edificios seriamente dañados, algunos de los cuales se sostenían en forma inexplicable, milagrosa, con vidrios y herrería a medio caer, con muebles y telas —muchas telas, pues es una zona donde abundan las fábricas de ropa— amenazando con aplastar a los peatones.

En las casetas de teléfonos el público se agolpaba tratando de saber cómo estaban sus parientes, sus vecinos, sus amigos. En un pequeño estanquillo se produjo una concentración multitudinaria para escuchar las noticias que un radio escupía de manera inconexa, contradictoria, desconcertada y desconcertante. Fue entonces cuando pasó un helicóptero, el primero que se veía sobre la ciudad, alrededor de hora y media después del gran sismo. Las autoridades parecían haber despertado.

Los jóvenes dieron un rodeo hasta la vieja plaza de Tlaxcoaque para volver a Tlalpan, donde tuvieron una perspectiva del desastre, pues la vista no alcanzaba a llegar hasta donde terminaba la destrucción, en las proximidades del Viaducto. San Antonio Abad era un muestrario de edificios caídos, de construcciones que habían perdido verticalidad y muros, ventanas, puertas, gente... “Creo que estábamos muy concentrados en los derrumbes, en la destrucción, en el susto de los sanos y salvos, y tardamos mucho en pensar en los muertos, en los heridos, en los atrapados. Terrible, odioso y todo lo

### Humberto Musacchio

que se quiera, aquello era un formidable espectáculo que al principio nos hizo olvidar las consecuencias, la enorme tragedia que había caído sobre la ciudad, sobre nosotros”, contaría uno de los muchachos.

De regreso, un grupo de soldados —el primero que veían dos horas después del terremoto— marchaba custodiando una pesada pala mecánica. Para entonces la agitación ya no estaba presidida por el miedo y la curiosidad, como en los primeros momentos, y muchas personas, movidas por la preocupación y la solidaridad, trataban de formar brigadas de auxilio, muchas de las cuales trabajaban ya en remover escombros y rescatar víctimas, mientras iba en aumento el concierto de las sirenas de ambulancias, patrullas y otros carros oficiales.

Los dos jóvenes regresaron a su casa a informarse sobre la situación de sus parientes. Faltaban energía eléctrica y agua pero el teléfono funcionaba. Decidieron entonces hacer un nuevo recorrido, esta vez por otros rumbos. Marcharon hacia Niño Perdido desde donde vieron, al sur, la nube de polvo que cubría la estatua de Lázaro Cárdenas. A unos metros de la efigie se había derrumbado una fábrica.

Voltearon al norte y distinguieron varias construcciones con perjuicios notorios a lo largo del Eje Central, la vieja avenida San Juan de Letrán, cuya perspectiva se cerraba totalmente en el cruce de Victoria, esquina en la que después del derrumbe ardía el edificio donde estuviera el café Super Leche. Cruzaron el Eje Central y se internaron en la colonia de los

### Ciudad quebrada

Doctores. En Vértiz, observaron la devastación de la Secretaría del Trabajo y edificios aledaños —derrumbados totalmente unos, heridos de muerte otros— y siguieron hacia la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal. Al llegar a Doctor Jiménez, un nutrido grupo de policías judiciales cerraba el paso en actitud amenazante hacia los ciudadanos, mientras entre ellos jugaban y bromeaban.

Los guaruras impedían llegar al edificio de la PJDF, por completo derruido, y aun trataban de evitar que la gente viera hacia ese lugar, por causas que después pudieron conocerse. A la izquierda de la Procuraduría, los albos edificios de los tribunales estaban sumidos e inclinados, pero todavía enteros. A la derecha, en Fray Servando y Niños Héroe, se hallaba tirada la antena maestra de Televisa. El armazón, pese a su rigidez mortuoria, adoptó la forma del edificio de la Dirección de Noticieros de esa empresa sobre el que se desplomó y al que arrastró en su caída, con excepción de una parte de la estructura que extrañamente se mantuvo erecta. En avenida Chapultepec 18, del viejo edificio de Televisión sólo quedaba en pie la marquesina que anuncia los espectáculos y, arriba de ella, el muro con el logotipo de la casa. Entre los escombros yacían decenas de trabajadores, la mayoría muertos, mientras que sus patrones acordaban reiniciar ese mismo día las transmisiones comerciales, con la idea de que el espectáculo debe continuar y los negocios también.

## Humberto Musacchio

Muchos gritaron en ese momento que podía sobrevenir una explosión y algunos voluntarios hicieron vallas con enormes rollos de tela. Numerosas personas decidieron retirarse hacia Revillagigedo donde, a lo lejos, cerca de la Alameda, caían grandes trozos de concreto de un edificio blanco. En Delicias, los edificios de Teléfonos de México presentaban buen aspecto y algunos osados cruzaban por los pasillos que unen ambas construcciones. Abajo, sin embargo, dentro de un coche, los rostros de tres trabajadores, blancos, como enharinados, enmarcaban tres pares de ojos muy abiertos con la mirada puesta en ninguna parte. En el viejo jardín del Buen Tono, una muchedumbre atemorizada compartía los prados con los habituales teporochos. El registro de edificios cuarteados, chuecos, sin paredes y con vidrios rotos resultaba imposible. Aquello era una sucia caricatura de la ciudad.

Hartos de tanta calle desastrada, los jóvenes decidieron volver a su casa. Marcharon hacia el Eje Central por varias callejuelas, pues las vallas humanas impedían el paso por Ayuntamiento. Trataron de cruzar San Juan de Letrán por Peredo y otra vez fueron desviados por la hediondez de una fuga de gas. En marcha hacia Arcos de Belén aparecieron ante ellos, desvencijados, los dos grandes cajones de hormigón de la acera sur, entre Niño Perdido y Doctor Barragán. Fueron a Salto del Agua y temerariamente se pararon a media calle, pese a la desconsiderada velocidad de las patrullas y coches de voluntarios. San

## **Ciudad quebrada**

Juan de Letrán era un largo muestrario de escombros. Sobre la espesura del humo y el polvo asomaba la Torre Latinoamericana. “Todavía está ahí, pensé en cierto modo para consolarme”, diría uno de los muchachos. Ante el bloqueo de Izazaga, optaron por meterse en Nezahualcóyotl, para mirar desde ahí las espaldas rotas de los edificios de Izazaga y Fray Servando, en tanto que afuera de una vecindad se arremolinaban los vecinos para oír, más que para ver, la voz que salía de un minúsculo televisor de pilas. Ahí se enteraron de que el sismo duró tres minutos y fue de ocho grados en la escala de Mercalli y de 7.8 grados en la escala de Richter —después se diría que de 8.1 y hasta 8.3. Supieron también que un sistema de medición califica los efectos perceptibles del movimiento telúrico y el otro cuantifica la energía desplazada. Armados con esos nuevos conocimientos, llegaron a Bolívar para enfilear hacia la Secretaría de la Reforma Agraria, construcción flanqueada por dos monumentales derrumbes que llenaron las calles de cascajo. Cables derribados, transformadores en el suelo, ramas quebradas y escombros hacían difícil el paso, pero la muchedumbre no se arredraba. Todos caminaban y observaban, pero parecían flotar con la vista en el vacío y las señas de identidad extraviadas.

## **Las horas y los medios**

Inmediatamente después del temblor, Pedro Ferriz Santacruz miraba hacia atrás de las cámaras, al fondo

### Humberto Musacchio

del estudio y a las lámparas. Sin vencer la palidez anunciaba lo que todo el mundo ya sabía. Dijo algo así como “acabamos de tener un temblor, todavía no sabemos de qué grado, pero se sintió muy fuerte en esta parte de la ciudad donde estamos”. Volvía a quedarse callado mientras otro temblor, éste en la cara, le agitaba la exuberancia de las cejas. “Estamos en espera de reportes que nos permitan informar a ustedes cuáles fueron los efectos de este sismo”, dijo más o menos antes de volver al silencio. Reaccionó nuevamente y con los ojos engrandecidos por el susto pidió a Adriana Pérez Cañedo que indagara si servían los teléfonos. El jefe de información del noticiero Desde temprano, se dejó dominar por el susto y no se le ocurrió ordenar que marcaran el número telefónico del Sismológico al iniciarse la sacudida. Cuando quisieron hacerlo era tarde, las líneas estaban congestionadas y no entraba la llamada.

Con los canales de Televisa fuera del aire, el 13 era el único que transmitía a esa hora. Poco a poco fue conocida la desgracia: muchos particulares comunicaban al noticiero lo que sabían y en no pocos casos lo que imaginaban. “Se derrumbó el conjunto Pino Suárez, el Centro Médico quedó reducido a escombros, el Multifamiliar Juárez quedó destruido, varios edificios de Tlatelolco cayeron a tierra, hay una terrible devastación en el centro de la ciudad, muchas construcciones de la colonia Roma fueron derribadas por el sismo, la antigua SCOP desapareció...” Ferriz advertía que tales informaciones debían tomarse

## Ciudad quebrada

con reserva, pues en muchos casos no habían sido transmitidas por los propios reporteros del Canal 13 y, desde luego, todos los datos sobre muertos y heridos eran extraoficiales.

Fuera de programa, Beatriz Pagés Rebollar apareció en la pantalla de Canal 11, pero la confusión y el desconcierto imposibilitaban la tarea. Joaquín López Dóriga, responsable de los noticieros de la TV estatal, se apersonó en el Canal 13 tratando de poner un mínimo orden. Ferriz salió poco después de los estudios pues, se dijo posteriormente, un hijo suyo había sido víctima del terremoto, lo que, en efecto, era cierto. Pedro Ferriz de Con, quien transmitía por XEDF —desde el edificio de avenida Cuauhtémoc y Río de la Loza—, fue lanzado hasta el sótano al derrumbarse el inmueble, por lo que sufrió fractura de costillas, cuatro vértebras y la nariz, así como severos daños en un pulmón. En el derrumbe murió el operador Margarito Hernández. Para entonces, el canal del Estado ya había dado parte de la destrucción parcial de Televisa, cuyos reporteros empezaron a transmitir por las estaciones de radio del mismo consorcio.

Una emisión radial se suspendió bruscamente en el momento mismo del temblor. Era el programa Batas, pijamas y pantuflas, que transmitía Radio Fórmula desde el quinto piso del citado edificio de Cuauhtémoc y Río de la Loza. Ahí estaban Gustavo Armando Calderón y Sergio Rod, quienes en los primeros instantes del sismo todavía pidieron calma a los radioescuchas, hasta que vino el desplome.

### Humberto Musacchio

Ambos murieron. Gustavo Calderón Millán, hijo de Gustavo Armando, fue rescatado con vida, pero murió en el hospital. Del noticiero Hoy mismo, de Canal 2, murieron Francisco Garmendi, Alejandro Sánchez y Ernesto Villanueva, jefe de información. De Televisa se reportó desaparecido al reportero Félix Sordo. Del diario *La Jornada* pereció el excelente cronista Manuel Altamira, sepultado bajo los escombros de su casa. En el edificio de la revista *Siempre!*, de Liverpool y avenida Chapultepec, murió Alfredo Olivares Segura, quien fungía como auxiliar de redacción.

Jacobo Zabłudovsky recorría la ciudad a bordo de su automóvil, que contaba con radioteléfono. Habitante del centro desde su niñez, notoriamente conmovido describía la destrucción de los lugares por donde pasaba, especialmente del centro de la ciudad y de la Zona Rosa. Para quienes permanecían en sus hogares, la información que se transmitía por varias estaciones de radio y por la TV estatal empezó a conformar el perfil del desastre. En medio de notorias contradicciones, de datos parciales, de ocultamientos involuntarios y exageraciones, los ciudadanos fueron conociendo lo que pasaba. Se hablaba de decenas de muertos, muchos heridos y una cantidad grande, aunque imprecisa, de construcciones derrumbadas. La zona central de la ciudad —que comprendía toda la delegación Cuauhtémoc y parte de la Benito Juárez—, había sido devastada por el terremoto.

A las 12:00 horas del mismo jueves 19, el Canal 2 volvió a transmitir desde sus instalaciones en

### Ciudad quebrada

San Ángel. También, a partir de ese regreso, la misma empresa inició una tenaz campaña en torno al campeonato mundial de futbol de 1986, tendiente a demostrar que México conservaría la sede, pues los estadios no habían sufrido daños, como podía atestiguarlo el Comité Organizador, integrado por empleados del mismo consorcio —y de ser necesario se pediría a la FIFA que inspeccionara las instalaciones. Por supuesto, mientras de toda la ciudad se pedían grúas para remover escombros, el centro de prensa del Mundial 86 siguió construyéndose y las tres grúas que estaban en el lugar no se movieron, pese a que por los mismos canales de Televisa se transmitían las peticiones de ayuda. Cuando mayor era la incertidumbre sobre el presente y el futuro, Televisa, incapaz de dar pan, ofrecía para 1986 el gran circo del futbol sobre una montaña de cadáveres.

Pero más allá de intereses mercantiles de una empresa y de los temores burocráticos de la TV estatal, las imágenes que salían al aire tenían una contundencia que golpeaba directamente al espectador. Eran imágenes aisladas, sin voz ni letreros que las ubicaran, pero mostraban los grandes edificios afectados y a la multitud que actuaba en el rescate. No se dio importancia a edificaciones menores ni, por supuesto, a las innumerables vecindades derribadas en las colonias Morelos, Obrera, Guerrero, Santa María, 20 de Noviembre, San Rafael, y otras zonas habitadas mayoritariamente por familias proletarias. Pero con todo y la inevitable parcialidad de las imágenes, que

### **Humberto Musacchio**

atendían más a la espectacularidad del siniestro que a la dimensión humana de la tragedia, los mexicanos se enteraban de que algo muy ‘gordo’ había sucedido. La capital se enfrentaba a una catástrofe, por lo menos, semejante a la sufrida diez meses antes, cuando se produjeron las explosiones de gas en San Juanico. Bastaba con ver la destrucción causada por el sismo e imaginarse que el número de víctimas no podía ser menor. La ciudad se hallaba, en amplias áreas, sin agua ni energía eléctrica, servicios interrumpidos por el movimiento telúrico o después de éste para prevenir mayores problemas. Los teléfonos estaban inservibles en gran parte de la ciudad y el resto se hallaba congestionado. En las centrales telefónicas, especialmente en la ubicada en la calle Delicias, los daños habían dejado a la ciudad de México aislada del resto del país y del extranjero. Ruinas e incendios pusieron su sello en el día.

La muchedumbre, por necesidad o curiosidad, para ayudar o para estorbar, se movía por la zona de desastre. La gente caminaba a media calle por temor a nuevos derrumbes y se exponía a ser arrollada por carros oficiales o de voluntarios que cruzaban la ciudad sin precaución. Los medios de comunicación informaron que Miguel de la Madrid, el Presidente de la República, ordenó constituir dos comisiones: una, encabezada por el regente de la ciudad, Ramón Aguirre, se encargaría de coordinar el auxilio en la metrópoli, y otra, dirigida por el secretario de Gobernación, Manuel Bartlett, atendería todos

### **Ciudad quebrada**

los aspectos relacionados con la ayuda a las zonas dañadas fuera de la capital, pues hubo lugares seriamente afectados en Guerrero, Michoacán, Colima y Jalisco. La comisión capitalina prohibió de inmediato la venta de bebidas alcohólicas y ordenó suspender todos los espectáculos públicos. Su función central sería coordinar el rescate de los atrapados en los derrumbes, la asistencia médica a los lesionados y el socorro a los que se quedaron sin hogar. Asimismo, esa comisión debería garantizar el abasto suficiente y oportuno de víveres y brindar a los cuerpos ocupados en el rescate los medios para realizar eficazmente su labor. La Presidencia de la República declaró tres días de duelo nacional.

La zona que fue más afectada por el terremoto, sin que eso signifique ausencia de fuertes daños en otras áreas, quedó más o menos delimitada hacia el norte por la unidad habitacional Nonoalco-Tlatelolco; al oriente por la Calzada de la Viga, Anillo de Circunvalación y Vidal Alcocer; al sur por el Viaducto Miguel Alemán con extensión hacia el sector norte de la colonia Narvarte, especialmente el área de la vieja SCOP y sus alrededores; y al poniente por el Circuito Interior. Ese enorme cuadrángulo comprende la totalidad de la delegación Cuauhtémoc y parte de la Benito Juárez, donde los daños, especialmente por los derrumbes de grandes edificios, permitían saber que la capital estaba en medio del mayor desastre de su historia y que los recursos para afrontarlo eran insuficientes.

### Humberto Musacchio

Ejemplo de lo anterior, y muy ilustrativo, es que el Distrito Federal sólo contaba con 718 bomberos. Sin embargo, el presidente Miguel de la Madrid, después de volar sobre la zona afectada el mismo día del sismo, “frente a los restos de lo que fue el Hotel Regis, aseguró que su gobierno cuenta con los medios materiales y humanos para hacer frente a la tragedia que conmocionó a la ciudad. ‘Estamos preparados para regresar a la normalidad’, dijo” (*La Jornada*, 20/IX/1985). En el mismo tono se expresó el regente capitalino en las primeras horas del día y, ya en la noche, el secretario de Gobernación, Manuel Bartlett, según el mismo diario, insistía en el optimismo, pues “aseguró que en términos generales el gobierno tiene la situación bajo control”.

En medio del desconcierto oficial, los ciudadanos recibían informaciones que, aisladas y todo, contribuían a acrecentar la conciencia del desastre: en el cuadrángulo mencionado, además de incontables vecindades y casas unifamiliares, se habían producido derrumbes o daños que obligarían a derribar muchos edificios más o menos conocidos por la población capitalina, tales como varias unidades del Centro Médico Nacional, del Multifamiliar Juárez, de Tlatelolco, la Secretaría de Marina, el Hospital Juárez, Televisión, la Secretaría de Comunicaciones y Transportes (la antigua SCOP), los hoteles Regis, Romano, Principado y De Carlo. Los edificios de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal y de la Secretaría del Trabajo en la avenida Doctor

### Ciudad quebrada

Vértiz; las escuelas secundarias tres, siete y 19. El Instituto Mexicano de la Radio —sito en doctor Barragán y avenida Universidad—, el edificio de la Confederación Patronal de la República Mexicana —en Liverpool y Dinamarca—, el estacionamiento de Independencia y Revillagigedo, dos altas construcciones de Cuauhtémoc y Baja California. Otras tantas en Insurgentes y Durango, una en Coahuila y Tonalá, el conjunto de los Televiteatros y la tienda Suburbia anexa. Los Cinemas uno y dos —en la calle de Frontera—, la tienda Salinas y Rocha de avenida Juárez, un edificio de Juárez e Iturbide. Los de Versalles 36, Atenas 56, Liverpool y Berlín en la colonia Juárez, así como un inmueble en Bucareli y Barcelona.

La parte superior de la vieja sede de la Lotería Nacional, el conjunto donde estaban la Secretaría de Comercio y el Cine Internacional —en la avenida Cuauhtémoc—, la torre más cercana a Fray Servando, venida a tierra, y otras edificaciones del Conjunto Pino Suárez. Un inmueble de apartamentos de Eligio Ancona 83 —en la colonia Santa María la Ribera—, el edificio donde estaba la redacción del diario Cine Mundial —en Bucareli 20—, cuyos tres pisos superiores se derrumbaron.

El inmueble de Chilpancingo 126, la fábrica de ropa de San Antonio Abad 164, una construcción de ocho pisos —en Zacatecas 144—, dos inmuebles en Anillo de Circunvalación, tres edificios en Venustiano Carranza —frente a Gante—, y otros tantos en la parte

### Humberto Musacchio

céntrica de Bolívar. Un edificio de oficinas—en General Prim y Bucareli—, dos altos inmuebles en Yucatán e Insurgentes, otro en Monterrey y Guanajuato, uno más en Insurgentes y Álvaro Obregón.

Un banco en Tabasco y Monterrey, el estacionamiento de Puebla y Morelia, el de Frontera y Colima, un edificio en Nuevo León y Campeche, el de la SPP en Colima, el mercado Juárez; fábricas de ropa de Fray Servando, de Izazaga, de Pino Suárez, de José T. Cuéllar y muchas otras construcciones condenadas a morir.

Fuera de la zona más desastrada se produjeron múltiples derrumbes, especialmente en la calzada de Tlalpan, frente al Metro Taxqueña, donde resultaron afectados los hoteles Montreal y Finisterre, así como la Escuela Cultural de Niñas. En Lindavista, en Tacuba, en la colonia Industrial Vallejo y por otros rumbos de la ciudad se reportó la caída de construcciones de diverso tipo, pero el primer cuadro de la ciudad era, con mucho, el más victimado por las fuerzas telúricas.

El mismo jueves por la noche se informó oficialmente que el sismo había sido de 7.3 grados en la escala de Richter, aunque días después se hablaba de que había alcanzado más de ocho grados en esta escala y ocho también en la de Mercalli. Los heridos se estimaban en cinco mil y en tres mil los atrapados. No se proporcionó cifra oficial de muertos. Se calculó en 250 el número de construcciones derribadas por el temblor y se dijo

### Ciudad quebrada

que cincuenta más estaban en riesgo inminente de derrumbarse. Se habló de que eran cincuenta mil los elementos de la fuerza pública, entre bomberos, policías, ejército y marina, que estaban destacados en las tareas de rescate y protección. De acuerdo con palabras del regente, había esa noche “informaciones sobre miles de desaparecidos”, mismas que se negó a confirmar, aunque otras versiones aseguraron que Locatel —la institución gubernamental encargada de la localización de personas extraviadas—, había recibido alrededor de 25 mil llamadas telefónicas.

Por su parte, el secretario de la Defensa Nacional, Juan Arévalo Gardoqui, aseguró que el ejército había puesto en práctica el Plan DN-III, que se aplica en casos de desastre, y dijo que en la capital se hallaban actuando seis generales, 84 jefes, 250 oficiales y tres mil quinientos elementos de tropa, equipados con 65 ambulancias, seiscientas motocicletas, camiones y maquinaria pesada, todo esto para un conglomerado urbano de alrededor de 17 millones de habitantes.

En lo referente a la situación de las entidades afectadas por el sismo, declaró que la XXI Zona Militar, con sede en Morelia, Michoacán, había reportado 35 muertos y 197 heridos, 35 de ellos de gravedad, ocho hoteles y cinco cines destruidos, además de 25 edificios seriamente dañados. Mencionó que en Playa Azul, Michoacán, murieron treinta personas al desplomarse un hotel. Extraoficialmente, según informó *La Jornada*, en círculos de la Secre-

### Humberto Musacchio

taría de la Defensa se hablaba de que eran dos mil muertos, en tanto que en la Secretaría de Salud y en el Instituto Mexicano del Seguro Social se elevaba la cifra a cuatro mil y hasta a seis mil muertos y no menos de diez mil lesionados.

La población civil, por su parte, había mostrado una gran disciplina y una ilimitada disposición para brindar su solidaridad. Decenas de miles, quizá centenares de miles de mexicanos se habían incorporado a las brigadas de auxilio y rescate, o trataban de incorporarse, pues pasada la primera hora, en que los civiles se hicieron cargo de la casi totalidad de las tareas más riesgosas, las diferentes corporaciones policiacas y militares empezaron a obstruir la labor solidaria. Los voluntarios y el grueso de la población iban de un lugar a otro sin hallar cauce para su disposición.

Los capitalinos no sólo eran víctimas de la más grande tragedia en toda la historia de la ciudad. También eran presa del mayor desconcierto, causado principalmente por una falta de coordinación que evidenciaba la ineptitud de las autoridades. Por radio y televisión, incluso por las estaciones propiedad del Estado, se pedían voluntarios en uno u otro lugar, pero al llegar se encontraban con que los soldados o la policía les impedían el paso.

Desde diversos puntos donde se trabajaba en el rescate de víctimas se pedían palas, barras y picos; la población salía a comprarlos en la ferreterías y tlapalerías que encontraba abiertas —muchas habían

### Ciudad quebrada

cerrado ante el temor de sus dueños y empleados a nuevos temblores— y, si los hallaban, tenían que llevar los instrumentos personalmente hasta donde los habían solicitado. Lo mismo sucedía cuando se pedían biberones, vacunas, gasa estéril, alimentos o cobertores. Los civiles salían a comprarlos, cada quien en la medida de sus posibilidades, y ya en la noche era prácticamente imposible encontrar nada de esto, pues la demanda ocasionada por la solidaridad había agotado las existencias en el comercio.

En el caso de los víveres el asunto se hizo crítico porque mucha gente, temerosa de que escasearan, compró todo lo que pudo para almacenarlo en su casa. Por la noche, una de las principales demandas era de lámparas sordas y pilas, pues la zona desastada no tenía energía eléctrica y todo ese movimiento de ciudadanos se hacía cuando media ciudad estaba a oscuras, impregnada en amplias áreas de un penetrante olor a gas, con el pavimento bañado por las sustancias corrosivas, altamente peligrosas, de los transformadores eléctricos caídos.

Al terminar el jueves, los hospitales públicos y privados estaban repletos. Mejor dicho, la inmensa mayoría de los profesionales de la medicina abandonaron el ejercicio particular y se incorporaron a las instituciones públicas, cuando se les permitió, o bien, se pusieron a disposición de las instituciones privadas, que en esos días se olvidaron de lucrar con el dolor y recibían a los lesionados que eran conducidos en ambulancias, taxis y autos particulares.

### Humberto Musacchio

La Secretaría de Educación Pública ordenó la suspensión de clases en todas las escuelas de la capital y lo mismo hicieron las instituciones de enseñanza superior, con excepción de El Colegio de México, donde incluso se pasó lista de asistencia. Las oficinas públicas no laboraron, salvo los servicios de emergencia, y las empresas privadas de la zona afectada tuvieron que cerrar —oficinas, comercios, talleres, fábricas y negocios que venden servicios. En el primer cuadro de la capital sólo se mantuvieron trabajando las empresas periodísticas, víctimas también del caos, pues el acordonamiento y la inseguridad dificultaron sus actividades.

Muchos trabajadores de los diarios, especialmente los de talleres, quienes terminan sus labores cerca del amanecer, sorprendidos por el terremoto en pleno centro se incorporaron a las tareas de auxilio. Por la noche, sin dormir desde el día anterior, algunos sin comer, se mantenían colaborando en las construcciones derrumbadas, como los formadores de *La Jornada* Rufino Cortés y Jesús de la Serna. Este escribió en su periódico un emocionante testimonio de la caída del Hotel Regis. Al igual que ellos, fueron decenas de miles los voluntarios que sin medir los riesgos y superando sus limitaciones físicas, sin más herramienta que sus manos, se jugaron la vida en su afán de salvar la de otros.

La ciudad de la neurosis, de la agresividad y el desencuentro se halló de pronto con que tiene una

## **Ciudad quebrada**

muchedumbre de héroes. Pero esa satisfacción, esa incontenible solidaridad no fue mayor que la rabia, la impotencia y la tristeza. Esa vez la noche fue más oscura. La iluminación de los edificios donde se trabajaba en el rescate de víctimas era lo único que rompía la negrura. Soldados a bordo de motocicletas sin luces patrullaban una ciudad temerosa, aturdida por las sirenas y sofocada por el olor que despedían los incendios.

## **Un día después**

Muchos capitalinos no durmieron la noche del 19 al 20 de septiembre. Unos, los damnificados, porque carecían de un lugar para hacerlo; otros, los que laboraban en el auxilio, porque la tarea no daba oportunidad al descanso; los más, debido a que el susto y las impresiones del día anterior les produjeron insomnio.

Desde muy temprano, por las calles iban los hombres y mujeres preocupados por localizar a los parientes, los amigos, los compañeros de quienes nada se sabía. La zona de desastre, pese a los insistentes llamados de radio y televisión para que todo el mundo permaneciera en casa, atrajo a gran número de curiosos, en buena medida por la deficiente información que ofrecían los medios electrónicos de comunicación.

El periodismo mexicano —prensa, radio y TV—, junto a sus esfuerzos, exhibía también

### Humberto Musacchio

sus debilidades: lejos de narrar lo que sucedía, de intentar el desentrañamiento de causas e impulsar la organización de la solidaridad social —salvo intentos bien reconocibles—, era presa del oficialismo de costumbre, de la “declaracionitis” —importan más las declaraciones sobre los hechos que los hechos mismos—, del sensacionalismo y de la confusión propiciada por el gobierno, cuyos representantes, fuentes principales de la información que se ofrecía a los ciudadanos, se contradecían a cada momento. De ahí que muchos capitalinos y no pocos habitantes de ciudades cercanas inundaran las zonas afectadas para enterarse por sí mismos de lo que estaba pasando.

El recorrido por las áreas del desastre tenía un efecto depresivo. La metrópoli, como se dijo repetidamente y podía comprobarlo cualquiera, ofrecía la imagen de una ciudad bombardeada: escombros prácticamente en cada cuadra de la delegación Cuauhtémoc, edificios caídos total o parcialmente, vidrios rotos, cables y ramas por el suelo, coches aplastados, ambulancias, incendios, humo y una multitud de civiles con cascos sirviendo en el rescate de seres humanos, mientras soldados y policías, visiblemente desvelados, impedían el paso de espectadores.

Se ratificaba una idea apenas sugerida durante la impresión de las primeras horas: las construcciones afectadas en su inmensa mayoría habían sido levantadas en los últimos 25 años. Las edificaciones más viejas, de siglos anteriores o de las primeras

### Ciudad quebrada

décadas de esta centuria, resultaron indemnes y, si tuvieron daño, fue en gran número de casos, el que les produjeron los inmuebles más jóvenes al inclinarse o al caer.

La visión apocalíptica de la urbe no sólo conducía a un inmovilismo pesaroso. Para muchos, presenciar la desgracia de manera directa, inmediata, los impelía a colaborar en el auxilio de las víctimas. Con la gente conocida del vecindario, del centro de trabajo, de la escuela, se formaban brigadas que iban a ponerse a disposición de la Cruz Roja, de las instituciones de salud o de las delegaciones políticas del Departamento del Distrito Federal, donde con frecuencia eran lisa y llanamente rechazados, cuando no se les imponían los más disparatados requisitos: que si debían llevar casco, lámparas de pilas, credenciales o, en otro extremo, aguardar hasta que fueran un grupo de ocho personas, según decían en Coyoacán, o de diversa cifra en otras partes, de acuerdo con el humor del burócrata en turno.

La mayoría de los voluntarios preferían ir hasta los propios derrumbes para ofrecerse ahí a cualquier tarea, la que les dieran. Su principal problema, en estos casos, era rebasar las vallas cuando estaban custodiadas por la policía o el ejército. “Tengo órdenes de no dejar pasar a nadie” —era la respuesta, aun cuando por radio o TV se hubieran solicitado voluntarios, o demandado ayuda material. Algunos, exasperados, desistían. Los más firmes recorrían otros puntos de las vallas hasta que lograban incorporarse

### Humberto Musacchio

a las labores de rescate o podían entregar la comida, las medicinas o los implementos que se solicitaban.

Por temor o por disciplina, muchos se quedaron en su casa, tal como lo pedían los medios de comunicación. Los canales 7 y 13 de televisión combinaban los mensajes a los estados —de capitalinos que deseaban comunicar que se hallaban bien— con una información más seria que la de Televisa. El Canal 11 —también del Estado—, fue convertido en una mala emisora de radio que alternaba los mensajes, las peticiones y ofrecimientos de auxilio que hacían instituciones públicas y simples ciudadanos, con unos consejos fuertemente cargados de la nefasta droga llamada moralina, contraindicada en casos de desastre.

Televisa, bajo el pretexto de que quería dar diversión a la gente en su propia casa, empezó a regularizar su programación, y de esa manera fue reduciendo gradualmente el tiempo dedicado a los mensajes hacia otros lugares del país, hasta no transmitir más que los de sus propios empleados, y repuso en pantalla toda la estulticia de costumbre, incluida su machacona campaña para asegurar la celebración del campeonato mundial de fútbol en México, al extremo que ese día se anunció formalmente que altos directivos de la FIFA vendrían al país en visita de inspección, lo que constituyó un insulto más contra el público.

Para los negociantes de la TV era inaceptable la catástrofe. El viernes insistieron con mayor empeño en

### Ciudad quebrada

minimizar los daños. Miguel Sabido, teniendo como escenario de fondo algunos monumentos urbanos, repetía que México, como esas construcciones, estaba de pie. Las cifras, los datos y los hechos trágicos empezaron a manejarse con una excesiva cautela, cuando no se ocultaban del todo. Se presentaba la imagen de funcionarios y hasta de sus esposas —algunos muy sonrientes— para demostrar que todo estaba bajo control y que se había iniciado la reconstrucción, cuando era un hecho que la ciudad seguía en el caos, y la destrucción todavía no terminaba. En esta tónica de ocultar la verdad, el regente Ramón Aguirre Velázquez compareció ante una comisión de la Cámara de Diputados: “La información que dio —dice *La Jornada* del 21 de septiembre— es que el Distrito Federal vuelve a la normalidad con relativa rapidez... hay cierto control de la situación”. El total desfase entre la realidad y el deseo, tanto de Televisa como del jefe del Departamento del Distrito Federal, se rompió brutalmente a las 7 de la noche con 38 minutos, cuando un segundo sismo, de 6.5 grados en la escala de Richter, sacudió la ciudad de México.

Las calles se llenaron de gente, de rezos y de histeria. Los capitalinos, educados por la experiencia, hasta entonces creían que lo mejor era mantenerse bajo el quicio de alguna puerta. Pero esta vez abandonaron precipitadamente hogares y centros de trabajo y ocuparon el pavimento aterrorizados, entre

### Humberto Musacchio

las lágrimas de unos y los gritos de otros, hombres y mujeres.

Pese a la densidad del miedo, el Metro, que volvió a suspender el servicio como lo hizo el día anterior, fue evacuado con todo orden, lo que contribuyó al crecimiento de la multitud que abarrotaba la vía pública, especialmente en el centro de la ciudad, donde se iniciaron largas procesiones de los que simplemente decidían abandonar su hogar, los damnificados que buscaban albergue y los que, sin medio de transporte, querían llegar a pie hasta su destino.

Además de los peregrinos, otros habitantes de la capital tomaron la calle. Estos ocuparon jardines, camellones y hasta el pavimento. En improvisadas tiendas de campaña, en autobuses y aun a la intemperie, decidieron pernoctar. Les parecía más seguro que permanecer en sus casas. Por eso no fue casual que el Zócalo se llenara de una masa empujada por el miedo. Gastón García Cantú, articulista de *Excélsior*, quiso ver en esas criaturas movidas por el desamparo a los autores de una refundación de México.

Nuevamente la televisión ocultó los hechos. Por los canales del Estado y los del imperio electrónico se difundió el mensaje de que “no se reportaron daños” ni desgracias personales a raíz del segundo temblor. Sin embargo, el diario *Excélsior* informaba al día siguiente de veinte derrumbes y de desgracias personales “que a las pocas horas fueron desmentidas

### Ciudad quebrada

por algunos funcionarios y comprobadas por los reporteros”. El mismo periódico señalaba que “miles de trabajadores que laboran en las áreas de desastre suspendieron sus tareas para ponerse a salvo”; el servicio eléctrico se volvió a suspender en ciertas zonas y se produjeron “innumerables fugas de gas”. La nota añadía que “miles de personas que habitan en el primer cuadro de la ciudad, la colonia Juárez, Roma y otras circunvecinas, fueron desalojadas de inmuebles inseguros en prevención de nuevos movimientos”.

Por su parte, *La Jornada* informaría que el nuevo temblor “ocasionó el derrumbe de varias decenas de inmuebles”, como el del estacionamiento de Sears Insurgentes, dos edificios en la colonia Roma y otro de viviendas en Cerro del Agua. El mismo diario decía que el ejército y la policía habían procedido a desalojar a “decenas de miles de ciudadanos de las colonias Juárez, Condesa, Roma, Guerrero, Doctores y de la zona centro”, a lo que pudo agregarse lo ocurrido en las colonias Obrera y Morelos, como se supo después.

Un mensaje del presidente De la Madrid contribuyó a echar abajo el optimismo y la autosuficiencia del DDF. No era posible estar de acuerdo —precisamente la noche del viernes—, en que “la capital de México, en grandes segmentos, está volviendo a la normalidad”, pues, como lo dijo él mismo, “todavía no tenemos cifras precisas ni completas”. En general, el tono de las palabras del Presidente era de realismo: “La tragedia que nos

### Humberto Musacchio

azotó el día de ayer ha sido una de las más graves que ha resentido México en su historia... la tragedia, de tal magnitud, nos ha rebasado en muchos casos. No podemos hacer lo que quisiéramos, con la rapidez que también deseáramos, sobre todo para rescatar vidas. La verdad es que frente a un terremoto de esta magnitud, no contamos con los elementos suficientes para afrontar el siniestro con rapidez, con suficiencia..." Al aceptar Miguel de la Madrid que el gobierno era incapaz de hacer frente al siniestro con sus propias fuerzas, resultó muy lógico el anuncio de que se aprovecharían los apoyos ofrecidos desde el extranjero —mismos que el primer día fueron rechazados.

El segundo temblor fuerte, el de la noche del viernes, hizo que los capitalinos se comportaran como novatos, pese a su larga actuación en esta clase de meneos. Después de lo sucedido la mañana del jueves, todos sabían lo que podía pasar y, explicablemente, tuvieron miedo, mucho más miedo del habitual. Miedo por cada uno, miedo por los que trabajaban en los derrumbes, miedo porque en medio del más espantoso siniestro que haya victimado a la ciudad de México no parecía haber la necesaria coordinación entre gobierno y civiles, ni aun entre los propios representantes del orden. Para colmo, como producto del temor, policías y voluntarios cerraron más calles hasta ahogar a los núcleos de gente que buscaban paso hacia sus casas y sus familias. Sin embargo, la ciudadanía demostraba una ejemplar madurez.

### **Ciudad quebrada**

Al momento del segundo gran sismo, los automóviles que circulaban por el Viaducto Miguel Alemán disminuyeron de inmediato la velocidad hasta detenerse, sin que se produjera un solo alcance. Un testigo dice que las luces de los coches del carril contrario se fueron apagando una tras otras como si hubiera sido algo ensayado. La gente se bajó de los vehículos y permaneció junto a ellos mientras pasaba el temblor, viendo correr y gritar a los habitantes de los edificios cercanos, entre Monterrey y avenida Cuauhtémoc, una zona fuertemente golpeada por el primer sacudimiento. Pero en medio de su terror, todo el mundo supo controlarse y, una vez pasado el movimiento, entró cada quien en su automóvil, encendió las luces y continuó su camino. Había miedo, pero también decisión y disciplina.

A los males directamente causados por el movimiento telúrico, se unían otros. Sobre una urbe nerviosa se extendían los rumores de pillaje en las zonas afectadas, principalmente referidos a uniformados, de verde y de azul. Se hablaba de que un autobús de la Ruta 100 recorría las colonias Condesa, Roma y el área al sur del Viaducto cometiendo asaltos y toda clase de tropelías. Los vecinos denunciarían también que, en la noche, individuos corpulentos, presumiblemente policías judiciales, quienes bajaron de un auto sin placas, atracaron un hotel en Isabel la Católica y Victoriano Salado Álvarez, en la colonia Obrera. Se decía con insistencia que la ayuda se la estaban apropiando algunas autoridades,

### Humberto Musacchio

y hasta por la televisión estatal pasaban mensajes de gente que decía haber visto tales o cuales hechos.

También empezaron a expresarse las protestas. Los vecinos de Tlatelolco, organizados en cuatro asociaciones, expusieron que al edificio Nuevo León lo habían vuelto a cimentar meses atrás, y que insatisfechos por el resultado de las obras, los habitantes del inmueble presentaron su queja sin que las autoridades correspondientes le hubieran dado curso satisfactorio. Como principal responsable, los tlatelolcas señalaban al Fideicomiso Fondo Nacional de Habitaciones Populares (Fonhapo), organismo financiero estatal encargado de transformar el régimen de propiedad en el conjunto. También en Tlatelolco, según denuncia —publicada por *Excélsior* (21 de septiembre)—, “vecinos de la unidad sorprendieron a varios individuos, algunos vestidos con uniformes de color azul, otros disfrazados de socorristas, apoderándose de objetos de valor como alhajas, relojes y dinero que fueron encontrados durante la remoción de escombros... Todos estos individuos fueron entregados a elementos que representan la ley, pero inexplicablemente se les dejó en libertad”.

Por otra parte, los rumores de que muchos damnificados carecían de toda ayuda oficial fue objeto de confirmación por lo menos en un caso, pues “un numeroso grupo de personas que se percataron de la presencia de los reporteros de *Excélsior*, pidieron hacer llegar su queja ante el Presidente, en el sentido de que las autoridades de la delegación Cuauhtémoc no han

### Ciudad quebrada

atendido sus demandas y que se niegan a escuchar sus requerimientos... Relataron que desde el día que fueron evacuados de los edificios que ocupaban y que, según sus puntos de vista, se encuentran en condiciones habitables, han tenido que pasar a la intemperie el día y la noche”.

El número de extraviados era, asimismo, muy grande. *La Jornada* publicó que Locatel había recibido 25 mil llamadas y que, de éstas, había localizado a 4 mil seiscientas personas, todas ellas lesionadas. Por su parte, el Consejo Nacional de Recursos para la Atención de la Juventud (Crea) daba a conocer a *Excélsior* listas con los nombres de 25 mil extraviados, de los cuales apenas una décima parte había sido localizada.

Los informes del Departamento del Distrito Federal sobre la distribución física de los daños, hasta antes del segundo sismo, eran contradictorios. Según *Excélsior* y *La Jornada*, Ramón Aguirre informó que eran 250 edificios los que estaban completamente derrumbados y que cincuenta más amenazaban con caer. Sin embargo, dando también como fuente al DDF, se decía que “existían 196 construcciones seriamente dañadas, derruidas por el sismo unas, y otras que deberán demolerse por el mal estado en que se encuentran”, además de que otros mil inmuebles deberían revisarse o incluso derribarse. Se dijo también que ese día se habían producido derrumbes en cincuenta edificios dañados y desalojos en veinte construcciones en peligro. El número de damni-

### Humberto Musacchio

ficados se fijaba en diez mil, los que fueron llevados a sesenta albergues. Para aumentar la confusión, teniendo como fuente al DDF, *Excélsior* informaba que “la remoción de escombros continúa en más de quinientos edificios y viviendas”, lo que ocupaba a cincuenta mil personas que buscaban sobrevivientes. De modo que el mismo Departamento, por boca de Ramón Aguirre y de otros voceros, ofrecía cifras que el lector o el televidente tenían que interpretar.

Más groseras eran las diferencias en cuanto al número de muertos. Ramón Aguirre informaba que eran mil trescientos, en tanto que la Secretaría de Protección y Vialidad (nota de Pascual Salanueva en *La Jornada*) declaraba que, hasta antes del segundo sismo, “los cuerpos de rescate y servicios médicos capitalinos, elementos del ejército e infantes de marina, extrajeron seis mil 299 cadáveres de edificios derrumbados”. La TV estatal, para contribuir al caos, dijo que sólo en la colonia Roma eran más de mil trescientos los muertos. ¿A quién creerle?

Las informaciones procedentes de los estados hablaban de muertos en otros puntos del país a resultas del temblor. Sólo en ciudad Guzmán, Jalisco, se decía que los muertos eran treinta ó 36, y que en Acapulco, en Playa Azul y en Lázaro Cárdenas el terremoto también había cobrado víctimas, aunque la incomunicación telefónica y por télex hacía del todo improbable la información.

Por si fuera poco, un cable de EFE fechado en Washington anunciaba que el Fondo Monetario

### **Ciudad quebrada**

Internacional cancelaba créditos a México. La razón: que el gobierno no había cumplido con el programa de austeridad. El FMI, una vez conocida en Washington la magnitud de la tragedia, desmentiría la información de EFE. Pero lo dicho por la agencia noticiosa española se ajusta a la política de ese organismo financiero, consistente en implantar un pseudo orden monetarista por encima del hambre y la miseria de la gente común, la que aporta los muertos en catástrofes como la del 19 de septiembre.

### **Lúgubre fin de semana**

Salvo en las zonas de desastre, donde el movimiento de personas y vehículos era incesante, el resto de la metrópoli se entregó al recogimiento durante el sábado y el domingo. Con los espectáculos públicos suspendidos por decreto, sin venta de bebidas alcohólicas y en medio de la angustia y la tristeza, los capitalinos tuvieron su primera oportunidad en muchos años de entregarse a la meditación colectiva. Más de uno se habrá preguntado por qué tuvo que suceder tal catástrofe, por qué se permitió el crecimiento irracional de la urbe, por qué no fueron atajados múltiples problemas que el terremoto hizo estallar en el rostro de todos.

Pero había también otros habitantes de la metrópoli para los cuales la meditación era prohibitiva. Eran los voluntarios que, por decenas de miles, muchos de ellos sin dormir, la mayoría

### Humberto Musacchio

malcomidos, trabajaban poseídos por el afán de salvar vidas. Cerca de ellos y en muchos casos al igual que ellos, los parientes de personas atrapadas esperaban el milagro: ver salir con vida, de entre las montañas de escombros, al familiar, a los seres cercanos, queridos.

En las calles y en los albergues se vivía otra desgracia: la de quienes perdieron hogar, vecinos, patrimonio, puntos de referencia. Miles de familias, o lo que restaba de ellas, quedaron alojadas sobre el pavimento, en improvisadas tiendas de campaña, aferradas al barrio, como sucedió en Tepito y, en menor medida, en la colonia Roma. Pero no sólo ahí. Los campamentos se extendieron por toda la geografía de la desgracia. Esa cohesión vecinal es un remedio, mínimo pero estimulante, para existencias afligidas, para hombres y mujeres que buscan un resquicio que les permita ver hacia la esperanza.

Había también una desperdigada humanidad que deambulaba por los puestos de socorro de la Cruz Roja, que entraba y salía de las delegaciones políticas, que iba y venía por las dependencias policiacas, que preguntaba a los vecinos, a los amigos, los compañeros de trabajo de ese marido, de ese hijo, de ese hermano extraviado en el momento del temblor, o después, cuando el espíritu solidario se impuso a toda prudencia y muchos se metieron a los inmuebles derruidos para salvar bienes y vidas. En esa confusión de las primeras horas se perdió el rastro de miles de personas, como lo atestiguan las 25 mil llamadas a Locatel o las veinte mil al Crea. Se sabe de algunos que salieron ilesos de

## Ciudad quebrada

un edificio en ruinas para meterse a otro en labor de rescate, o bien de aquellos que buscaron la manera de alejarse del lugar siniestrado y lo hicieron sin volver atrás, sin detenerse, sin hablar a los parientes porque ya no los recordaban. El susto les había oscurecido la memoria.

Como eran insuficientes y riesgosos los lugares a donde se llevaron los cadáveres durante el jueves y el viernes, las autoridades decidieron convertir el parque de beisbol del Seguro Social en gigantesca morgue. Desde la mañana, por radio y televisión las autoridades pedían hielo, en bloques o en bolsas, decía el mensaje. Más tarde se supo que era para retrasar el proceso de putrefacción de los muertos tirados al sol, a los que las contusiones y el calor de esos días hacían prontamente irreconocibles.

En medio de tanta tragedia, la buena noticia del día fue la llegada a México del auxilio internacional. El mismo sábado, apenas unas horas después de que el gobierno mexicano reconociera su incapacidad para hacer frente a la catástrofe con sus propios medios, arribaron al Aeropuerto Internacional Benito Juárez 16 aviones procedentes de Italia, España, Estados Unidos, la Unión Soviética, Guatemala, Panamá, Colombia, República Dominicana, Argentina, Alemania Federal, Bélgica, Francia, Suiza, Israel, Argelia, Perú y otros países que espontánea y colectivamente establecieron un puente aéreo para dotar a los mexicanos de lo indispensable en esos momentos: víveres, ropa, medicamentos, tiendas de campaña, camillas,

### Humberto Musacchio

sábanas, cobijas, colchones, catres, vehículos, plasma y dinero, contribuciones de gobiernos y de grupos civiles que con el paso de los días representarían una multimillonaria suma de dólares. También empezaron a llegar equipos médicos de diversas especialidades, así como hombres y mujeres expertos en localización y rescate de personas atrapadas, centenares de voluntarios de muchos países, genuinos ciudadanos del mundo que vinieron a arriesgar sus vidas para salvar las de muchos mexicanos.

El recuento de la tragedia hasta la noche del sábado confirmaba los peores augurios. En Jalisco los muertos sumaban 42, y tres mil los damnificados; en Michoacán eran siete personas las fallecidas y cuatrocientos los inmuebles destruidos por el movimiento telúrico. En las entidades más afectadas por el temblor sumaban cientos los heridos y, —según nota de Pablo Hiriart en *La Jornada* del día 22—, de acuerdo con “reportes extraoficiales de la Secretaría de la Defensa Nacional”, los muertos eran setenta.

En la capital, Ramón Aguirre Velázquez informaba que para entonces oficialmente los muertos eran mil 641; dos mil las personas atrapadas entre los escombros —“la mayoría muertas” decía *La Jornada*—; siete mil 803 los heridos y unos cinco mil los damnificados. El mismo funcionario daba cuenta de 760 inmuebles afectados, de ellos 41 con derrumbes críticos, 102 con derrumbes “aparentemente menores”, susceptibles de reparación; 149 en peligro de derrumbe y 98 con cuarteaduras, según el mismo diario. De

### **Ciudad quebrada**

acuerdo con lo dicho por Aguirre, se trabajaba entre los escombros de 210 edificios colapsados, de preferencia en aquellos donde se suponía que existían sobrevivientes. “Más de mil 11 personas han sido rescatadas vivas”, agregaba la información, que hacía referencia también a la labor de equipos de Alemania, Francia y Suiza, mismos que contaban con perros adiestrados para localización y rescate de víctimas.

Nuevamente, como en los días anteriores, las cifras que manejaban diversos funcionarios no coincidían. El presidente Miguel de la Madrid, en una entrevista para la cadena estadounidense CBS, dijo, según la versión del reportero Víctor Avilés, que “la mayor parte de la capital de la República está en pie, ya que, de cerca de un millón de edificios y casas habitación, las construcciones dañadas o destruidas no pasan de cincuenta”, número notablemente menor al que manejaba el regente capitalino y al que podía imaginar cualquier ciudadano que hubiera visto la zona afectada.

Por su parte, el secretario de la Defensa Nacional, Juan Arévalo Gardoqui, informó que el personal de la dependencia a su cargo donaría tres días de sueldo —poco más de quinientos 55 millones de pesos— para integrar un fondo al cual irían también todos los objetos de valor que se rescataran, aunque no precisó si se refería a los artículos que fueran propiedad de particulares o sólo a los del Gobierno Federal. El mismo funcionario dio parte al Presidente

### **Humberto Musacchio**

de que los efectivos destacados por el ejército para labores de rescate y patrullaje, que eran sólo tres mil quinientos el jueves, habían aumentado hasta nueve mil el sábado.

En el aspecto económico, lo sobresaliente fue la constitución del Fondo para la Reconstrucción de Zonas Afectadas por el Sismo, con el cual se pretendía “canalizar adecuadamente los donativos que los diversos sectores de la sociedad que generosamente han ofrecido para hacer frente a la grave situación provocada en diversas zonas del país por el sismo registrado el pasado jueves”. Lo captado por este fondo habría de ser destinado “fundamentalmente a la reconstrucción de las instalaciones hospitalarias y educativas”. Los donativos, “deducibles del impuesto sobre la renta”, decía el comunicado, “serán administrados por un comité mixto, integrado para el efecto, que rendirá cuentas a la opinión pública en su oportunidad”. No se decía quiénes integrarían ese comité ni por qué sería mixto ni mucho menos cuándo y cómo rendiría cuentas.

Se repetía la historia del Fondo Nacional de Solidaridad, creado inmediatamente después de la nacionalización bancaria para pagar, si es que había que pagar algo, a los expropiados caballeros de las finanzas. Como de aquel fondo nadie rindió cuentas ni se supo de su destino, esta vez algunos sectores, aún oficialistas, decidieron no depositar confianza y dinero en las autoridades y se propusieron manifestar su solidaridad con los afectados de manera directa.

### Ciudad quebrada

Otra noticia, dudosamente buena, fue que el Fondo Monetario Internacional negaba que hubiera cancelado créditos a México y anunciaba que estaba en curso una ronda de negociaciones para que este país “tenga acceso nuevamente a los recursos crediticios de ese organismo mundial”. El desmentido sobre la ruptura hacía referencia a “informes equívocos de prensa” —según la agencia UPI— que “dan la impresión de que ha habido una ruptura de relaciones entre México y el Fondo, y se basaron en una incompreensión incorrecta (sic) de las relaciones entre el Fondo y sus miembros”. El tono del cable, de alguna manera, daba pie para interpretar que el desmentido no era total, pues se mencionaba que el FMI había destacado que “México presenta algunos obstáculos en el cumplimiento total de sus programas económicos”. Aun así, la discutible generosidad del Fondo podía permitirle al gobierno mexicano, salvados ciertos requisitos, encadenarse todavía más mediante la deuda externa.

El pesimismo tuvo una levísima pero esperanzada cuarteadura ese mismo sábado. Desde Sevilla, la televisión trajo a México la calidez solidaria que se mostró durante el Festival OTI, en el cual Eugenia León cantó muy bien, a pesar de sus muchos pesares, El fandango aquí, canción de Marcial Alejandro, compositor representativo de una corriente nada conformista que después de bregar durante varios años obtenía un reconocimiento

### Humberto Musacchio

internacional. Como Carlos Mejía Godoy y los de Palacagüina, que en otro momento aprovecharon su triunfo en el Festival OTI para impulsar el combate antisomocista, así Eugenia León y Marcial Alejandro, no dejaron dudas de su filiación popular. Marcial, incluso, en el noticiero 24 Horas, anunció que, como homenaje a los fallecidos a consecuencia del terremoto, echaría a la fosa común el trofeo ganado en Sevilla, lo que motivó un gesto de desagrado de Zabludovsky por esa forma tan sinceramente heterodoxa de solidarizarse con un pueblo.

El domingo se mantuvo la ciudad a la expectativa, silenciosa, en espera de una información más precisa que la recibida en días anteriores. De boca en boca corrían versiones sobre pillaje, asaltos, ausencia de vigilancia, epidemias que nunca se comprobaron, abusos de autoridad y, por encima de todo, los inenarrables actos de heroísmo de la población, tanto la indemne como la damnificada, pues en las brigadas de auxilio participaba por igual la gente de las zonas que no sufrieron mayor daño como los habitantes del área más afectada, muchos de ellos ya sin hogar, pues el sismo lo había destruido o habían sido desalojados para evitar mayores males.

En esa muchedumbre generosa los jóvenes eran evidente mayoría. Entre ellos figuraban los muchachos de elegante atuendo deportivo —hijos quizá de Las Lomas, de Polanco o el Pedregal—, lo mismo que los chavos banda de Neza y otras zonas proletarias. Tras de la muchachada estaban

### **Ciudad quebrada**

sus familias, que pegadas al radio o al televisor escuchaban que una clínica del Seguro Social pedía jeringas hipodérmicas y corrían a la farmacia a comprarlas para ir hasta donde las requerían, lo mismo que si hacían falta pañales en la Cruz Roja, zapapicos en la colonia Roma o biberones en algún hospital del ISSSTE. Esa ciudadanía generosa sorprendía a quienes no habían tenido ocasión de medir sus alcances. A los comentaristas de televisión, a no pocos periodistas y a mucha gente más, asombraba ese desprendimiento sin límite. El azoro ante la iniciativa popular lo compartían las autoridades, las que acostumbradas a gobernar sin los gobernados, entrevieron los riesgos de un desbordamiento ciudadano.

Los capitalinos presenciaban la descoordinación de sus autoridades, la pasividad de buena parte de los efectivos policiacos y militares y la ineptitud de quienes estaban obligados, antes que nadie, a dar la cara ante los problemas y resolverlos. La súbita adquisición de conciencia corrió pareja con la toma de la ciudad por las brigadas de auxilio, esto es, por los ciudadanos.

En las áreas más depauperadas de la zona de desastre, los propios vecinos, habituados a no esperar nada bueno de la autoridad, tomaron en sus manos la coordinación para hacer frente a su desgracia. Así evitaron que entrara la maquinaria pesada en derrumbes donde aún latía la vida, atajaron la prepotencia de presuntos representantes de la ley y combatieron

### Humberto Musacchio

los abusos que propiciaba el caos. Pero también reconocieron sin reservas al uniformado que se jugó la vida junto con ellos, al que quiso ayudar antes que ordenar, al que aportó su fuerza y su destreza a la tarea colectiva. Y hubo muchos de éstos, a fin de cuentas, habitantes de la miseria, pueblo como el pueblo que necesitaba de su coraje y de su conocimiento.

Algunas celebridades se incorporaron también a las tareas de rescate. El tenor Plácido Domingo, al enterarse del siniestro, voló de inmediato a México para buscar entre los escombros de Tlatelolco a familiares muy cercanos, tíos que fueron —él lo dijo— otros padres para él, hijo de artistas que frecuentemente estaban de viaje. Y el hombre se quedó ahí, dispuesto a laborar como cualquiera, aunque no faltó alguien inteligente que le pidió poner a trabajar a su ángel de la fama.

Así, una de las voces más amadas del mundo se dejó oír pidiendo medicamentos, lámparas, herramientas, grúas de gran capacidad —las pidió una y otra vez, quizá porque, ocupadas en las zonas más frecuentadas por los periodistas extranjeros, algún ‘funcionariete’ consideró que no valía la pena enviarlas al edificio Nuevo León, donde estaban sepultadas decenas de familias. A un pedido de 250 voluntarios que hizo el cantante acudieron más de dos mil personas, no tanto porque él lo solicitara, sino por la gana irreprimible de ayudar al prójimo afligido. La energía social buscaba cauces que las autoridades eran incapaces de abrir.

### Ciudad quebrada

Entre tanto comportamiento ejemplar, Televisa exhibía nuevamente su mezquindad. Raúl Velasco, uno de los más eficaces pervertidores del gusto popular, dirigiéndose a los que veían en el extranjero su programa dominical, trazó sobre un mapa de la ciudad un cuadro que, según él, limitaba la zona afectada y con la mayor frescura dijo que quienes tuvieran familiares allende esos linderos no tenían por qué preocuparse, pues fuera de ahí no había pasado nada. Con la misma caradura, según narra Joel Hernández Santiago (*Punto*, 30 de septiembre), se atrevió a decir que “afortunadamente (sic) esto le ocurrió a la clase media y no a la más desprotegida”, como si la “clase media” no estuviera constituida por seres humanos o en la colonias Morelos u Obrera, y aun en la Roma, vivieran sólo familias opulentas. Su ignorancia la ratificó con otra frase memorable por la insensibilidad del locutor: “aún es tiempo —dijo— de salir de la ciudad y refugiarnos en nuestras casas de Cuernavaca”.

Quienes podían, efectivamente salían a sus casas de fin de semana en Cuernavaca, Tequesquitengo, Valle de Bravo o Acapulco. Los más pudientes se encaminaron a sus residencias en San Diego, Vail o San Petersburgo, lugares de California, Colorado y Florida donde tienen propiedades los beneficiarios del auge lopezportillista, quienes no son, contra lo que podría suponerse, dos o tres ricachones, sino tantos que llegan a ser mayoría entre los casatenientes de esas

## Humberto Musacchio

ciudades. Algunos, los menos, buscaron la seguridad en Europa.

Otros, la mayoría aplastante de los mexicanos, por necesidad y no pocos por propia y consciente elección, decidieron quedarse a afrontar los riesgos con sus compatriotas, en un momento en que el futuro más inmediato nada tenía de halagüeño. Los empleados del sector público fueron convocados para presentarse al día siguiente, si no a labores, sí para permitir un primer censo. Hubo excepciones, como la referente al personal académico y parte del administrativo de la Secretaría de Educación. De este último, se avisó que concurrieran a trabajar hasta el miércoles los trabajadores que prestaban sus servicios en 44 domicilios ubicados en el centro y en las colonias Roma, Condesa, Doctores y Granjas México.

Otros burócratas eximidos de laborar fueron los que prestaban servicios en ocho dependencias de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología. La Secretaría de Agricultura recurrió a otro expediente: como sus inmuebles estaban en revisión, los empleados debían comunicarse a un centro de información donde se les daría parte de las fechas y lugares para reintegrarse a sus actividades. Otras secretarías citaban al personal sin oficina en uno u otro lugar para recibir instrucciones. De modo semejante actuaron las empresas paraestatales y los bancos, que llenaron las páginas de los diarios con sus desplegados.

Gran cantidad de empresas privadas que tenían instalaciones en la zona afectada también citaron a su

### **Ciudad quebrada**

personal en otros lugares o publicaron los números telefónicos a los que debían comunicarse los empleados a partir del lunes, a la vez que publicaban anuncios dirigidos a sus clientes dándoles a conocer su paradero. Tal cantidad de avisos en los periódicos demostraba algo ya sabido: en la parte más dañada de la ciudad se hallaba una altísima concentración de oficinas públicas y privadas, y en ellas, aunque poco se dijo sobre el asunto, está un cúmulo incuantificable de información, ahora perdida o en proceso de recuperación, de la que poco se sabe: archivos como el de asuntos migratorios de la Secretaría de Gobernación, el de “fichas” policiacas de las procuradurías y de la Secretaría de Protección y Vialidad, el registro nacional de granos de Conasupo, el de comercio exterior, de la Secofi; la memoria computarizada de por lo menos una de las tarjetas de crédito más empleadas en México; el control de adeudos de los usuarios de Teléfonos de México; cuentas bancarias y otros activos particulares o públicos, que, si bien no todos pueden medirse en pesos y centavos, el hecho es que sí representan trabajo y conocimiento acumulado, ‘know-how’, más, mucho más que meros símbolos de la modernidad de que se jactan los mal llamados tecnócratas. A lo anterior debe agregarse que un número indeterminado de obras artísticas, principalmente murales, sufrieron daños de importancia.

La pérdida de esos bienes, muchos de ellos intangibles e incuantificables pero valiosísimos, hay

### Humberto Musacchio

que sumarla a la de inmuebles y, sobre todo, a la más lamentable, a lo irrecuperable de las vidas que el domingo, según el Departamento del Distrito Federal, llegaba ya a mil 925, en tanto que la Secretaría de Protección y Vialidad consideraba que eran dos mil 822. En cualquier caso, el Ministerio Público sólo tenía conocimiento de mil 810. En lo que se refiere a lesionados, el DDF informaba de nueve mil 708, mientras que la segunda fuente reducía la cifra a cinco mil 282. *Excélsior* calculaba que, “conservadoramente” el número de desaparecidos era de cuatro mil 180. Las informaciones coincidían en que hasta la noche del domingo había unas dos mil personas atrapadas en los escombros.

Los gremios de arquitectos e ingenieros, por su parte, trataban de minimizar la catástrofe. El Colegio de Arquitectos, por ejemplo, declaraba que sólo dos de cada mil inmuebles de la ciudad resultaron afectados por el sismo. Tal idea de los daños pretendía ignorar que de las 790 edificaciones afectadas, muchas de ellas eran de varios pisos, además de que la cifra misma era dudosa.

De algún modo se repetía la argumentación expuesta por Hank González el 14 de marzo de 1979, cuando un sismo de 7.5 grados en la escala de Richter —6 en la de Mercalli— sacudió la ciudad y derribó cuatro edificios de la Universidad Iberoamericana. Dijo el entonces regente que los daños (*Proceso*, 19/III/1979) “fueron mínimos si se considera que en

### **Ciudad quebrada**

la ciudad hay un millón cuatrocientos mil predios construidos y sólo la Universidad Iberoamericana se cayó”.

Ahora, con cientos de inmuebles derrumbados y miles de muertos, los representantes de los constructores insistían en que no pasó gran cosa, y parafraseaban las palabras del ex regente, que oportunamente rescató Gerardo Galarza (*Proceso*, 30 de septiembre): “No es ninguna catástrofe, no hay ningún peligro o riesgo. La ciudad de México está a prueba de temblores por su avanzada tecnología. La diferencia de daños en relación a sismos de la misma intensidad en otras ciudades, es notable; la ciudad está bien construida; hay una gran seguridad para sus habitantes”. La naturaleza había dado su respuesta el 19 de septiembre, pero hubo quienes no la entendieron.

### **Normalidad anormal**

En la zona del desastre, la mañana del lunes se llenó de grupitos que hablaban en voz baja, miraban hacia los edificios caídos o desalojados y amalgamaban la pena con la incertidumbre. Se les veía frente a los inmuebles donde hubo oficinas, ante las construcciones donde se agazapaban talleres y pequeñas fábricas, de cara a las empresas comerciales y de servicios, temporal o definitivamente cerradas. Eran los hombres y mujeres arrojados al desempleo por la sacudida. ¿Y ahora qué?, era la pregunta que se hacían.

## Humberto Musacchio

En el área devastada, pocos comercios subieron las cortinas metálicas. En la zona acordonada, que *unomásuno* calculó que en 32 kilómetros cuadrados, la apertura de los pequeños negocios era más un acto de afirmación: “pese a todo, aquí estamos”, —comentó un vendedor de artículos electrónicos de República de El Salvador—; era más una muestra de decisión, de lucha contra la adversidad, que la certidumbre de que todo volvía a la normalidad. Esa normalidad, la conocida hasta antes del jueves trágico, pertenecía a un pasado remoto, a unos tiempos en que el centro de la ciudad se llenaba de empleados, de vendedores, de clientes, de vida. Ya no sería igual. En el mejor de los casos, para esos pequeños comerciantes la apertura de sus negocios era un sondeo de la nueva realidad. Con el paso de los días irían surgiendo los elementos para sopesar una decisión sobre el futuro de sus actividades, de sus empleados.

Muy distinta era la situación para quienes trabajaban en bufetes, consultorios, despachos, hoteles, restaurantes, talleres y todos esos minúsculos negocios albergados en los inmuebles donde ya no puede entrar nadie. Para esas víctimas del sismo no habrá planes ni programas de reconstrucción que les garanticen un empleo. Miles, decenas de miles de familias se encuentran hoy sin ingresos. Se sumarán a otros maltratados por la crisis. Engrosarán el ejército de los subempleados, de los vendedores de Kleenex, de chicles, de chucherías; competirán por una esquina para arrojar fuego, para mendigar; sus hijos mayores tienen

### Ciudad quebrada

como porvenir la delincuencia, la prostitución y otros subproductos del monetarismo. “Un millón de personas quedan sin empleo en el primer cuadro”, decía en primera plana *El Universal*.

Y mientras Nancy Reagan venía a repartir sonrisas a un pueblo que hubiera agradecido más su pésame a distancia, en Nueva York —en la sede de las Naciones Unidas—, los presidentes de Brasil y Perú cuestionaban la política del FMI, y ponían a México de ejemplo de inviabilidad de tal política, pues pese a los recortes salariales, el desempleo masivo y las restricciones en el gasto público, este país había caído de la gracia fondomonetarista. Pero ante la advertencia de dos países como Brasil y Perú —uno el más endeudado y el otro dirigido por un político nacionalista—, el FMI debía manejarse con suma cautela ante México.

De ahí que el director gerente del Fondo, Jacques de Larosière, enviara ese mismo día un mensaje a Miguel de la Madrid, en el cual garantizaba asistencia “en la plenitud de nuestra capacidad” —decía—, pues el gobierno mexicano, espoleado por la situación, podía caminar en sentido contrario al de su ideología y optar por una moratoria no negociada, unilateral. Para el FMI, bien vistas las cosas, es preferible un cliente con poca solvencia que una huelga de pagos.

Como causa y efecto de la insolvencia mexicana, operaba desaforada la especulación, que disparó el dólar ‘superlibre’ hasta cuatrocientos pesos desde el mismo jueves, pese a que las casas de cambio

### Humberto Musacchio

oficiales lo cotizaban a casi veinte pesos menos. El presidente de la Cámara Nacional de la Industria de Transformación, Carlos Mireles García, sabedor de las dificultades que afrontaba el país, propuso que la Banca internacional condonara a México un año de intereses de la deuda, lo que representa alrededor de 12 mil millones de dólares.

Los problemas económicos causados por la destrucción sísmica podían imaginarse a partir de una cifra estimada por las compañías aseguradoras, que hasta el lunes calculaban que pagarían aproximadamente cien mil millones de pesos. Las mismas compañías consideraban que los edificios dañados eran siete mil y no 790, como aseguró el Colegio de Arquitectos. “Si se considera que la adquisición de seguros para inmuebles está limitada a los grandes propietarios y que de éstos no todos juzgan rentable pagarlos, el monto de los daños debía ser mucho mayor que los cien mil millones de pesos que tendrán que pagar las firmas del ramo, que por cierto sólo parcialmente cubrirán con recursos propios, pues todas cuentan con reaseguros contratados con empresas extranjeras” (*El Universal*, 24 de septiembre).

Pese a las evidencias físicas y económicas de la catástrofe, el secretario de Gobernación, ante una comisión de diputados, dijo (*La Jornada*, 24 de septiembre) “que no se requiere declarar el estado de emergencia, pues la gran mayoría de la capital se encuentra en pie, las instituciones tienen y siguen

### Ciudad quebrada

un programa de trabajo, las fuerzas de seguridad están actuando y los sistemas de comunicación en la República están en orden”, si bien reconoció que “el mal comportamiento de algunas autoridades” era un “hecho doloroso y grave”. Otros hechos eran también dolorosos y graves, además de que lo contradecían flagrantemente.

Aparte del número de inmuebles dañados a que hicimos referencia, el servicio telefónico de larga distancia nacional e internacional seguía —y seguiría por algún tiempo— interrumpido, el desorden en los trabajos de rescate continuaba, al extremo de que por lo menos españoles, franceses y alemanes fueron víctimas del caos originado en la imprevisión y la prepotencia de las autoridades, especialmente de las civiles. El Departamento del Distrito Federal, por su parte, hasta ese día llevaba contabilizados tres mil cadáveres e informaba que había aún mil quinientas personas atrapadas en los derrumbes y seis mil quinientos heridos, de ellos seiscientos hospitalizados.

Por si hiciera falta, John Gavin, embajador de Estados Unidos, basado únicamente en sus recorridos por las zonas dañadas, calculó, a ojo de buen cubero, que la cifra de muertos “podría llegar a los diez mil”, pero se curó en salud con un “ojalá esté equivocado”. Los que vivían una situación de emergencia, los damnificados, eran treinta mil, de los cuales cerca de la mitad permanecía a la intemperie.

Las fuerzas de seguridad, como lo dijo el secretario de Gobernación, estaban actuando, pero

### Humberto Musacchio

por los rumores de la población y también por hechos documentados, ponían su mejor empeño en sucesos “dolorosos y graves”, por ejemplo, el asalto a funerarias para robar ataúdes, como lo denunció *El Universal*, diario que también, en una nota firmada por Guillermo Valencia, que después corroborarían otros diarios, informaba que “amordazado, vendado de los ojos, atado de pies y manos con cadenas metálicas y dentro de la cajuela de un vehículo que apareció bajo los escombros del edificio de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal, fue encontrado el cadáver del conocido penalista Saúl Ocampo”, quien desapareció ocho días antes del sismo.

Los parientes, agrega la nota, fueron informados el domingo (22 de septiembre) por la misma Procuraduría, de que el abogado “había aparecido muerto dentro de su coche, que fue hallado estacionado en la colonia Roma” y hasta se extendió un documento que “avala que se practicó la autopsia el día que fue encontrado, es decir, el domingo, pero de acuerdo con la agencia funeraria que prestó el servicio, el hilo con que cerraron nuevamente el cadáver ya presenta corrosión de seis o más días”. El certificado de la autopsia, señala el reportero Valencia, establece que el litigante murió a consecuencia de un disparo de arma de fuego en el tórax, pero el cadáver “no presentaba ninguna herida de bala”.

La causa de la defunción, según pudo establecer el reportero con el auxilio de un médico, fue la asfixia, pues el cuerpo tenía “el amoratamiento clásico de una

### Ciudad quebrada

muerte por falta de oxígeno”. Asimismo, los dedos presentaban huellas de quemaduras que se quisieron tapar con tela adhesiva. De acuerdo con la información periodística, el cadáver fue hallado en la tarde del domingo, “después de una serie de trabajos en busca de sobrevivientes en lo que fuera el edificio central de la Procuraduría capitalina y de la Policía Judicial”, en Niños Héroes y Doctor Liceaga, donde “una cuadrilla de trabajadores rescató los restos”.

Ese mismo lunes hubo otros anuncios de primera importancia. El secretario de Gobernación informó, también a los diputados, que el gobierno federal estaba estudiando “un programa de gran envergadura” no sólo para resolver los problemas que planteó el sismo, sino para prevenir cualquier tipo de desastre, lo que el doctor Guillermo Soberón, secretario de Salubridad, completó en otro escenario al anunciar que el gobierno federal “buscará reubicar en provincia oficinas administrativas cuya permanencia en el Distrito Federal no sea indispensable”.

Desde el campo no gubernamental hubo también anuncios. Los vecinos de Tlatelolco, en un mitin, custodiados por un nutrido grupo de soldados que quizá esperaban un motín, advirtieron que su paciencia se había agotado y se propusieron, según la nota de Rogelio Hernández en *Excélsior*, demandar a quienes resulten responsables por sus muertos, por sus pérdidas, “por las absurdas pesadillas que provoca la irresponsabilidad”.

## Humberto Musacchio

Asimismo, mediante llamadas a Radio Educación y a un canal estatal de televisión, algunos ciudadanos alertaron contra el riesgo de que fueran a dinamitarse los edificios del Hospital Juárez y del Centro Médico, debido a que ahí se guarda material radiactivo del que ninguna autoridad había informado. La respuesta no se hizo esperar. La Comisión Nacional de Seguridad Nuclear y Salvaguardas desmintió que fueran a emplearse explosivos en dichos centros hospitalarios y negó, al igual que el Seguro Social, que hubiese “la menor posibilidad de contaminación por radioactividad”, aunque el vocero del IMSS “indicó que se está poniendo especial cuidado para rescatar el equipo que se utiliza en el tratamiento de radioterapia —bombas de cobalto—, empleando para ello la más alta tecnología”. Lo dicho por el vocero del IMSS indica claramente que al momento de hacerse público el asunto, las fuentes radiactivas no habían sido rescatadas, y difícilmente lo iban a ser, pues esos materiales, dijeron los representantes de ambas instituciones, “están en los sótanos —del Centro Médico— dentro de depósitos de concreto de 1.5 (¿metros?) de espesor”; ciertamente, bajo cientos de toneladas de escombros.

### **La contramovilización**

El martes, después de los mítines celebrados en Tlatelolco, luego de la organizada inconformidad que se mostraba en la colonia Morelos o entre los

### **Ciudad quebrada**

damnificados de la Roma, se hizo evidente que la movilización popular, espontánea pero mucho más cohesionada de lo que era esperable, había alcanzado su punto más alto y empezaba a disminuir. Varias razones incidían en este fenómeno. Muchos ciudadanos habían tenido que reiniciar labores el día anterior, lunes, pues las oficinas públicas habían citado a su personal para censar a los elementos disponibles. Las empresas privadas, incluidas algunas de la zona de desastre, pretendían normalizar sus actividades. La gente común tenía que ganarse el pan y, pese a la situación anómala, los mecanismos de la vida social se ponían en movimiento, torpe pero inexorablemente.

Otro factor que contribuía a disminuir el número de voluntarios era que un orden mínimo se iba imponiendo en las tareas de rescate y auxilio, en las que ya no bastaba el entusiasmo y se requería de cierta especialización. Ese orden era el que los rescatistas y las propias necesidades pugnaban por establecer, en medio de las disputas entre las diversas autoridades, el celo jurisdiccional de los funcionarios, la apatía y la ineptitud de los representantes gubernamentales.

En la desmovilización contaba también el cansancio de los esforzados de la primera hora, muchos de ellos agotados al extremo de que debieron ser atendidos en los puestos de socorro, pese a su insistencia en continuar removiendo escombros. Para otros voluntarios, decepcionados por la falta de apoyo oficial, pesaba en su ánimo el alejamiento del núcleo familiar y de las amistades durante esos días

### Humberto Musacchio

interminables. Había otros elementos que confluían en la dispersión de los voluntarios, pero el determinante puede hallarse en la campaña sistemática emprendida por las autoridades para obligar a la sociedad, volcada hacia la calle en los primeros días, a retroceder sobre sí misma, a replegarse hasta los rincones de su cotidianidad y su enajenación. Para desmovilizar a los voluntarios se echó mano de toda clase de recursos, aun los de más baja ley, como acusar a los rescatistas de abusos, ineptitud, desorden y exhibicionismo. En la feroz andanada de calumnias participaban los medios electrónicos de comunicación y algunos impresos, precisamente aquellos que en toda movilización popular sólo ven síntomas de subversión y “agitación comunista”.

El espanto de los sectores más reaccionarios ante la movilización se nutría también de hechos que les parecían alarmantes. Los vecinos de varias zonas afectadas se negaban a recluirse en los albergues, advertidos por la experiencia de que abandonar sus hogares era dejarle manos libres al pillaje. En la colonia Morelos, los vecinos reaccionaron airadamente contra los caseros que, apoyados por las autoridades, se disponían a derruir las viejas y siempre ruinosas vecindades. De la misma manera, cuando se quiso obligar a los habitantes de Tepito a marchar hacia los albergues, la repulsa del barrio fue unánime.

Pero la protesta tuvo mayor resonancia en Tlatelolco, donde miles de vecinos realizaron otro mitin el martes. Ahí dieron a conocer un documento,

### **Ciudad quebrada**

en el cual señalaban que “esta tragedia —la del edificio Nuevo León— pudo ser evitada” y que “es consecuencia directa de la acción corrupta y de la negligencia criminal con que Banobras, Fonhapo y AISA (Administradora Inmobiliaria, S.A.) han tratado desde siempre la problemática de Tlatelolco”. De acuerdo con el texto, “era sabido” que el edificio Nuevo León “presentaba problemas serios en su cimentación”. Recuerdan ahí que ese inmueble se desalojó dos años antes, “en virtud de la peligrosa inclinación” que presentaba y “de su hundimiento que alcanzaba un metro y medio”. Inconformes con la reparación que se practicó, los vecinos “interpusieron el recurso de queja ante la Procuraduría Federal del Consumidor. Se realizaron dos audiencias... y Fonhapo se comprometió, entre otras cosas, a dar mantenimiento por una única vez a los pilotes. Esto se realizaría tres semanas después de la última audiencia que fue a finales de julio, por lo que las obras se debieron realizar a finales de agosto”. El documento señala también que “por lo menos desde 1983 sabía Fonhapo de los problemas de cimentación en 42 edificios de la Unidad, así como de su deterioro general por la falta de un buen mantenimiento a cargo de AISA”.

El escrito, dirigido al director general del Fideicomiso Fondo Nacional de Habitaciones Populares (Fonhapo), incluía un pliego petitorio en el que se demandaba la investigación y el deslinde de responsabilidades, ayuda para los sobrevivientes —con prioridad al rescate de atrapados—, restitución

### Humberto Musacchio

de viviendas e indemnización. Actualización de dictámenes técnicos para establecer la habitabilidad de los edificios (para lo cual no se aceptaría que tales dictámenes estuvieran a cargo de los mismos “peritos” que actuaron en el caso del edificio Nuevo León); restablecer los servicios en los inmuebles habitables; indemnización a los propietarios de los vehículos dañados. Permitir el retiro de pertenencias de los edificios desalojados y no adoptar ninguna decisión sobre el destino de la unidad habitacional sin la participación de los vecinos, todo lo cual debería incluir a los habitantes de los cuartos de servicio. Asimismo, se exigía en el documento prorrogar el fideicomiso por diez años y suspender el cambio de régimen de propiedad. El documento, distribuido el martes 24, estaba fechado un día antes y lo firmaban los dirigentes de cuatro agrupaciones de vecinos: el Frente de Residentes de Tlatelolco, el Consejo de Edificios en Autoadministración, la Asociación de Residentes de Tlatelolco y la Coordinadora de Cuartos de Azotea de Tlatelolco.

Estas mismas demandas las llevaron a la Cámara de Diputados, donde pidieron al ex líder del Partido Comunista, Arnoldo Martínez Verdugo, diputado y habitante de Tlatelolco también desalojado, que las presentara al pleno. En la misma sesión de la Cámara, la priísta Elba Esther Gordillo —diputada por Tlatelolco—, subió a la tribuna, dice Ubaldo Díaz en *unomásuno* (25 de septiembre), “para refutar los señalamientos del pesumista Martínez

### Ciudad quebrada

Verdugo, pero en realidad no argumentó nada. Sólo señaló que los pesumistas querían capitalizar el problema. Desde las tribunas, los representantes de las unidades habitacionales la increparon fuertemente y le llamaron mentirosa, pues —le dijeron— no se había parado por la unidad”.

Según la crónica parlamentaria de *El Universal*, firmada por Jorge Avilés Randolph, las tribunas se le fueron encima a la señora Gordillo, desde donde le dijeron “embustera, mentirosa, no digas falsedades, nuestros muertos hablan por ti”. Sin embargo, la priísta anunció que esa misma noche presidiría una asamblea en Tlatelolco. La respuesta de los vecinos presentes, en su mayoría damnificados, fue: “Allá te esperamos, a ver si te atreves a ir”. Y efectivamente fue, para presidir con Rodolfo Mario Campos Bravo, otro diputado priísta, una asamblea de sus leales, no todos habitantes de la unidad, entre los cuales se eligió a “representantes” de los vecinos, hecho que sería denunciado posteriormente por los presuntos representados.

Esa sesión de la Cámara de Diputados mostró claramente los límites del parlamentarismo mexicano: como se esperaba una andanada de acusaciones y protestas de la oposición, los priístas decidieron inscribir en la lista de oradores a uno de los suyos por cada adversario, lo que amenazaba con un maratón retórico de 63 voces. Finalmente se logró reducir el número de participantes a la cuarta parte, pero eso no evitó que la oposición hiciera denuncias, cosa

## Humberto Musacchio

explicable cuando por todas partes aparecían indicios de negligencia criminal y actitudes punibles. La mayoría respondió con elogios al Poder Ejecutivo y rechazó los señalamientos con el argumento de que la oposición quería “capitalizar el drama desde el aspecto político”, como si la función de los partidos no fuera hacer política, esto es, responder con sus propios puntos de vista a las apreciaciones y acciones de los adversarios.

Afuera del recinto parlamentario el sufrimiento masivo continuaba. Al dramatismo de las tareas de rescate y la aflicción de los damnificados se sumaban los abusos de algunos comerciantes. Salvador Pliego Montes, titular de la Procuraduría Federal del Consumidor, declaró que la tortilla, producto básico en la dieta mexicana, se estaba vendiendo hasta en cuatrocientos pesos el kilo, casi diez veces por arriba de su precio oficial. La Secretaría de Comercio, por su parte, anunció que estaba procediendo a clausurar las negociaciones donde ocultaban los alimentos o abusaban con los precios. No eran sólo expendios de alimentos sino también establecimientos de muchos otros giros, entre ellos las funerarias, que disfrutaban del momento de mayor auge desde la revolución.

Para los parientes de personas atrapadas y los deudos de miles de cadáveres que se hallaban bajo los escombros, otras amenazas se amontonaban sobre su desgracia. Diversas versiones hablaban de que ese mismo día se empezaría a fumigar, en prevención de epidemias, lo que significaba condenar a muerte a los

## Ciudad quebrada

sobrevivientes. Asimismo, se repetía con insistencia que iba a iniciarse la demolición de edificios, aduciendo también el peligro de enfermedades contagiosas. Si bien eran cada vez más débiles las señales de vida y se les localizaba más esporádicamente, el hecho es que la muchedumbre de voluntarios se afanaba en levantar los restos de los inmuebles precisamente con la esperanza de hallar sobrevivientes o, por lo menos, rescatar cadáveres. Esa pugna entre los brigadistas y los técnicos se prolongaría durante muchos días más y la razón que asistía a los primeros tendría gozosas comprobaciones en cada rescate de sobrevivientes. La aplicación de los voluntarios en su tarea había tenido como resultado la salvación de por lo menos dos mil vidas —según el informe del DDF proporcionado el martes—. Paradójicamente, el Servicio Médico Forense recomendaba continuar la búsqueda de los supervivientes que se calculaban —según *unomásuno*— en mil quinientos, pues aseguraban que un ser humano puede soportar hasta veinte días sin ingerir alimentos.

Las ruinas de centenares de inmuebles sugerían que algo, además de la estructura geológica, había fallado en la ciudad de México, al extremo de afectar tantas edificaciones a costo humano y económico tan alto. Los diputados y el Presidente de la República, como antes lo habían hecho diversos particulares, plantearon la necesidad de revisar el reglamento de construcción. De la Madrid encomendó el asunto a Ramón Aguirre Velázquez, para que de ser

### Humberto Musacchio

necesario se modifiquen “aspectos jurídicos, de uso del suelo, altura y densidad de las construcciones, y se revisen las normas de edificación” (*La Jornada*). El subsecretario de Gobernación, Jorge Carrillo Olea, pidió evaluar los riesgos de la concentración de instalaciones estratégicas, centros de comunicaciones o de información computarizada, para evitar la paralización de servicios imprescindibles para la sociedad. Al secretario de Programación y Presupuesto se le pidió trabajar en “la reorientación de los planes de desarrollo urbano en la zona metropolitana y valle central del país, para estimular la descentralización a otras ciudades”.

“La tarea de reconstrucción será enorme, va a prolongarse por varios años”, declaró el presidente Miguel de la Madrid, según *El Universal* del 25 de septiembre. Para esa colosal tarea, la ayuda internacional continuaba fluyendo. Al aeropuerto Benito Juárez llegaban los aviones con una frecuencia que llegó a ser de 18 minutos entre uno y otro.

En diversos países se organizaban colectas para ayudar a los damnificados. En Estados Unidos, la comunidad de origen mexicano era la más activa, pero la colaboración popular en Japón, Israel, los países europeos, árabes o latinoamericanos resultaba estimulante. Una ejemplar muestra de fraternidad dieron dos grupos ligados a México estrechamente: los uruguayos y argentinos que compartieron aquí el pan amargo del exilio; hombres, mujeres, ancianos y niños que recibieron acogida en México, país al que

### **Ciudad quebrada**

a cambio le entregaron lo mejor de sí mismos para enriquecernos no sólo espiritualmente, sino también en los campos de la economía, la ciencia y el arte. Esos argentinos y uruguayos le respondieron de inmediato a su patria adoptiva y, en medio de las penurias sin cuento que les ha tocado vivir en su retorno, se quitaron lo que tenían para dárnoslo y se lanzaron a la calle a pedir, a exigir solidaridad con el otro pueblo, también su pueblo, herido en la carne y en el alma por la desgracia.

A México le llovió la tragedia en tierra mojada por la más profunda crisis económica de su historia. De la Madrid declaró que lo sucedido complicaba el manejo de la crisis, ratificó que su gobierno estaba en la mejor disposición de cumplir con las obligaciones financieras y comerciales contraídas, pero que en momentos tan difíciles, la comunidad internacional debía ayudar a México “en términos extraordinarios”. Pidió comprensión, en la inteligencia de que “los juicios económicos carecen de sentimientos”, pero, por eso mismo, para conveniencia de todos, debía ayudarse al país.

El mismo día, en Nueva York, el canciller Bernardo Sepúlveda demandó a los representantes de los países acreedores la adopción de una “responsabilidad seria y realista” frente al problema de la deuda y juzgó “a todas luces” inaceptable que México pague 12 millones de dólares al año por concepto de intereses, lo que equivale a más de 50 por ciento de sus ingresos totales por

### Humberto Musacchio

exportación de bienes y servicios. Ante el Consejo de Relaciones Exteriores de Nueva York, Sepúlveda advirtió que “si México se viese forzado a restringir radicalmente sus importaciones, los productores y comerciantes estadounidenses podrían dejar de recibir aproximadamente nueve mil millones de dólares al año, lo que aumentaría sensiblemente el desempleo en varios estados de la Unión Americana”. Así ilustró el canciller la interdependencia entre ambos países y “lo mucho que a cada uno de ellos conviene el progreso y la estabilidad del otro” (*Excélsior*, 25 de septiembre).

Y mientras, dentro y fuera del país se discutía la gravedad de la crisis, ahondada por los efectos del sismo, en la zona central de la ciudad de México todo era movimiento, angustia, búsqueda. Camiones pesados, colmados de cascajo, provocaban la temblorina de los edificios altos a su paso por las calles más dañadas, provocando nuevos brotes de pánico en una población excesivamente castigada. La carga se iba a depositar en baldíos y calles cercanas y varios puntos de la periferia, como en los espacios enjardinados de la Villa Panamericana del Infonavit, lo que generó la protesta de miles de familias, o en Xochiaca, donde un enjambre humano se movía entre los desperdicios en busca de una puerta útil, de herrería más o menos derecha, de ropa, muebles, accesorios que una vez formaron parte del patrimonio de algún hogar; también buscaban dinero, joyas y otros objetos de valor, los que en más de una ocasión,

## Ciudad quebrada

según cuentan los testigos, tuvieron que arrancarse de brazos sin dueño que llegaron hasta el tiradero por las prisas, el error o la inconsciencia.

Para contrastar con esa desesperada búsqueda entre escombros y carroña, las autoridades de la delegación Miguel Hidalgo, en el otro extremo de la ciudad, dispusieron que treinta empleados fueran a sembrar flores en el camellón de Reforma, en las Lomas de Chapultepec, quizá para aromatizar la atmósfera, enrarecida con la tragedia.

Más hallazgos en la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal: además del penalista Saúl Ocampo Abarca, también se encontró entre las ruinas el cadáver del estudiante de Contaduría de la UNAM, Ismael Jiménez Pérez, igualmente atado, amordazado y “con visibles huellas de tortura, según nota aparecida en *unomásuno* (25 de septiembre) en la que se mencionaba a otro detenido, Miguel Guzmán, quien fue llevado a la Cruz Roja por agentes de la Policía Judicial, ‘para recibir atención médica’. Sin embargo, sus familiares lo encontraron muerto en el panteón de San Lorenzo Tezonco, en donde está como desconocido y se ignoraba de dónde había llegado”.

La nota daba cuenta de la desaparición de diez colombianos “que se encontraban igualmente arrestados en los ‘separos’ de la Policía Judicial” acusados de algunos asaltos. Según algunos agentes policiacos, “todos ellos están entre los escombros”, pero el director de esa corporación, Raúl Melgoza

### Humberto Musacchio

Figueroa, “molesto por habersele preguntado qué había pasado con los colombianos, respondió que fueron puestos a disposición de la Procuraduría General de la República, lo cual no es cierto, como lo pudo comprobar este diario” (*unomásuno*).

El balance hasta la noche del martes era, según el Departamento del Distrito Federal, de alrededor de tres mil muertos y diez mil heridos, de los cuales fueron hospitalizados mil setecientos —de ellos ochocientos permanecían en nosocomios públicos y privados. En albergues de diversas instituciones se hallaban 22 mil trescientos damnificados y, a la intemperie, ocho mil 759 —todo según las cifras del DDF, no muy confiables según la anécdota que narró Miguel Ángel Granados Chapa en su columna Plaza pública—:

“A don Humberto Romero, director de prensa del Departamento del Distrito Federal, le hicieron notar ayer unos reporteros un probable error en el boletín que estaba expidiendo su oficina: se leía allí que la cifra de personas muertas por el temblor ascendía a dos mil quinientas, siendo que en el reporte del lunes la suma era de tres mil; los periodistas supusieron que en el de ayer (el martes) debían ser tres mil quinientas (pues, bromearon, ni modo que hubieran resucitado quinientas). Tras una breve reflexión en que primero pareció aceptar la rectificación, el ex diputado Romero concluyó: no, mejor pónganle tres mil cien.”

## Ciudad quebrada

### ¿Y los jefes de manzana?

En la edición del miércoles 25 de septiembre, el diario *La Jornada* publicaba una carta de su colaboradora, la escritora Olga Harmony, quien decía que, en medio de la emergencia, el jefe de la manzana donde vive nunca acudió en auxilio de sus vecinos, ni mucho menos fue capaz de organizar la acción de sus presuntos representados.

“No se trata de denunciar a una persona ni un hecho aislado, sino a toda una estructura, de una ineptitud que raya en la corrupción... Tampoco es mi intención —agregaba— pedirle a las autoridades que nos nombren a personas más responsables, sino hacer un exhorto a los pobladores de la lastimada ciudad para que formemos auténticos comités de manzana o vecinales, elegidos democráticamente, y desconozcamos a estas personas impuestas por una estructura rígida y autoritaria, y que ni siquiera son capaces de hacer méritos para medrar dentro de ella. Si vamos a reconstruir nuestro entorno, ganemos sus espacios para lograr una participación real, en lo que a todos nos atañe, de manzana en manzana, de delegación en delegación.”

La carta preguntaba al lector, acerca de los jefes de manzana: “¿sabe usted quién es el suyo?”

En la misma edición apareció un documento emitido por el Grupo de los 100, que meses antes había iniciado una campaña para alertar a la población capitalina sobre la situación límite a que se había

### Humberto Musacchio

llegado. Esta declaración decía, entre otras cosas, que “hoy más que nunca se ha puesto de manifiesto que la corrupción es una pésima constructora. Es alarmante el número de edificios públicos destruidos por el temblor: oficinas de gobierno, multifamiliares, escuelas y hospitales”. Los 100 pedían que en los lugares donde hubo edificios que se derrumbaron se hicieran jardines, que se aplicara la técnica antisísmica más adecuada en las construcciones, y que se aprovechara la oportunidad para descentralizar el aparato gubernamental.

No todas las muertes podían cargarse a la violencia telúrica. Pese a que en los puntos donde se aglomeraban más voluntarios se procedía cada vez con mayor organización, el hecho es que las autoridades no parecían salir de su aturdimiento. A una semana del terremoto, la ineptitud oficial se empezó a hacer cada vez más notoria para los observadores extranjeros, quienes seguían la pista de sus connacionales, en especial de los llegados a México para auxiliar en las labores de rescate.

Estos grupos, especializados en tareas que resultaban tan urgentes, deambulaban por la ciudad en busca de alguien que quisiera aprovechar sus aptitudes. Con frecuencia se enfrentaban a la incomprensión de las autoridades que dirigían los trabajos de salvamento en cada punto específico. Ante el desorden, algunos grupos, acostumbrados a laborar con la mayor disciplina, pidieron recibir órdenes únicamente de autoridades militares, pues los

## Ciudad quebrada

civiles, médicos, ingenieros o individuos sin profesión conocida, en unos casos eran abúlicos y prepotentes y en otros, la mayoría, ignoraban cabalmente qué hacer ante situaciones de ese calibre.

Roberto Zamarripa relató en *La Jornada* las vicisitudes de un grupo de franceses llegados de Marsella: “Desde el aeropuerto Benito Juárez mostraban su ansiedad por entrar en acción. Los llevaron a dormir bajo protesta. La mañana de hoy (del martes) desayunaron en el nuevo hotel Crowne Plaza (antes Fiesta Palace) y hasta las 12:00 horas salieron de sus cuartos. Con un mapa de turistas —de esos que reparten en los hoteles de la Zona Rosa— comenzaron su recorrido.

“Sin guías especializados —sigue Zamarripa— acompañados sólo de traductores voluntarios, animosos pero desconocedores de los lugares donde se requiere auxilio, los especialistas franceses recorrieron la calle de Durango, atravesaron la Plaza de la Cibeles y, luego de tres horas, no encontraron un lugar donde trabajar... Alguien dijo que en Uruapan e Insurgentes —lugar donde estaba Datamex, escuela de computación— pudiera haber gente viva. Por lo menos dos de treinta estudiantes de programación, lo suponen... Pidiendo aventones, los especialistas llegan allá con todo y perros. El ingeniero Serrano no está muy convencido de la posibilidad de encontrar gente con vida. Los perros, sus dueños, los curiosos, los parientes de atrapados, el ejército, la Cruz Roja, dicen que sí... Han trabajado seis horas

### **Humberto Musacchio**

y piensan seguir hasta el amanecer... Han metido taladro, soplete, lazos y los aparatos de ultrasonido que indican, neciamente, después de cinco días, y luego de más de treinta horas de demolición, que en los escombros de Datamex hay personas vivas... El ingeniero Serrano ha desaparecido y cuatro sacerdotes reparten la bendición...”

Esos franceses, viajando por la ciudad de aventón, buscando por su cuenta derrumbes donde pudieran ser útiles sus servicios, afrontando la cerrazón homicida del encargado de los trabajos en un derrumbe, lograron salvar vidas. Pero ya saben con qué autoridades cuenta México. Otros rescatistas extranjeros fueron enviados al derruido hotel Romano... ¡a alojarse!

Se dice que a suizos y franceses les robaron sus perros. Los alemanes, según Últimas Noticias, hartos de lidiar con el toro mecánico de la burocracia optaron por irse, si bien el embajador de la República Federal de Alemania (RFA) intentó convencer de que no existieron dificultades con los representantes del gobierno mexicano. A los españoles, los agentes aduanales del aeropuerto les retuvieron el equipo bajo la sospecha de que querían introducir contrabando. Tan evidente fue en este caso la absurda prepotencia de los policías, que un alto funcionario de la Secretaría de Hacienda, responsable de las aduanas, debió aclarar que los artículos que llegaban para auxiliar a los afectados por el sismo estarían exentos

## Ciudad quebrada

de impuestos, quizá porque en algún momento se pensó en gravarlos.

Pero no todas las experiencias de los grupos extranjeros fueron tan ingratas. En el trabajo conjunto con los voluntarios mexicanos, los israelíes, por ejemplo, no escatimaron elogios hacia la aptitud de los nacionales para improvisar. “El corte que nosotros hacíamos en los metales con unas tijeras de avanzadísima tecnología, los trabajadores de Pemex lo hacían en sólo tres o cuatro segundos más con sólo un soplete.” Su ingenio para resolver los problemas más intrincados, su camaradería, su cálida colaboración, digna y respetuosa, dieron a esos forasteros otra idea de los mexicanos, muy distante de la que ofrecían los oxidados engranes del aparato gubernamental.

Un botón tomado del muestrario de canalladas que conoció la brigada de Israel: hasta el edificio donde trabajaban, un grupo de voluntarios llevó alimentos para todos los que participaban en las maniobras. Los sandwiches fueron entregados a los policías que acordonaban el derruido inmueble, pues éstos se negaron a permitir que pasaran los voluntarios que llevaban la comida. Un rato después, los sandwiches eran vendidos por los mismos policías a los brigadistas nacionales y extranjeros.

La noche del miércoles, brigadistas de 13 países fueron a despedirse del regente Ramón Aguirre Velázquez. Se iban, sin más explicación que la supuesta imposibilidad de hallar más sobrevivientes, las delegaciones de 13 países (Italia, Francia, Estados

### Humberto Musacchio

Unidos, Alemania Federal, Suecia, Suiza, Canadá, Israel, Argelia, Panamá, Venezuela, España y Belice). Poco después, algunas voces se levantaron para pedir que se declarara “mexicanos honorarios” a esos hombres y mujeres que vinieron a salvar vidas.

Junto a los abusos, la prepotencia y la ineptitud gubernamentales, los números de la catástrofe seguían en aumento. El Instituto de Ingeniería de la UNAM informó (*El Universal*, 26 de septiembre) que hasta el miércoles se habían registrado más de quinientos sismos, entre ellos uno de 5.5 grados Richter en la madrugada de ese día, el tercero en intensidad de la racha iniciada con el terremoto del día 19. De acuerdo con el mismo diario, la Oficina Geológica de Estados Unidos, con sede en Golden, Colorado, reclasificó el sismo del día 19 y consideró que la intensidad fue de 7.8 a 8.1 grados Richter. En cualquier caso, de una u otra magnitud, los resultados trágicos crecían, si bien el desacuerdo en medición era cada vez más notorio.

A siete días del gran sismo, la mayoría de los medios dio por bueno lo que dijo el DDF sobre el número de muertes, tres mil 286, en tanto que *El Universal*, atendido a diversas fuentes, daba la cifra de cuatro mil seiscientas. Ese miércoles la Secretaría de Protección y Vialidad anunció que en adelante sólo el Departamento Central daría información, pero el embajador estadounidense John Gavin insistió en que el total de defunciones era de diez mil. El diario *unomásuno* calculó que los rescatados ese día eran “más

### Ciudad quebrada

de una veintena” y mil 150 en total, contados a partir del jueves trágico.

El número de llamadas a Locatel llegaba ya a 93 mil 410 y, según *Excélsior*, 35 mil inmuebles estaban sin energía eléctrica. De acuerdo con la información del Crea, había 120 mil jóvenes voluntarios trabajando en los albergues y aplicados en otras tareas, en tanto que *El Universal* daba cuenta de cincuenta mil más, dedicados a labores de rescate.

*La Jornada*, sin embargo, calculaba en trescientos mil el número de voluntarios, aunque señalaba que el trabajo de esa fuerza multitudinaria “se vio frenado desde el día 23. El Departamento del Distrito Federal —añadía la información— prohibió la intervención de los voluntarios en las labores de rescate que no se puedan realizar más que manualmente... Ayer (día 25) esa organización improvisada y espontánea de voluntarios en albergues y centros de urgencias y acopio de donaciones, empezó a ser desmantelada por orden de las autoridades del DDF, incluso utilizando a la fuerza pública”.

El número de desaparecidos era calculado por *La Jornada*, seguramente tomando como base las llamadas a Locatel, en “decenas de miles”, en tanto que *El Universal* sólo mencionaba a “más de un millar”. La cantidad de damnificados de la que informaba *unomásuno* era de 22 mil trescientos, mientras que *El Universal* precisaba 22 mil 296; *La Jornada*, sin embargo, decía que 22 mil trescientos estaban en albergues, pero que ocho mil setecientos más se

### Humberto Musacchio

hallaban a la intemperie. Joaquín López Dóriga, en un noticiero del Canal 7, habló también de 22 mil damnificados, pero en la misma emisión se dijo que sólo en Tlatelolco había 16 mil. Evidentemente, los números citados estaban lejos de corresponder a la verdad, pues únicamente en Tlatelolco eran por los menos 22 los edificios desalojados y en la colonia Morelos sumaban miles las viviendas desocupadas, de ahí que *La Jornada* estimara el número de los capitalinos sin hogar en trescientos mil y *El Universal* dijera que eran cuatrocientos mil.

Oficialmente eran mil 132 los edificios afectados, pero López Dóriga puso en mil 404 el número de inmuebles derrumbados y mil 152 las construcciones por demolerse, en tanto que 113 necesitaban reparación. Las empresas aseguradoras, por su parte, estimaban que la cifra de construcciones dañadas oscilaba entre seis mil quinientas y siete mil, según *La Jornada*, que informaba de mil 132 edificaciones con daño grave.

En el noticiero 24 Horas, Lourdes Maldonado, en un interesante reportaje sobre Tepito, afirmó que 60 por ciento de las construcciones de este barrio estaban destruidas. La reportera, en cierto momento, preguntó a las vecinas del lugar: “¿Acaso van a desocupar Tepito?” La respuesta, colectiva, fue: “Eso es lo que quieren, pero no vamos a abandonar nuestras casas, no queremos irnos de aquí”.

En torno a la situación de Tepito, *La Jornada* publicaba al día siguiente un reportaje en el cual

### **Ciudad quebrada**

“dirigentes vecinales, líderes de comerciantes y miembros de la Comisión de Asesoría Técnica de la UAM Azcapotzalco” acusaban al Departamento del Distrito Federal de “pretender desintegrar el barrio” aprovechando el deterioro que causaron los sismos a 40 por ciento de las viviendas y cuartos de vecindad que ocupaban alrededor de 120 mil personas. Los técnicos del DDF, decían los informantes, “sólo hablan de desalojar el área y demoler construcciones, más no de mantener la estructura urbana de la zona”. Un miembro del Consejo de Representantes del barrio advertía “que la población tomó la determinación colectiva de impedir la evacuación y mantener guardias permanentes... la gente nos envía ayuda”.

En una conferencia de prensa, ese miércoles, Antonio Enríquez Savignac, a su regreso de Estados Unidos, informaba que México estaría fuera del mercado turístico durante dos meses, y debía saber lo que estaba diciendo, pues además de secretario del ramo, seguramente tuvo ocasión de conocer la explicable desbandada de visitantes extranjeros y la destrucción de la infraestructura, principalmente hoteles.

Ante el desastre, la respuesta social crecía. El miércoles 25, el Presidente de la República recibió personalmente a connotados empresarios que le entregaron donativos por un total de dos mil 122 millones de pesos. De la Madrid dijo, al recibir a un grupo de estos donantes, que “una vez que cumplamos la triste tarea de enterrar a los muertos,

### Humberto Musacchio

de inmediato se iniciarán las tareas de reconstrucción. Viviremos un país con nuevas pautas que inclusive nos permitan prevenir catástrofes de esta naturaleza y dar nuevas orientaciones al desarrollo de la capital y con eficiencia y honradez se descentralizará la vida nacional” (*Excélsior*, 26 de septiembre).

Un mensaje transmitido en varios idiomas, al inicio de la madrugada de ese día por Radio Educación, dirigido a los radioaficionados de onda corta, decía que “los daños causados por los sismos de los días 19 y 20 de septiembre afectaron principalmente el centro de la ciudad y, parcialmente, las colonias Roma, Tlatelolco, Santa María la Ribera, Juárez, Narvarte y San Rafael” (no se mencionó a las colonias Tránsito, Obrera, Morelos, Hipódromo y otras). El mensaje afirmaba que “la situación está básicamente bajo control”.

En la competencia de desatinos entre los medios estatales y los privados, Televisa ganó de nuevo la partida. Un reportero de 24 Horas fue a Tlatelolco a entrevistar a Plácido Domingo y Zabludovsky ordenó que le pusieran audífonos al cantante, a fin de comunicarse directamente con él. Así se hizo y Jacobo le asestó varias preguntas que el artista, con una firmeza cortés, atajó diciendo que ya habría ocasión para una entrevista más extensa, pero que en ese momento le urgía hacer algunas peticiones al público, las que de inmediato se puso a leer ante la cámara. Zabludovsky volvió a la carga con nuevas preguntas, una de ellas sobre los riesgos

### Ciudad quebrada

que corría la voz de Plácido Domingo, lo que para el tenor ya llegó al colmo y rompió a llorar, diciendo con voz entrecortada que en ese momento, la voz era lo de menos. “Ahora lo que importa —agregó exasperado— son...” y dio los nombres de sus parientes, muertos en el derrumbe del edificio Nuevo León.

La frivolidad no provenía únicamente del imperio electrónico. Ese mismo día, la Comisión Intersecretarial para el Auxilio de la Zona Metropolitana ordenó insertar en los diarios un aviso dirigido “a todos los propietarios o encargados de establecimientos que expendan vinos, licores, cerveza, pulque y toda clase de bebidas que contengan alcohol, así como de espectáculos y centros de reunión”, para informar con toda pomposidad, que se levantaba la prohibición para vender bebidas embriagantes, y que también se autorizaba la reapertura de “salones de baile, boliche, de billar, así como todo tipo de establecimiento en donde se presenten espectáculos públicos, deportivos y cualesquiera otros para usos semejantes”, con la única condición de que contaran con el dictamen aprobatorio de un perito responsable de la Secretaría General de Obras de Departamento del Distrito Federal. Por supuesto, tales peritos estaban en todas partes y en ninguna, pues a media semana eran decenas, quizá centenares, los voluntarios que sin tener el mínimo conocimiento de ingeniería o de cálculo estructural, “ayudaban” a las autoridades en los peritajes, lo que demostraba que el número de peritos

## Humberto Musacchio

era del todo insuficiente y que la irresponsabilidad de las autoridades no reconocía linderos.

### Una semana de caos

“Al cumplirse hoy —decía una crónica colectiva aparecida en la primera plana de *Excelsior* el jueves 26— una semana de los terremotos que sacudieron al Distrito Federal... el desorden y la desorganización son patentes. Se reabren avenidas que sólo unas horas antes estaban cerradas por el peligro que representan los edificios que sobre ellas están amenazantes; órdenes y contraórdenes se dan entre la tropa, marinos, policías, voluntarios y trabajadores; las tareas de organización de las brigadas internacionales se anulan por la falta de colaboración... La escasez de agua amenaza desencadenar epidemias y la distribución del líquido es deficiente; la ayuda no se distribuye oportunamente entre los damnificados; la maquinaria pesada sobra en unas partes y falta en otras; las listas de inhumados, heridos, desaparecidos y supuestos atrapados aún con vida se duplican, triplican o cuadruplican causando confusión.”

“El panorama es lastimoso y la información oficial se niega. Las cifras ya no dicen nada. Los edificios dañados son miles; las personas sin hogar, millones, los abusos aumentan y nadie los frena. Las amenazas de las autoridades a los comerciantes no resultan y se aumentan los precios indiscriminadamente... No se pueden calcular hasta ahora los daños, es imposible”, reconocen.

## Ciudad quebrada

“La desesperación es denominador común entre miles de personas que ‘esperan’, tras los cordones de seguridad, informes sobre sus muertos... ‘Queremos silencio, que se desalojen zonas, paren máquinas y no se nos atiende. Suplicamos, señalamos la importancia de rescatar sobrevivientes y parece que a las autoridades les importa más el tránsito de vehículos y su control, que las vidas que puedan salvarse’, afirmaron los socorristas franceses...”

“Avenidas como la de Cuauhtémoc, que inicialmente fue cerrada a la circulación y donde, incluso, no se permitía el paso ni a vehículos oficiales, fue reabierta. En Morelos y Bucareli, un edificio de más de diez pisos, totalmente ladeado, amenaza caer. En la avenida hay congestionamiento de tránsito. Más adelante, en Río de la Loza, otros edificios están derruidos y muchos más resentidos y representan también una amenaza para los conductores que transitan por ahí.”

“Las brigadas internacionales de rescate advierten de esos peligros. Douglas Jewett, de la brigada estadounidense, lo indica. Sus colegas, los franceses, lo ratifican. Los alemanes sólo mueven la cabeza en forma negativa. ‘Claro que es un peligro’, aseguran. La escasez de agua en las colonias de los Doctores, Obrera, Juárez, Roma, el Primer Cuadro y el poniente de la ciudad es alarmante. Sus habitantes asaltan, de hecho, a las pipas que transportan el líquido. ‘No tenemos agua ni para lavarnos la cara. Ya no diga para limpiar los excusados o para hervir.

### Humberto Musacchio

Nos llega muy sucia' dicen los vecinos... El hedor (de los cadáveres) en amplias zonas es insoportable. Los cementerios, tanto oficiales como privados, no se dan abasto para atender tanta demanda. Los sepultureros van de una fosa a otra, sudorosos. En los cementerios oficiales se oculta el número de inhumaciones en fosas comunes...”

“Los precios en refrescos, tortillas, pan, leche y otros alimentos se incrementan arbitrariamente en las zonas consideradas de desastre... En los hospitales privados se reservan los nombres de los heridos. En los oficiales, hay confusión. En Locatel se dan cifras repetidas y nombres equivocados. La Cruz Roja tiene listas y más listas, pero ya no dan cifras de los atendidos hasta el momento. Los Ministerios Públicos (agencias del Ministerio Público) que llevan a cabo las entregas de cadáveres perdieron el control sobre las averiguaciones. El tránsito de vehículos en las dañadas avenidas es anárquico. Autos en sentido contrario, camiones de la Ruta Cien descompuestos; maquinaria pesada atrapada en embotellamientos. Se necesitan horas, sí, horas, para trasladarse de un lugar a otro.”

“Los hallazgos de cuerpos son ininterrumpidos... En otros lugares donde no había personajes, como en las vecindades derrumbadas en la colonia de los Doctores, la ayuda oficial se redujo. ‘Ya no hay víctimas’, aseguran los vecinos que les dijeron, pero estos siguen sacando a sus familiares sin vida de entre los escombros.” La crónica está firmada por R. Medi-

### Ciudad quebrada

na, V. Payán, H. Adorno, E. Velázquez, Luis Segura y José Valderrama.

En la misma edición de *Excelsior*, en la columna “Perlas japonesas”, el periodista y lexicólogo Raúl Prieto, bajo su célebre seudónimo de Nikito Nipongo, acusa a la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal de no perseguir “el tráfico criminal que algunos poderosos llevan a cabo con la ayuda a las personas afectadas por las consecuencias del sismo, proveniente del extranjero. Llegan aviones cargados de alimentos y medicina que envían diversos países, luego esos productos valuados en millones de dólares son puestos en vehículos enormes que desaparecen con rumbo desconocido: a ninguna delegación del Distrito Federal van a dar los alimentos y medicinas enviadas de allende nuestras fronteras para que se repartan entre los desvalidos por la tragedia”.

El mismo periodista se pregunta: “¿Por qué no se puso en marcha el Plan DN-III, gracias al cual podrían haberse salvado miles de vidas?” El mismo Nikito responde: “Porque al tener el Ejército y la Marina que compartir el poder en el Distrito Federal con el Departamento, don Ramoncito (Aguirre Velázquez) habría sido relegado a un segundo término y debido a ello él se opuso tercamente a dicho plan, aunque sin contar con una poderosa organización de salvaguarda mediante la cual pudieran sustituirse las impedidas labores de rescate a cargo de soldados y marinos. Tuvo que recurrirse a ciudadanos heroicos que sin estar provistos de guantes, palas y demás equipo, con las

### Humberto Musacchio

manos desnudas descombraron montañas de cascajo deseando salvar a sus semejantes atrapados. Es obvio que lo logrado por ellos fue una mínima porción de lo que podría haberse conseguido mediante la ejecución de aquel plan”.

En su habitual tono chocarrero, Raúl Prieto hace otra pregunta a la que da respuesta: “¿Quién era el jefe de Supervisores de Obra de la Comisión Constructora y de Ingeniería Sanitaria de la Secretaría de Salubridad y Asistencia... que erigió las alas del Hospital Juárez y del Hospital General derrumbadas el jueves 19? Tenía él por obligación vigilar que el trabajo se ejecutara bajo las más rígidas normas de seguridad. En tales desastres murieron de golpe o lentamente, sujetos a tormentos atroces, cientos de infelices: pasantes, médicos, enfermeras, afanadoras, mozos y como cuatrocientas parturientas con todo y sus nenes recién nacidos. ¿Quién era ese jefe? Pues nada menos que el glorioso arquitecto Guillermo Carrillo Arena. Así resulta que Memín Pinguín no es sólo un mentiroso, sino también un multihomicida... En estos momentos se afila más los largos colmillos para sacarle una tajada al succulento pastel de los peritajes de los edificios dañados. Don Ramoncito nombra a Francisco Noreña Casado responsable de dichos juicios ingenieriles y automáticamente echa a andar el correspondiente negocio: ágiles coyotes ofrecen a los dueños de tales construcciones, no importa que las mismas estén a punto de caerse, dictámenes favorables a cambio de unos dólares. Pues bien: cerca de Noreña

### Ciudad quebrada

Casado representan a Memín un par de personas recientemente echadas del DDF: los arquitectos Riva Palacio y Goselyn, para que vayan viendo la forma de sacarle algo de miel a la movida”

*El Universal*, en primera plana, publicaba el jueves 26 una nota firmada por Guillermo Valencia y Marco A. Vega bajo el encabezado “Más cuerpos torturados bajo lo que fue la PJDF”. Ahí se leía: “Las detenciones arbitrarias de extranjeros por parte de la Policía Judicial del Distrito quedaron al descubierto al fallecer seis colombianos que permanecían aprehendidos en los ‘separos especiales’ de esta corporación, en los que se torturó a dos de ellos hasta matarlos, y posteriormente fueron saqueados sus domicilios... En entrevista con el director de esa corporación, Raúl Melgoza Figueroa, éste afirmó que la ‘banda de violadores’ colombianos había sido puesta a disposición de la Procuraduría General de la República. Uno de los extranjeros apareció muerto en el Servicio Médico Forense. Se trata del estudiante colombiano Johnny Hernández Valencia, de 17 años de edad, quien presentaba muestras de tortura y una herida en el costado izquierdo, y fue entregado como ‘persona muerta’ bajo los escombros de la Procuraduría de Justicia capitalina. La madre del hoy occiso, Miriam Valencia de Moriones, también extranjera, fue detenida cuando acudió a preguntar por la aprehensión que sufriera su hijo y como respuesta también fue desaparecida y se teme que haya sido asesinada...”

### Humberto Musacchio

La Comisión Intersecretarial de Auxilio a la Zona Metropolitana dio a conocer una lista de inmuebles que serían derrumbados, y otra de edificios que necesitaban repararse para ser usados. Se trataba desde luego de una lista apenas inicial, pero elaborada con un extraño criterio, pues en varios casos los rubros eran confusos. Los inmuebles que serían derribados eran 35 edificios públicos, 137 escuelas, ocho centros de salud, 38 cines y teatros, 190 edificios particulares, tres centros deportivos y un paso de peatones.

Se incluyen en la lista cinco mercados que no se pueden usar. Los edificios que podrán ser reparados son: cinco públicos, 39 escuelas, siete centros de salud, 17 cines y teatros, 35 edificios particulares y un centro deportivo. Desde luego, el renglón edificios públicos —que sólo comprende oficinas gubernamentales—, debería incluir otras propiedades del sector estatal, como la inmensa mayoría de las escuelas y hospitales enlistados, buena parte de los cines, los tres centros deportivos, el paso de peatones, los mercados y hasta varios de los “edificios particulares”, pues ahí se anotan inmuebles de propiedad pública como los del Multifamiliar Juárez. En la lista de edificios particulares están cinco hoteles, que no son, en modo alguno, todos los que resultaron afectados. En el rubro “Mercados que no se pueden usar” se ponen por separado dos unidades del mercado de Jamaica, en tanto que se dan como una sola cuatro unidades del de Tepito. Asimismo, en cada apartado aparecen lo mismo pequeños inmuebles, como por ejemplo

### Ciudad quebrada

viviendas unifamiliares, que edificios de muchos pisos y hasta conjuntos de varios edificios. Con todo, era éste el primer inventario amplio que se daba a conocer. Sin embargo, ese mismo día un alto funcionario hizo públicas cifras que estaban lejos de empatar con las anteriores.

En una conferencia de prensa en la sede de la Asociación de Corresponsales Extranjeros en México, el subsecretario de Gobernación, Fernando Pérez Correa, declaró que los edificios afectados eran 760, de los cuales 415 ya estaban derrumbados, 115 en peligro de caer, 102 con derrumbes menores y 98 con cuarteaduras significativas. Sin embargo, contra las cifras del funcionario —que, por cierto, despertaron indignación entre los corresponsales que asistieron a su conferencia—, *unomásuno* publicó el viernes 27 otras, tomadas del mismo documento que *Excélsior* reprodujo íntegro el día anterior, si bien aparecían diferencias entre lo publicado por los dos diarios. El *unomásuno* decía: “las estadísticas oficiales sobre los efectos de los sismos en los aproximadamente un millón quinientos mil inmuebles que hay en el Distrito Federal, indican que de las mil 132 construcciones dañadas, 417 se derrumbaron o tendrán que ser demolidas: se usan aún 612 y podrían ser reparadas 103”.

Agregaba ese diario que “del total de edificaciones perjudicadas por los sismos hay 448 escuelas, 421 edificios particulares, 57 públicos, 97 cines y teatros, sesenta mercados, 39 centros de salud,

## Humberto Musacchio

nueve centros deportivos y un mobiliario urbano” (sic), “según apunta la Comisión Intersecretarial para el Auxilio de la Zona Metropolitana en su informe correspondiente al 25 de septiembre”. Para hacer más notorias las diferencias en las estimaciones, “las 44 compañías aseguradoras del país señalan que deberán erogarse más de cien mil millones de pesos para cubrir las pólizas de construcciones afectadas”.

La parte macabra de esa danza de las cifras tenía una triste expresión en las decenas de fosas que se abrían diariamente en diversos panteones capitalinos. En uno de ellos fue entrevistado por *unomásuno* un joven queretano de 17 años, empleado como cremador: “Ya llevamos casi una semana sin dormir —declaró—. Hemos incinerado entre 22 y 24 cuerpos diarios. Los dos primeros llegaron a las doce de la noche del día 19. Y de ahí en adelante fue trabajar y trabajar. Nunca habíamos cremado por la noche”. El exceso de trabajo de Moisés Narciso, nombre del cremador, era consecuencia directa de la mortandad producida por el terremoto, que según cifras de la Comisión Intersecretarial, hechas públicas la noche del día 26, era ya superior a cuatro mil personas

Aunque el subsecretario de Gobernación, Fernando Pérez Correa, insistió ante los corresponsales extranjeros en no hablar más que de mil 840 cadáveres rescatados, consideró que el cálculo de John Gavin, de diez mil víctimas fatales, estaba basado en meras “conjeturas”, dijo que era “injusto asignarle a la tragedia proporciones que no le corresponden”, y rechazó que

### Ciudad quebrada

el gobierno pretendiera minimizar las proporciones de la catástrofe. Sin embargo, un vistazo a las cifras contradice a tan alto funcionario de la dependencia encargada del orden interior del país.

Otros números dados a conocer por Ramón Aguirre, responsable de la Comisión Intersecretarial Metropolitana, mencionaban treinta mil lesionados, cuarenta mil damnificados, de los cuales sólo 50 por ciento se hallaba en albergues oficiales, y mil 267 construcciones dañadas, cifra mayor a la anunciada el día anterior como oficial, en la que se incluían 27 oficinas públicas, 39 centros de salud, 97 cines y teatros, 477 edificios particulares, nueve centros deportivos y sesenta mercados, todo esto según *La Jornada* del día 27.

Pero el peso mayúsculo de la tragedia no lograba abatir el ánimo de los rescatistas, que seguían en busca de los sobrevivientes, calculados por *El Universal* en mil quinientos, cifra semejante a la de los desaparecidos. Destacaban entre los nacionales los integrantes del grupo de “topos” llegados de las minas de Pachuca y Real del Monte, donde pocos meses antes se produjo el paro laboral de mineros desnudos. Esos hombres, acostumbrados a la tragedia de los socavones, con una larga experiencia en rescates, prestaban con su experiencia y su esfuerzo un invaluable concurso en las tareas que mantenían ocupados a 958 expertos y 95 perros venidos del extranjero y que, según *unomásuno*, habían decidido permanecer en México, pese a que desde el miércoles

### Humberto Musacchio

anterior habían sido despedidos por el regente Aguirre, mientras se insistía en que los voluntarios extranjeros y las autoridades mexicanas trabajaban coordinadamente.

La misma noche del jueves 27, el noticiero 24 Horas informaba que Caminos y Puentes Federales de Ingresos cambiaba su sede a Cuernavaca y anunciaba que los actores Armando Silvestre, Carmen Salinas y Maribel Guardia habían abierto albergues... para perros.

### ¿Nacidos para callar?

No sólo el gobierno y los representantes priístas condenaban los enfoques políticos del desastre. También de otros sectores salían voces que censuraban a quienes no podían aceptar que todo fuera culpa del destino o del salvajismo telúrico. Raúl Trejo Delabre, en un artículo publicado en *El Universal*, metía en el mismo saco a los autores de pillajes, los comerciantes encarecedores, los funcionarios que pretendían minimizar el asunto, y los que exigían aclaración y asunción de responsabilidad.

Escribió ahí Raúl: “medran con la tragedia quienes, desde posiciones políticas muy distintas, pero igual de oportunistas, aprovechan las circunstancias para llevar agua a sus partidos. Algunos, utilizan la pirotecnia discursiva que antes han usado para conmemoraciones, desfiles y fiestas cívicas, para elogiar al gobierno y a funcionarios importantes. Otros,

## Ciudad quebrada

parten de los penosos acontecimientos recientes para respaldar sus críticas al gobierno y al sistema político. Unos y otros se equivocan porque al pretender eficacia, utilizando un asunto que evidentemente interesa y conmueve a los mexicanos, en realidad ganan el rechazo, por demagogos, de la opinión pública”. Trejo Delabre también se confesaba asombrado ante la espontánea movilización masiva a causa del terremoto, pues hablaba de “la sorprendente participación ciudadana” de esos días. Un editorial del mismo diario, donde se citaba que la gente “abarrotó iglesias el fin de semana pasado”, juzgaba “cuestionable que algunas agrupaciones de tintes religiosos quisieran aprovechar el desastre para hacer proselitismo entre la población”.

Sin embargo, el hecho es que la sociedad salió a la calle a ofrecer su solidaridad, como lo hace siempre que es necesario, y ocupó su ciudad, lo que preocupó en extremo a unas autoridades “que prefieren tener a sus órdenes una población nacida para callar y obedecer”, como lo señaló Miguel Ángel Granados Chapa el mismo viernes en su columna Plaza Pública, donde planteaba que “será preciso aclarar los alcances de la notificación oficial que proscribe la participación de voluntarios en los trabajos de rescate, y que algunos hemos interpretado como una prohibición de su actividad. Si éste es su sentido correcto —agregaba el prestigiado periodista—, quiere decir que el gobierno se percató rápidamente de una de las consecuencias

### Humberto Musacchio

políticas más inmediatamente visibles del terremoto y se propuso impedir su consolidación”.

Granados Chapa apuntaba también que “es seguramente una exageración afirmar que el público raso tomó el poder en esos dos días —19 y 20 de septiembre—, pero seguramente lo es menos considerar que ciertos círculos gubernamentales, escasamente habituados a que la gente común sea protagonista de acontecimientos públicos —pues la entienden como parte de la comparsa o, mejor aun, como sombra difusa al fondo del escenario—, se estremecieron tanto por esta aparición como por el terremoto, y resolvieron salir al paso... Gente organizándose, descubriéndose, encontrando objetivos comunes, hallando capacidad para exigir, siendo protagonista de los mensajes difundidos por los medios de comunicación, no es gente grata a ciertas autoridades... Tales círculos de gobierno no comprenden aún el tamaño de las transformaciones de todo género que el terremoto provocó”, concluía Granados Chapa.

En el mismo diario, Adolfo Gilly anunciaba la reunión que habría de celebrarse esa misma tarde (viernes 27), convocada por la Coordinadora Nacional de Movimiento Urbano Popular (Conamup), el Frente Nacional contra la Represión y un conjunto de organizaciones sociales y políticas. Reuniones como ésa, apuntaba Gilly, “tienen dos características definitorias: 1. Se hacen después de una acción práctica de masas —como fue la movilización de la población en los primeros días del desastre—, y por

## Ciudad quebrada

eso se fundan en una seguridad ya adquirida de los participantes en su capacidad colectiva de actuar y decidir; y 2. Se realizan con la convicción de que el sistema institucional existente ni quiere ni puede dar un cauce útil a esas fuerzas sociales”.

Ese mismo viernes apareció en la primera plana del diario *La Jornada* la foto de un jardín levantado en menos de 24 horas, precisamente donde estuvo uno de los muchos edificios derrumbados por el sismo. El día anterior corrió por toda la ciudad el rumor de que una numerosa cuadrilla de trabajadores, equipados con maquinaria pesada —misma que hacía falta en otros puntos de la ciudad—, estaba haciendo un jardín en Tonalá y San Luis Potosí, en la castigada colonia Roma. Interrogado uno de los capataces del grupo enviado por el DDF, sobre el objeto de su labor, respondió: “Pos, pa’ que se vea bonito, ¿no?” Evidentemente, la superficie enjardinada era más grata a la vista que los cuadros de muerte y abandono que podían verse por toda la extensa zona de desastre. La construcción del nuevo parque respondía a la estéril intención de restaurar la normalidad perdida. “Si aquí hubo un derrumbe —parecían decir las autoridades—, si hubo muertos, heridos y gente que quedó sin hogar, no importa. Lo que interesa es que desaparezcan las huellas de lo que fue el sismo, de lo que fue la ciudad”. Por lo menos, el despliegue de recursos que se hizo para transformar ese baldío, lo que incluyó varias pipas que regaban ahí el agua que escaseaba por toda la ciudad, demostró el afán gubernamental por hacer

### Humberto Musacchio

del área más desgraciada una zona travesti, dándole una apariencia que no era la suya.

Pero los damnificados sí sabían cuál era la realidad. Ante ellos no valían los disfraces. Ese mismo día el Presidente realizó una más de sus giras por la zona de la tragedia con el fin de enterarse personalmente —según dijeron sus publicistas— de la situación que existía en la ciudad. Precisamente con el fin de enterarlo de manera directa de su lamentable situación, miles de damnificados de las colonias Guerrero, Morelos, Valle Gómez y Tlatelolco marcharon por el Paseo de la Reforma, rumbo a la residencia presidencial de Los Pinos, donde esperaban ser recibidos por De la Madrid. Dos kilómetros antes fueron detenidos por un fuerte cordón policiaco que sólo permitió el paso a una comisión de 22 representantes de familias sin hogar, los que entregaron un pliego petitorio, no al Presidente, que se negó a recibirlos, sino al secretario de Desarrollo Urbano y Ecología, quien propinó una regañada a los integrantes de la comisión de los damnificados y rechazó la posibilidad de que los peritajes se hicieran coordinadamente con ellos, los directamente afectados.

Sendas comisiones de vecinos de Tlatelolco y del Multifamiliar Juárez, según nota de Víctor Avilés en *La Jornada*, acudieron por separado a Los Pinos “para protestar por la falta de atención de las autoridades”, los “abusos de las dependencias encargadas

### Ciudad quebrada

de la seguridad en la zona y el contubernio entre peritos y caseros para realizar desalojos masivos”.

Mientras miles de ciudadanos se veían impedidos de llegar a la residencia presidencial, dentro de ésta se recibía a tres representaciones de grupos empresariales que entregaron, en total, donativos por novecientos millones de pesos, acto en el cual Miguel de la Madrid aseguró a los presentes que el llamado fondo de reconstrucción se manejaría con honestidad.

En otro rumbo de la capital, precisamente en la Escuela Superior de Economía del Instituto Politécnico Nacional, en el Casco de Santo Tomas, “con la asistencia de más de diez organizaciones independientes, diputados de oposición y el grupo Acción Urgencia Internacional (AUI), —de acuerdo con la nota de Enrique Garay, el 28 de septiembre en *La Jornada*—, anoche se hizo el balance no oficial de la situación prevaleciente en la ciudad de México a consecuencia del sismo. Se coincidió en que los datos de muertos y damnificados ‘son falsos’, que en muchos albergues se carece de apoyo gubernamental ‘y en cambio nos desalojan’, y se denunció también que hay cadáveres en las instalaciones del Metro”. En esa reunión, Pierre Alambout, de nacionalidad francesa y del grupo AUI, “indicó que en las labores de rescate en que han participado detectaron que la calidad del concreto de las edificaciones ‘es bastante mala’ y que las soldaduras de los pilares se encontraban mal ubicadas”.

## Humberto Musacchio

Las autoridades desplegaron ese día una gran actividad. El secretario de Salud, Guillermo Soberón Acevedo, anunció que ya se había iniciado la fumigación, aunque aclaró que solamente en construcciones donde no había señales de vida. Por su parte, Jesús Silva Herzog, secretario de Hacienda, se hallaba en Nueva York negociando con los organismos financieros internacionales, días antes inflexibles, lo necesario para hacer frente a la catástrofe, entre otras cosas la posposición de algunos pagos y la concertación de nuevos empréstitos. Entre tanta penuria, el director general del Seguro Social, Ricardo García Sainz, no tuvo empacho en anunciar un proyecto faraónico: en el mismo lugar de la tragedia se construirá un “Centro Médico Nacional del Siglo XXI”.

Con el futurismo grandilocuente del Seguro Social contrastó la modestia inmediateista de la procuradora de Justicia del Distrito Federal, doña Victoria Adato, quien concedió una entrevista exclusiva al reportero Agustín Granados, del noticiero 24 Horas. La funcionaria dijo ahí que era “totalmente falso ‘que en el edificio de la dependencia a su cargo se hubieran encontrado cadáveres con huellas de tortura y que, en el caso de un grupo de colombianos que se hallaban detenidos en ese lugar, era ‘absurdo’ pensar que se les hubiera aplicado tormento puesto que ‘ya habían confesado’,” quizá dando a entender de esta manera que la tortura se aplica para obtener confesiones. Pero la señora

### Ciudad quebrada

Adato, quien tiene pendiente el esclarecimiento del homicidio de Manuel Buendía, quiso insistir en el caso de los colombianos y dijo que las versiones corridas en esos días, recogidas y corroboradas por la prensa escrita, no eran dignas de crédito, pues las había hecho circular “la hermana de un cabecilla de la banda” (de colombianos).

Al igual que su superiora, el subprocurador René Paz Horta, éste ante representantes de varios medios de comunicación, dio su versión de la muerte de “cuatro colombianos y dos mexicanos detenidos en los separos de la Policía Judicial” y negó que “los cadáveres presentaran huellas de tortura”, si bien el Servicio Médico Forense, de acuerdo con la versión de *unomásuno*, reiteró que dos de los detenidos que resultaron muertos “sí fueron torturados”. Según la versión del reportero Marco Antonio Vega, de *El Universal*, Paz Horta declaró que “muchos de los extranjeros (detenidos) se murieron en los derrumbes”. Asimismo, agrega la nota, el funcionario dijo que, “quizá por la psicosis que se vivió por lo que todos sabemos —el terremoto—, muchos funcionarios e incluso la procuradora Victoria Adato de Ibarra ignoraban sobre (sic) la detención de la banda de delincuentes, y por ello negaron su detención”. Después, continúa Paz Horta, “salió a relucir que los colombianos Johnny Hernández Valencia, Héctor José Montoya Gómez, Julián Ruiz Quintero, Antonio Hernández Valencia y los mexicanos Manuel Ramos Gutiérrez y José Menchaca Sánchez, murieron al

### Humberto Musacchio

derrumbarse el edificio de la Procuraduría”.

Desde luego, el subprocurador negó que hubieran sido torturados: “los sometimos a interrogatorios científicos —dijo— y confesaron sus fechorías, y para ello posteriormente les mostraremos las autopsias que se practicaron, para que vean qué tipo de lesiones” (sic).

Los reporteros le recordaron al funcionario que a los cadáveres de los detenidos, por proceder de las zonas derrumbadas, no se les había practicado la autopsia, pues las autoridades habían dictado esa medida. El subprocurador cambió de tema, y pasó a dar los nombres de los detenidos que lograron salvarse, entre los cuales mencionó a Miriam Valencia Hidalgo, presuntamente “la hermana de un cabecilla de la banda”, a quien se refirió la procuradora Adato como autora de la versión que se publicó, y consignada al juzgado 31 de lo penal en el Reclusorio Oriente, desde donde —si ha de darse crédito a la procuradora— hizo correr la versión de las torturas, lo que era difícil, pues hubo un reportero que denunció que había sido secuestrada por la Policía Judicial cuando fue a pedir informes sobre sus parientes detenidos. En la lista que leyó Paz Horta figuraba Manuel Jiménez Uribe, quien “físicamente se encuentra en el hospital Rubén Leñero” pero no reponiéndose de torturas infligidas por los agentes judiciales sino porque, de acuerdo con la versión del procurador, “cuando iba a ser capturado, se arrojó del tercer piso del domicilio que habitaba”.

### Ciudad quebrada

El reportero Marco Antonio Vega dio otros datos a los lectores y dijo que “en la visita que realizó *El Universal* al Servicio Médico Forense”, se informó que Johnny Hernández Valencia “presentaba una herida penetrante de tórax causada por un objeto punzocortante”. También se conoció en el Forense que el mismo detenido por la Judicial sufrió “maniobras de estrangulación” y su cadáver presentaba “surcos” tanto en las muñecas como en los tobillos, así como golpes en todo el cuerpo. Marlene Valencia Hidalgo, tía de Johnny y hermana de Miriam, declaró que le parecía “infantil” que la Procuraduría primero negara que tenía a los detenidos ahora muertos y que, una semana después, “una vez que presionó la embajada” de Colombia, y se difundió el hecho, se hubiera llegado al extremo de ofrecer una conferencia de prensa.

De acuerdo con el diario *unomásuno* del 28 de septiembre, el asunto motivó, en efecto, que la embajada de Colombia en México emitiera un comunicado informando que demandaba “la certificación, por medio de un médico legista, si existieron huellas de tortura en los cadáveres”. Por su parte, la diputada Rosario Ibarra de Piedra, dirigente del Frente Nacional contra la Represión, manifestó que los “hechos son más que suficientes para exigir la renuncia de la procuradora Victoria Adato de Ibarra, o por lo menos su enjuiciamiento como responsable de esos hechos... La funcionaria —agregó doña Rosario— puede alegar desconocimiento de los actos de sus subordinados, los cuales en principio hacen nugatorias

### Humberto Musacchio

las garantías individuales, demuestran la ilegalidad del aparato judicial y de los cuerpos policiacos y ponen de manifiesto que la pretendida renovación moral no ha servido para nada”.

La lideresa agregó que el Frente que encabeza enviaría un expediente de estos hechos a la ONU y a Amnistía Internacional, porque “está comprobado que aquí no podemos lograr el esclarecimiento de estos crímenes si no va de por medio la presión de organismos internacionales. Esto que ocurrió, y que sólo por el terremoto pudimos conocer, no puede permitirse en un país que demagógicamente habla en favor de los derechos humanos, suscribe tratados condenando torturas y pisotea las garantías individuales que se convierten prácticamente en basura”, finalizó la señora Ibarra de Piedra.

El mismo diario publicó algunas reacciones que los hechos produjeron en el extranjero: “en París, el abogado Daniel Jacobi, responsable de la Federación Internacional de los Derechos Humanos (FIDH), indicó —durante la celebración de un mitin de solidaridad con México— que ‘la terrible violencia de la naturaleza no es la única que deben soportar los mexicanos’. A la secuela del terremoto, dijo, hay que aunarle la violencia del Estado, pues desde hace varias décadas, campesinos, trabajadores, estudiantes que luchan por el derecho al trabajo y a la tierra o por tener qué comer, son víctimas de una represión muy dura”. Jacobi agregó: “ojalá esta catástrofe sirva para tomar conciencia de las prácticas del gobierno”.

### **Ciudad quebrada**

Por su parte, también en París, Martine Dossier, del Comité Francés de los Derechos Humanos, recordó que actualmente hay en México 510 desaparecidos por motivos políticos y pidió a los países y organizaciones que por estos días hicieran aportaciones a México, que “permanezcan vigilantes sobre el uso que el gobierno hará de ese dinero”. Porque hay que recordar, dijo, “el intento de malversación con los fondos de ayuda que recibió México tras la erupción de un volcán en Chiapas (el Chichonal), en 1982”.

Y mientras en el extranjero crecía el escándalo en torno a los métodos de la policía y la justicia de México, aquí, desde los puntos donde había atrapados por los derrumbes, seguían pidiéndose con desesperación herramientas, lámparas, maquinaria y toda clase de auxilio, especialmente de los lugares menos socorridos por la publicidad, como el edificio donde se hallaba la fábrica de ropa Topeka en que resultaron atrapados decenas de trabajadores, especialmente las costureras que ahí se ganaban la vida. El rescate de personas vivas se convertía en estímulo para los fatigados brigadistas que no se daban tregua. Incluso, esa noche del viernes, en Última Edición, noticiero del Canal 13, se decía que “el ejército mexicano ha tomado el pico y la pala para remover escombros” en el edificio Nuevo León, donde Plácido Domingo encontró a dos de sus familiares sepultados por las ruinas del inmenso inmueble.

### **Humberto Musacchio**

En el noticiero 24 Horas, en cambio, ocupaba gran parte de la emisión todo lo relacionado con el Campeonato Mundial de Fútbol. Antonio Enríquez Savignac, secretario de Turismo, anunciaba que se proporcionarían 15 mil millones de pesos para la reconstrucción de hoteles, a una tasa de interés 50 por ciento menor que la usual, pues de acuerdo con el secretario, el país “está en capacidad” de realizar la Copa del Mundo y no sólo puede, sino que “debe llevarse a cabo este evento”. Con él coincidió Roberto Zapata, presidente de la Asociación de Hoteles y Moteles de la Ciudad de México, quien aseguró que se cuenta con infraestructura hotelera para el torneo y “por ningún concepto se puede poner en entredicho la celebración del Mundial”, aunque se requiera canalizar 15 mil millones de pesos en créditos baratos para los dueños de hospederías, precisamente cuando cientos de miles de mexicanos se hallan sin hogar. Pero en el cálculo mercantil del señor Zapata, del secretario de Turismo y de Televisa pesaba el argumento del presidente de la FIFA, Joao Havelange, quien declaró que la rentabilidad del campeonato “se encuentra asegurada”.

Conmovida quizá por tanto afán pedestre, la tierra obsequió a los capitalinos otro meneo, alrededor de las 22:00 horas, con una intensidad de 5.5 grados Richter.

## Ciudad quebrada

### Todo se ha perdido, menos el futbol

El sábado 28 de septiembre, los lectores de *Excelsior* pudieron conocer algunas reflexiones del articulista Javier Romero, quien, después de hacer un recuento de la amplísima y ejemplar movilización ciudadana con motivo del desastre, pedía mesura: “Librenos la sensatez de las funestas recaídas en la vanagloria o las autocomplacencias del pueblo único, pasto de la demagogia. Ningún derecho tenemos de negar a otros pueblos que en circunstancias similares reaccionan con la misma pasta humana”.

Más adelante decía: “Quisiera, por mi parte, creer que ha sido cosa de vanidad técnica lo que ha movido al retiro precipitado, con setenta y dos horas de anticipación, de algunos equipos extranjeros auxiliares; preferiría admitir, según oyó Heberto Castillo y nos trasmitió en su artículo de *El Universal*, ayer, la queja de ingenieros sobre ‘turistas del rescate’, más preocupados por las entrevistas televisuales; o atribuirlo a celos técnicos; sin embargo, nos golpea el dicho de los alemanes, la denuncia de la falta de coordinación entre elementos de la policía y del ejército que ha impedido salvar más vidas...”

“¿Y no nos enteramos, con vergüenza comunitaria, del afán publicitario, insistentemente televisado, en asegurar que todo puede estar perdido menos el mundial de futbol, con sus estadios intactos? El negocio es el negocio, lo cual no es óbice para el aplauso al papel informativo, bienhechor en muchos casos, que

### Humberto Musacchio

le ha correspondido a la televisión y al radio, estatal y comercial, junto a las formas tradicionales de la prensa escrita”, reconocía Romero antes de puntualizar sobre los excesos de los locutores:

“Nos obliga el reconocimiento, el agradecimiento a la solidaridad internacional; pero huyamos de la jactancia de lo singular que también le escuchamos a los falsos aduladores del sentir popular. Tampoco somos el pueblo elegido de la hermandad mundial. El auxilio es, y debe ser, semejante en todas las desgracias semejantes, México mismo ha dado buen ejemplo hacia otros pueblos. Ni puede haber distinciones en el reconocer, ni en el agradecer que nace de las extrañas dolidas. Y sin embargo, se ven mechones de pelos ofrendados en el altar de la tendencia ideológica, del interés político. Oímos, vimos a la lectora de noticias (ella misma conteniendo acaso un movimiento de repugnancia) exaltar el viaje de la esposa del Presidente de los Estados Unidos como el non plus ultra de la lealtad amistosa (‘Así se prueban los amigos’, leyó). Bienvenida, por supuesto, la visita; pero a continuación, como de pasada, se hablaba de la presencia personal de dos mandatarios latinoamericanos y se anunciaba la del Presidente del gobierno español, amistades que al parecer juzgaban secundarias los dictadores de la noticia”.

En la misma edición de *Excelsior*, el señor José Carral, vicepresidente del Bank of America, declaraba: “Si México requiere posponer el pago de intereses o reestructurar nuevamente su deuda externa, tiene que

### Ciudad quebrada

hacerlo en forma ortodoxa y justificada, y no utilizar la tragedia para alcanzar estos objetivos. Eso no está bien, porque son falsos y artificiales los argumentos que se utilizan con este propósito”. Condenó que, “como trata algún grupo”, se mezclara “la situación económica del país y el problema de la deuda externa con el impacto económico del sismo, en particular dentro del Distrito Federal”. Luego restó importancia a la tragedia: “El drama es grave sobre todo por la pérdida de vidas humanas, pero el impacto económico no tiene la dimensión que se le quiere dar”; por si hubiera dudas de su espíritu humanitario, el representante del poderoso banco norteamericano sentenció: “Si es necesario sacrificar prioridades del gasto público, se tendrá que hacer”.

Paradójicamente, la posición mantenida por el personero en México del Bank of America, ha tenido a sus principales defensores dentro del gobierno, que es el espacio donde están los hombres con mayor responsabilidad para hacer frente a la catástrofe.

Sin embargo, fuera del Poder Ejecutivo, los que coinciden con la política propuesta por José Carral son cada vez menos. A partir del 19 de septiembre se han escuchado voces que reclaman suspender el pago de la deuda. A los partidos de la izquierda independiente —PSUM, PMT y PRT— se han sumado otros sectores que, si en un momento apoyaban la política gubernamental de pagar a cualquier costo, ahora dudan de que sea la mejor salida para el país, en un momento en que cientos de miles de damni-

### **Humberto Musacchio**

ficados reclaman vivienda, por lo menos un millón de personas necesita empleo y el gobierno mismo requiere destinar cuantiosos recursos a la reconstrucción física del aparato estatal, pues la administración pública se quedó en alta proporción sin oficinas, vehículos, muebles ni archivos. A todo eso hay que agregar las necesidades de crédito de miles de pequeños y medianos empresarios afectados de manera directa por el temblor y, sobre todo, las indispensables reparaciones que han de hacerse a la deteriorada infraestructura urbana; no sólo la reconstitución de la red telefónica nacional absorberá cientos de miles de millones de pesos.

El sábado 28, el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE) dio a conocer que había perdido 28 por ciento de su capacidad en hospitales y 17 por ciento en clínicas. De acuerdo con las cifras anunciadas, se quedó sin una de cada cuatro camas y sin uno de cada cinco consultorios, por lo cual, según anunció la institución, se requerirán por lo menos tres meses para compensar tales deficiencias. Lo anterior no incluye la pérdida de sus tres principales edificios administrativos ubicados en la avenida Juárez.

También en el sector salud, otras informaciones publicadas en los diarios dan ejemplos localizados pero significativos de la situación, como la declaración de unos médicos del Hospital Juárez, de la Secretaría de Salud, quienes consideraron que las pérdidas de bienes inmuebles y muebles, lo que incluye material

### Ciudad quebrada

y equipo clínico, sobrepasan los treinta mil millones de pesos. Por su parte, según publicó *La Jornada* el 20 de septiembre, “funcionarios del Centro Médico Nacional anticiparon que la reconstrucción del mismo requerirá de la demolición de setenta por ciento de las obras y estimaron que la reparación podría requerir una inversión de hasta 35 mil millones de pesos”. A lo anterior se agregan las pérdidas calculadas por la Asociación Mexicana de Bancos en veinte mil viviendas unifamiliares y vecindades (se excluye a edificios y multifamiliares), de alrededor de 75 mil millones de pesos.

Pero otras pérdidas ocupaban la atención de los capitalinos. Según el programa Reportaje, dirigido por Ricardo Rocha en un canal de Televisa, hasta el sábado eran cinco mil trescientos los muertos; mil quinientos los desaparecidos; cuarenta mil los heridos y treinta mil los damnificados, de los cuales 17 mil se hallaban en albergues. El número de los rescatados con vida desde el día 19 era de unos dos mil. Las pérdidas totales fueron cuantificadas por el especialista Luis Esteva Maraboto en aproximadamente cinco mil millones de dólares. En el mismo programa se anunció que un millón de empleados públicos saldrían del Distrito Federal con todo y sus familias.

Ese mismo día, el sábado 28, partieron de México rescatistas de varias nacionalidades, sobre todo los franceses. Según lo publicó *Excélsior*, Henry Smith, de Canadá, y Linda Wallace, de Estados Unidos, declararon: “es inexplicable que se nos haya

### Humberto Musacchio

dicho que nuestra labor de rescate en la ciudad de México ya no era necesaria, cuando hay muchas vidas por salvar”. Maurice Gerard, de Francia, también habló para los periodistas: “No puedo creer que se haya terminado con nuestra tarea”. Otros miembros de la brigada francesa afirmaron que aún quedaban personas con vida entre los escombros y opinaron que no se debía demoler y mucho menos con explosivos para no causar más daños. El también gallo Bernard Aujoulet confirmó que “hubo algunos puntos de vista y opiniones contrarios en el rescate, atribuidos más bien al cansancio, hambre y tensión de la tropa y de la policía”. En coincidencia con otros brigadistas, señalaron que “al principio hubo falta de coordinación; no había transportes adecuados” y sí, en cambio, “encontradas opiniones y diferencias en cuanto a lo que había que hacer y cómo”. El coronel Aujoulet dijo que “el pueblo mexicano dio una lección de espíritu y vocación voluntaria y siempre nos apoyó, con agua, comida, herramientas y todo lo que les pedíamos”. Los médicos de la delegación francesa declararon: “hay que insistir en que deben desalojarse totalmente los edificios antes de colapsarlos”. Bernard Bouchet, embajador en México del gobierno de Francois Mitterrand, dio a entender en forma elegante que algún funcionario mexicano presionó para que se fueran los rescatistas: “Francia —dijo— mantendrá una ayuda constante a México en lo que nos soliciten, y si quieren que vuelvan los miembros de (la brigada de) rescate, lo harán”.

## Ciudad quebrada

Un canadiense señaló: “hay mucho trabajo por hacer y seguramente lo harán los mexicanos, que han sido nuestros mejores aliados en esta tarea de la que nos sentimos muy orgullosos y estaremos siempre dispuestos a colaborar”. Era otra forma de decir que se iban a su pesar.

Al irse los extranjeros, despedidos con flores y vivas en el aeropuerto, aquí, un vocero de la Secretaría de la Defensa Nacional anunció que, “para poner a salvo ‘la imagen’ del ejército mexicano en las labores de rescate, se ordenó a los diez mil efectivos que participan en el Plan DN-III una mayor participación y entrega en las acciones de rescate, auxilio y vigilancia de la población”. La nota de Juan Balboa sobre el asunto, publicada en *La Jornada* (29 de septiembre), agregaba: “Refiriéndose a las críticas que diversos sectores de la población y algunos medios de comunicación han hecho a lo realizado por los elementos del Ejército Mexicano, el vocero dijo, en una plática, que el trabajo del Ejército ‘no ha dado una buena imagen’ al pueblo...”

El problema de la “mala imagen” de la fuerza pública queda ilustrado por lo que narra un miembro del Rescate Alpino de la Cruz Roja, José Flores, quien fue entrevistado por Rafael Luviano Delgado en *Excelsior* (29 de septiembre). El alpinista, que se incorporó a los trabajos de auxilio desde la misma mañana del 19 de septiembre, declaró que “los elementos del ejército y de Protección y Vialidad... obstaculizaron permanentemente la labor”.

### Humberto Musacchio

“Igual les sucedió a los expertos en localización de personas provenientes de Suiza y de la República Federal de Alemania, quienes prefirieron regresar a su país ante la imposibilidad de realizar eficientemente su trabajo: ‘al vernos impregnados de polvo, con lámparas, sudorosos y con casco de protección, los policías nos agredían, (decían) que dejáramos de hacerle al payaso, que parecíamos mineros, e inmediatamente nos cerraban el paso’, y explica que muchos grupos de rescatistas mexicanos se retiraron ante la falta de coordinación con la tropa y la policía, que ‘no se manchaban las manos, cargando cadáveres y heridos’...”

“En la memoria de José Flores está impreso el caso del Hospital Juárez, en donde los grupos de rescate sacaron mucha gente con vida. ‘Ese día habíamos trabajado más de 12 horas, y fuimos a descansar y a comer algo. Cuando regresamos, a pesar de que entre las ruinas se escuchaban ruidos, voces y lamentos, los soldados no nos permitían el paso. Fue necesaria la intervención de la multitud que se encontraba ahí reunida para que continuáramos nuestra labor: palpataba todavía la vida entre los restos... En otra ocasión nos reunimos todos los grupos de rescate para evitar que entrara la maquinaria pesada, porque al hacerlo hubiera matado toda esperanza de sacar sobrevivientes’.”

## Ciudad quebrada

### Un científico rescatista

De las experiencias que vivieron los rescatistas, hay una que ilustra su profunda desconfianza hacia la fuerza pública. Se supo de un grupo de empleados de Pemex que trabajaban en unas oficinas bancarias derrumbadas. Ante el pillaje de los representantes de la ley, tomaron el acuerdo de romper todo billete que se encontraban. Y así lo hicieron. Igual sucedió con el grupo de los “topos”, los mineros de Pachuca y Real del Monte que trabajaron en las ruinas de varias construcciones. Como se publicó en *El Universal*, decidieron que dinero, joyas y relojes que encontraran los echarían a los escombros para que los levantara la maquinaria pesada y beneficiaran a los pepenadores.

Una historia semejante contó a *La Jornada* el científico Antonio Lazcano Araujo, quien se integró a una de las brigadas de la Facultad de Ciencias de la UNAM. Cuenta el también divulgador científico que “en los edificios que estaban en Tehuantepec 12, que se derrumbaron casi por completo, aparentemente vivían familiares de algún funcionario de la Procuraduría. Mientras que no se llegó a los niveles donde se creía que estaban los cuerpos de estas gentes, estuvo una pluma ayudando a las labores de rescate. En cuanto aparecieron estos cuerpos, se llevaron la grúa”.

Agrega Lazcano Araujo: “Había agentes judiciales que nos esculcaban, lo cual además de humillante es grotesco, y muchos fuimos testigos de cuando los judiciales se robaron los objetos de valor

### Humberto Musacchio

que encontraban. Esto llegó a tal grado que preferimos tirar a la basura joyas, dinero, dólares, con la esperanza de que los encontrara un pepenador y para no tener que tolerar el robo por parte de los judiciales o los policías” (uniformados), aunque aclara que, “cuando estaban (presentes) los familiares de los habitantes, se les entregaban las joyas, los bienes. Entre las ruinas se encontró un grabado medio roto de Toledo... El cuadro se le haría llegar directamente al pintor; lo mismo sucederá con un dibujo de Elvira Gascón, que se le entregará a ella, y que lo rescatamos porque los judiciales no sabían de qué se trataba. Sin embargo, un Tamayo que encontramos y que se pensaba traer a *La Jornada* para que se hiciera público su hallazgo y fuera reclamado, no corrió la misma suerte. Cometimos el error de advertir que lo trataran con cuidado porque era un cuadro muy valioso. Sólo vimos cómo se lo llevaron los judiciales...”

“Hoy (28 de septiembre) nos dijeron que en un edificio de San Antonio Abad había personas vivas que podían ser rescatadas. Sin embargo, sólo eran falsas alarmas. Algunos compañeros del Politécnico que saben alpinismo y espeleología, ya habían detectado que el edificio estaba vacío, que era peligrosísimo trabajar en el lugar, pues hay derrumbes continuos. En realidad se nos había engañado para que les echáramos una mano a los dueños de una fábrica de joyería para rescatar sus bienes. Nos marchamos muy indignados, pero no por ello dejamos de trabajar. Quien nos llevó a ese lugar es, al parecer, un contratista. Le decían

### Ciudad quebrada

El Apache, y fue el más interesado en eso porque le habían dado dinero para rescatar las joyas. En la medida en que el público sepa esto, se dará cuenta de lo necesario que es concentrarse con la gente más fregada, de menores recursos, porque no se dará en esos lugares el fenómeno de la compra y abuso de la solidaridad.”

La conclusión de Antonio Lazcano Araujo como brigadista es que en medio de la tragedia subsisten “las mismas relaciones de poder que se pueden ver en la vida cotidiana”.

El número 1214 de *El Gallo Ilustrado*, suplemento cultural de *El Día*, dedicó toda su portada a sólo seis palabras: “No queremos regresar a la normalidad”. Ante la machacona campaña gubernamental para que todo fuera lo que antes fue, el editorial de esa publicación se pregunta: “¿Cómo era la normalidad en la ciudad de México? Era normal —se responde— que la mitad del agua más cara del mundo se entregara a sólo 5 por ciento de los habitantes. Que el aire fuera irrespirable. Que la ciudad estuviera entregada a los automóviles, las administraciones y los negocios, y se hiciera cada vez más ajena a los ciudadanos.”

“Era ‘normal’ que éstos fueran constantemente zarandeados por todas las turbulencias económicas y políticas. Que en lugar de casas tuvieran dormitorios inhabitables. Que se les transportara interminablemente, de un lado para otro, presos de un tráfico insensato. Que sufrieran todos los

### Humberto Musacchio

daños imaginables a su salud. Que se violara su capacidad vital y se les expusiera continuamente a la arbitrariedad, la violencia y la presión. No. La ciudad no quiere regresar a esa ‘normalidad’. Y no puede hacerlo, porque los ciudadanos se han redescubierto a sí mismos, han visto de lo que son capaces, se han reconocido unos a otros. Y ya no pueden ni quieren dar marcha atrás. Los ciudadanos se preocupan por la prisa que perciben sobre la reconstrucción. No la aceptan. No quieren que se vuelva a construir lo que ha sido producto de la irracionalidad y la inercia...”

En el mismo número de *El Gallo Ilustrado*, el urbanista Jean Robert se declara en contra de algunos lugares comunes del urbanismo y la arquitectura. Dice Robert: “Se sabe muy bien que los edificios altos nunca sirven para alojar a mucha gente. Los edificios altos tampoco sirven para intensificar el uso del suelo. Sólo sirven para realizar operaciones financieras y de especulación... No se puede poner edificios altos uno al lado del otro porque entonces ya nadie respira, ya nadie ve nada. Hay leyes que garantizan mínimos de espacio y mínimos de luz en los departamentos que se encuentran en los edificios altos... Si se respetan los reglamentos de construcción (no siempre se respetan) debe haber distancias entre los edificios, equivalentes, por lo menos, a tres cuartos de su altura... ¿Cuál es la altura de los edificios que permite la mayor densidad de construcción? No es un problema de máximo sino un problema de óptimo; calculé una vez que esta altura se encontraba entre tres y cinco pisos”.

### Ciudad quebrada

“Lo que puedes construir —agrega el especialista— respetando las reglas, son edificios de tres a cinco pisos. Si construyes más alto, o dejas más espacios libres alrededor o te aprovechas de los edificios bajos colindantes para echarles tu sombra. Cada edificio alto necesita espacios libres para proyectar su sombra.”

Sobre otro problema urbano dice Robert: “Propongo analizar el transporte como una institución. Quisiera ponerlo en el mismo lugar que otras instituciones, como las de salud, enseñanza, etcétera. El transporte produce un sustituto de algo que la gente puede hacer por sí misma. La gente puede caminar”. El resultado, sin embargo, apunta el estudioso, es que “la gente no pasa menos tiempo desplazándose”, sino al contrario.

“El hecho de que ahora existan sistemas de transporte llamados falsamente rápidos, crea una nueva situación para los especuladores. Alguien que tiene un terreno fuera de la ciudad, donde no podía construir la fábrica que soñaba porque ningún obrero hubiera llegado, ahora, gracias a la nueva carretera, o al nuevo metro, o a las líneas de autobuses, puede decidir crear una gran planta, una gran fábrica fuera de la ciudad de México. Y los obreros van a llegar. Y el mismo dueño va a clausurar las fábricas que tenía diseminadas en el centro de la ciudad, cerca de los lugares donde reside la gente. Y lo que va a ocurrir es una situación donde todo el mundo tiene que desplazarse mucho más para sus actividades

## Humberto Musacchio

diarias... Lo que llamamos los transportes rápidos son horas programadas de estancamientos con vehículos supuestamente rápidos... Un coche puede correr a la velocidad de 150 kilómetros por hora, en carretera libre. En las grandes ciudades, los coches caminan a un promedio de 15 kilómetros por hora.”

Refiriéndose a la velocidad de desplazamiento en las grandes ciudades, Robert agrega que “en el centro de esas ciudades, en 1900 se circulaba más rápidamente con calesas que hoy en día con vehículos de motor...” Pero el problema se agudiza si se atiende a otros factores. Por ejemplo, para el automovilista, el tiempo que le ocupa desplazarse hasta el estacionamiento de su coche, o bien dejar su coche en un estacionamiento, muy lejos del lugar donde trabaja, “significa horas de caminata que se añaden a las horas de transporte”. Por su parte, “los usuarios de transportes públicos tienen que añadir horas de espera” y de caminata: “paso casi tanto tiempo esperando camiones como dentro de ellos”, añade Jean Robert. “El trato que la institución hace con la gente es, ya no caminen, porque yo los llevo a donde quieran. Pero en realidad los transportes inducen caminata obligatoria.”

El urbanista, que fue entrevistado por Gustavo Esteva, apuntaba hacia las causas de algunos problemas urbanos que se viven “normalmente” en la ciudad de México. Pero la insistencia de las autoridades en que todos debíamos regresar a la normalidad, evidenciaba que la situación creada por

### Ciudad quebrada

el terremoto puso al descubierto que esa normalidad era odiosa, y que con toda su carga antipopular se proyectaba sobre esos días de “anormalidad”.

Los periódicos hacían público, el domingo 29, el temor de los comerciantes de Jamaica a verse orillados a la violencia, pues un fuerte cordón policiaco les impedía ganarse la vida en el lugar donde lo hacían, debido a que el mercado se derrumbó y el delegado del DDF en Venustiano Carranza, Jesús Chichino Lima, les anunciaba que su centro de actividad iba a desaparecer y en ese lugar se crearía un “bonito jardín”, según la nota de Luzmaría Mejía y Matilde Pérez en *El Día*. El temor también estaba presente entre los vecinos de Tepito, Tlatelolco, el Multifamiliar Juárez y otras zonas afectadas, donde los habitantes rechazaban los desalojos —en muchos casos para favorecer a caseros inescrupulosos— y veían la reubicación como una fórmula indeseable que los alejaría aún más de sus centros de trabajo y de estudio. La falta de agua en extensas áreas —se reportaron el día anterior más de ochocientas fugas— despertaba el miedo a las epidemias. La situación, en general, exacerbaba la inseguridad física, familiar, social, laboral...

Hasta las cifras de muertos, heridos, desaparecidos y damnificados se empezaron a escamotear a los capitalinos. Todo quería ser tan normal que no se quería hablar de las pérdidas. Sin embargo, los datos que lograba recabar la prensa mostraban que el desastre no era un episodio concluido. El director de Locatel informó, posiblemente desatendiendo las

### Humberto Musacchio

instrucciones de sus superiores, que el viernes 27 esa institución recibió 125 mil 157 llamadas, de las que 16 mil 370 correspondieron a localización de personas.

En *El Día*, la Conamup denunciaba que el subdelegado en Iztapalapa, Lenin González, “especula con el reparto gratuito de agua en pipas”, dando preferencia a los vecinos organizados en agrupaciones gratas a las autoridades. En el mismo diario, representantes de las 110 costureras de la fábrica Piamonte denuncian que el patrón las quiere despedir, aprovechando el derrumbe parcial del edificio donde trabajaban, pese a que tiene otras fábricas en puntos de la ciudad donde no hubo daños.

La noticia que podía ser buena, fue que la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología anunciaba un programa de vivienda para los damnificados, a quienes se les dotaría de habitación mediante créditos “blandos”. Lo que no se dijo es cómo y en qué plazo se daría habitación a los capitalinos que por cientos de miles se hallaban sin hogar. Otra noticia oficial: el gobierno federal —informó *El Día*— ordenó realizar de inmediato dictámenes que permitan “deslindar responsabilidades” contra constructores, tal y como lo demandaban agrupaciones de vecinos, sociedades profesionales de sociólogos y de abogados, parlamentarios de varios partidos y los medios de opinión pública.

Dos planteamientos se iban haciendo clamor: la descentralización de la administración pública y las empresas privadas, y la suspensión de pagos. Lo

### Ciudad quebrada

primero era una exigencia que surgía de las propias ruinas de la ciudad; lo segundo, el producto de una ojeada a la magnitud de la destrucción. Julio A. Millán, reputado analista que funge como presidente de la firma Consultores Internacionales y de la Comisión de Productividad de la Confederación de Cámaras Industriales (Concamin), declaró a *Excélsior* (29 de septiembre) que “los daños económicos causados por los dos sismos” en el Distrito Federal y otras entidades, “ascienden en cálculos preliminares a dos billones de pesos (cinco mil millones de dólares)”, recursos que representan la tercera parte del total de los ingresos que recibe el país por las exportaciones de petróleo.

“El economista informó que de acuerdo con cálculos del Infonavit, se tardará diez meses en la reconstrucción de la vivienda; que en los próximos cuatro meses las industrias de la construcción, del vidrio, del acero y demás relacionadas con la actividad, darán empleo por lo menos a 350 mil personas, y que a consecuencia de los sismos y daños en la infraestructura hotelera se dejarán de percibir cerca de diez mil millones de dólares en ingreso turístico”, aunque no precisó en qué plazo dejaba de recibirse tal cantidad.

Ese domingo, *El Universal* informó que el número de muertos había llegado ya a seis mil y que continuaba el rescate de personas vivas. También señalaba que, “a diez días del terremoto, sigue fluyendo ayuda de la población y empresas, así como de gobiernos extranjeros, pero cunde el desorden

### Humberto Musacchio

en la distribución de alimentos, medicinas y ropa, y grupos de damnificados intensificaron sus quejas”. Al día siguiente, en medio de una notoria parquedad gubernamental, *La Jornada* ponía en más de cinco mil el número de muertos, en tanto que *El Universal* calculaba más de seis mil quinientos. Según *La Jornada*, los desaparecidos eran alrededor de mil quinientos y los damnificados más de cuarenta mil, estimación que en días anteriores llegó hasta los trescientos mil.

Pese a que se había prometido informar sobre los organismos paraestatales cuya sede se trasladaría a provincia, los reporteros tuvieron que basarse en datos aislados, frases arrancadas al paso a algunos funcionarios y, sobre todo, conjeturas. El reportero Víctor Manuel Juárez, en *unomásuno*, escribió que “alrededor de un millón de burócratas jefes de familia serán trasladados” a otros lugares del país. Junto con sus familias harían un total cercano a los cinco millones de personas, según “un estudio presentado a la Presidencia de la República por oficiales mayores de diversas secretarías de Estado”.

Sin embargo, Francisco Labastida Ochoa, secretario de Energía, Minas e Industria Paraestatal, dijo en Morelia: “Yo pensaba que hoy podríamos dar los nombres de las empresas que saldrán de la ciudad de México”, pero antes de hacer el anuncio, dijo el funcionario, se acordó pedir opinión a los gobiernos estatales y municipales que estarían involucrados. Adelantó que cuatro organismos serán trasladados a

### Ciudad quebrada

Toluca, y *La Jornada*, en una nota de Hermenegildo Castro, informó que 13 empresas públicas bajo el mando de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos serían las primeras, de un total de 47, en irse a los estados. De acuerdo con la información, la Promotora Nacional de Semillas se irá a Puebla; la Productora Nacional de Biológicos Veterinarios, a Chihuahua, y la Comisión Nacional de Fruticultura, a Querétaro.

La poca información dejaba traslucir que la llamada descentralización estaba en riesgo de convertirse en un juego de escondidillas, pues cambiar las sede de las paraestatales a Cuernavaca, Pachuca, Puebla o Querétaro, ciudades dependientes del Distrito Federal por su cercanía, equivale a ampliar el área conurbada de la ciudad de México y a saturar las de por sí transitadas carreteras que unen a tales núcleos urbanos con la capital.

Lo que podía saberse oficialmente era abundante en retórica. En un informe rendido al Presidente de la República por las comisiones Nacional y Metropolitana de Emergencia, el domingo 29 de septiembre, después de reconocer que “sin el concurso de los individuos, grupos y organizaciones de la sociedad mexicana, las labores gubernamentales hubieran resultado insuficientes”, el texto agregaba que “dentro de la gravedad persisten las condiciones de funcionamiento y seguridad a fin de hacer posible, con rumbo y fortaleza, las acciones de reconstrucción” (*La Jornada*).

### Humberto Musacchio

Por su parte, *Excelsior* destacaba un párrafo del informe rendido por la Comisión Metropolitana, en el cual se afirma que “las consecuencias del sismo pasado permitieron mostrar la evolución política y el nivel de organización de la sociedad civil para enfrentar las adversidades presentes y futuras del país, en coordinación con el gobierno de la República”. El parte rendido por la Comisión Nacional era igualmente optimista: “México —decía— establece gradualmente la normalidad y supera esta trágica situación”.

### La legalidad realmente existente

Un ejemplo de esa normalidad que se quería restablecida, cuando todavía se rescataba a personas con vida de entre los escombros y el hedor de los cadáveres hacía inhabitables amplias zonas de la ciudad, lo dio una nota publicada por *El Universal* en su página 8, bajo el título “Declaran formal prisión a los colombianos; denuncian haber sido torturados por la PJDF”.

En el texto decía: “Un cuadro de tormentos describieron los colombianos consignados, cuyo abogado defensor fue anexado a ‘la banda’ y sometido a iguales torturas por la Policía Judicial del Distrito, la que asesinó a dos jóvenes extranjeros y pretendió ‘desaparecer’ a la madre de uno de ellos para quedarse con joyas, dólares y un automóvil”. Los detenidos, José Eduardo del Prado Sánchez, Míriam Valencia, Miguel Jiménez Uribe y Clarisa Katz Jinich (el

### Ciudad quebrada

abogado Enrique Corona Rodríguez fue puesto en libertad por el juez) —según la nota—, aseguran que fueron detenidos sin orden de aprehensión ni “flagrancia delictiva”.

Después, a partir de su detención, “se les mantuvo a ‘pan y agua’, en medio de los ‘interrogatorios científicos’ en los que los agentes se vendaron las manos para golpearlos en el tórax sin dejar huella, inmersiones en agua hasta llegar al borde de la asfixia, agua gaseosa con piquín en las fosas nasales y la amenaza latente de exterminar a toda su familia en caso de que no firmaran las declaraciones elaboradas”. Luego, la información detallaba otras barbaridades: “La detención de Johnny Hernández Valencia llevó a su madre Míriam a presentarse en la Procuraduría de Justicia del Distrito para establecer la causa de su detención y como respuesta fue detenida y aunada a ‘la banda’ por los judiciales, que luego la condujeron a su domicilio en la colonia Narvarte, en donde saquearon el departamento. Los tormentos continuaron, y se llegó a la aplicación de choques eléctricos en las partes nobles, cigarrillos encendidos apagados en los cuerpos de los detenidos, sobrepasando el término constitucional de 24 horas para la consignación con que cuenta la policía para demostrar la culpabilidad o dejar en libertad a un detenido”.

Bajo el subtítulo “Los dos asesinatos” continuaba la narración: “El día 19, dijeron, todos se encontraban en los separos que existen en la parte posterior del estacionamiento de la Procuraduría, en donde se les

### **Humberto Musacchio**

confinó desde la noche anterior ‘para ser identificados’ y unas horas después se originó el sismo, a las 7:20 horas, sin que los supuestos ofendidos se presentaran... De entre los escombros aparecieron con vida los colombianos Johnny Hernández Valencia y Héctor José Montoya Gómez, quienes fueron tomados violentamente por judiciales encabezados por José Luis Hernández, jefe de grupo, y fueron asesinados por los detectives en un crimen aún en la impunidad, dada la protección que les brinda a los homicidas la Procuraduría...”

“Sin embargo, el temblor favoreció a los agentes, que colocaron entre los restos del edificio destruido a los jóvenes masacrados y así simularon que habían muerto a consecuencia del desplome de una parte del inmueble de Niños Héroes, y la dependencia se dispuso a presentar a la ‘peligrosa banda de asaltantes y violadores’ encabezados por una mujer que resultó ser Míriam, madre de una de las víctimas...”

“A partir del día 19 se presentó en esta capital Marlene Valencia, tía del hoy occiso y hermana de la desaparecida Míriam, quien obtuvo el amparo 784/85 expedido por el Juzgado Quinto de Distrito en materia penal, para evitar que se le detuviera... Identificó el cadáver de su familiar y contrató los servicios del litigante Ernesto Corona para que defendiera a sus familiares, lo que confundió a los judiciales, que iniciaron la búsqueda de quien denunció ante la opinión pública los hechos y aprehendieron ‘por encubridor’ al defensor...”

### Ciudad quebrada

“Toda vez que los medios de difusión continuaron denunciando la corrupción de la Policía Judicial del Distrito, se estableció que quien dio los datos a los reporteros fue Marlene, pero ésta, mediante su amparo, consiguió que los ‘investigadores’ desistieran en detenerla y consignaron a los colombianos y sus supuestos cómplices mexicanos... Para esos momentos, la Comisión de Derechos Humanos de Colombia y la embajada de ese país en México protestaron enérgicamente por los brutales crímenes y lograron que fuera presentada la dama desaparecida, quien estuvo a punto de morir a manos de estos individuos en caso de que no se hubiera expuesto el caso ante la opinión pública.”

El mismo lunes 30 en que aparecía la nota anterior en *El Universal*, en el semanario *Punto* recordaba Miguel Ángel Sánchez de Armas la valiente denuncia que, tres años y cuatro meses antes, hacía una magistrada del Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal ante el entonces candidato a la Presidencia de la República, el licenciado Miguel de la Madrid Hurtado. Dijo en aquella ocasión la magistrada: “El orden constitucional parece romperse en la hora actual”. Se refería al descrédito en que había caído la procuración de justicia en el país, y —agrega Sánchez de Armas— entonces “no vaciló en equiparar a los agentes del ‘servicio secreto’ con los temibles policías rurales del porfiriato. ‘Crisis de seguridad’, ‘sociedad enferma’ y ‘ley de la selva’ fueron algunos de los términos empleados por aquella brava

### Humberto Musacchio

servidora pública para describir las consecuencias de la arbitrariedad policiaca...”

“Mil doscientos diecisiete días después, cuando entre los escombros de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal son descubiertos los despojos del abogado Saúl Ocampo, aquellas palabras cobran nueva vigencia por dos razones. Primera, el abogado no murió accidentalmente; no conducía algún negocio propio de la profesión en los momentos en que el sismo derruyó el edificio. El había desaparecido unos días antes y sus restos —con claras huellas de tortura, según describe el reportero Guillermo Valencia en *El Universal* del 24 de septiembre— fueron hallados en el interior de la cajuela de un auto prensado entre el derrumbe de las oficinas desde donde se procura la justicia en la capital. No fue el sismo el que mató al abogado Ocampo, sino otro fenómeno natural, de todos conocido. Segunda, la entonces denunciante es ahora procuradora del Distrito Federal... Ahí está la acusación de la magistrada Adato de Ibarra, precisa, dura, indignada. Ahora el movimiento telúrico ha revelado, en las oficinas de la procuradora Adato de Ibarra, una prueba de que continuamos viviendo en la ‘ley de la selva’. Y uno se pregunta cuántos otros infelices ‘desaparecidos’ encontraron en la catástrofe un alivio a las torturas, a las vejaciones, al dolor de la separación de los suyos...”

Francisco Cárdenas Cruz, en su columna Pulso Político que se publica en *El Universal*, escribía: “Dieciséis meses se cumplen hoy del asesinato de don

### Ciudad quebrada

Manuel Buendía, y persiste la ineficiencia policiaca para esclarecer este homicidio que conmocionó a la nación, lo que prolonga la impunidad de los autores materiales e intelectuales... El tiempo transcurre, y para el mundo oficial y judicial eso debía significar el olvido de parte de la opinión pública de este caso. Sin embargo, igual que lo hemos hecho mes tras mes desde aquel anochecer del miércoles 30 de mayo del año pasado, aquí seguimos recordando y exigiendo que el crimen sea esclarecido, como lo fueron otros sonados habidos posteriormente y en los que las autoridades demostraron una extraña celeridad...”

Pero la desconfianza en la autoridad y sus representantes se veía alimentada de muy diversas formas. Por ejemplo, en *La Jornada* apareció ese mismo día una breve nota donde se consignaba que dos militares, precisamente de los encargados de mantener el orden y custodiar las áreas dañadas, fueron detenidos por vecinos de la colonia Morelos. El motivo fue que, en estado de ebriedad, cometían actos de rapiña en viviendas destruidas. Otro ejemplo: los padres de un empleado de Salinas y Rocha, hallado muerto entre los escombros, denunciaron que nadie les proporcionó ayuda en las tareas de rescate en la enorme tienda, y que esas labores las tuvieron que hacer los propios parientes de las víctimas, mientras en los derrumbes cercanos se contaba con toda clase de recursos para el auxilio.

El mismo lunes 30 de septiembre, el presidente De la Madrid hizo varios planteamientos que

### Humberto Musacchio

recogieron los medios de información. Dijo que las renegociaciones emprendidas con los organismos y gobiernos acreedores eran para negociar y concertar, “no para confrontarnos ni para provocar conflictos”. Estas palabras sirvieron de respuesta a lo dicho por el jefe del Ejecutivo de Sonora, Rodolfo Félix Valdés, en nombre de los gobernadores de todas las entidades federativas, quien señaló la urgencia de replantear las relaciones de México con el exterior, tanto en deuda y financiamiento como en comercio e inversiones. Asimismo, el Presidente respondía al Congreso del Trabajo, el que por boca de su presidente, Ángel Olivo Solís, expresó que “deudores y acreedores esperan de nuestro país iniciativas nuevas”, en un momento “altamente favorable para negociar nuestro compromiso sobre bases diferentes”. Ese día, De la Madrid insistió en que “se conservarán las prioridades fundamentales”, sin aclarar si esas prioridades se habían visto alteradas por el terremoto.

Miguel de la Madrid también se refirió al problema del centralismo. Según *Excélsior*, “manifestó que el clamor del pueblo de México en estos momentos es la descentralización de la vida nacional, por lo que subrayó que no cabe duda que ésta es una oportunidad para profundizar y acelerar el criterio (sic) de la descentralización, no sólo del gobierno sino de la actividad económica, de los servicios. ‘Debe ser una descentralización real, y no solamente de edificios y empleados. Debe ser una descentralización de funciones y decisiones’, destacó”.

### **Ciudad quebrada**

En relación con los problemas derivados de la aglomeración urbana, el Presidente ordenó poner en marcha “programas de defensa civil en el Distrito Federal ante siniestros y situaciones de defensa extraordinarios”; asimismo, indicó que deben establecerse nuevas normas de construcción, de control de calidad, la emisión de leyes para la revisión de cálculos estructurales y la determinación de normas técnicas mínimas de seguridad para casos de desastre. De la Madrid acordó además que se inspeccione todo edificio “donde haya concentraciones humanas” para comprobar su seguridad, y creó una comisión más, ésta, llamada “Comisión Evaluadora del Sismo”, para investigar las causas del temblor, evaluar sus efectos, cuantificar sus daños y efectuar los estudios, así como proponer las medidas que considere necesarias en torno a los problemas sísmicos.

Ese mismo día, la Comisión Metropolitana de Auxilio hizo un balance de actividades, hasta el 29 de septiembre, en el que los gobernantes aceptan que “no estábamos preparados para enfrentar un desastre de la magnitud de este terremoto”. Después, menciona que los cadáveres ingresados en las agencias de Ministerio Público son dos mil 329, de los cuales 359 quedaron sin identificar. La amplia diferencia con las cifras de muertos dadas a conocer anteriormente, “se explica por: las personas muertas que no han sido trasladadas a las agencias investigadoras, y que permanecen todavía en zonas de desastre; por la estimación de los cadáveres que fueron manejados por sus deudos sin

### **Humberto Musacchio**

previo registro, y por los restos fragmentados y los desaparecidos”.

Sin embargo, en el boletín número uno que al día siguiente apareció en los diarios, no se dan cifras de muertos. Ahí los conceptos son otros, algunos de mucho interés y otros confusos o discutibles. Dice el boletín que los damnificados en albergues son veinte mil 48 y que existe lugar para 17 mil más. El número de heridos que recibieron atención se redondeó en diez mil; el de personas localizadas por medio de Locatel 16 mil 370; “los elementos humanos en servicio” eran diez mil; las personas rescatadas tres mil 266 y el número de personas en campamentos (se informa que existen 72) sumaba 13 mil 176. En lo que se refiere a servicios de salud el documento da cuenta de 110 hospitales y puestos de socorro en servicio; 850 unidades de atención primaria; 97 mil cien personas entre médicos, enfermeras, (elementos) paramédicos y personal administrativo; 650 personas hospitalizadas y cuarenta mil atendidas hasta el día último de septiembre.

Los víveres distribuidos en albergues eran ochenta toneladas de frutas y verduras; veinte mil raciones alimenticias; 206 mil litros de leche; cuatrocientos mil bolillos; 15 mil kilos de tortillas y cuatrocientos mil litros de agua purificada. Se reporta también que se atendieron mil 668 quejas por abusos en el comercio (precios y especulación), trabajo a cargo de dos mil quinientos inspectores de precios.

### **Ciudad quebrada**

El boletín establece en mil 593 el número de edificios en los cuales se realizó peritaje y se emitió dictamen provisional; 858 eran los edificios susceptibles de ocupación; 565 los no utilizables y 170 los que pueden usarse previa reparación. De “equipo en operación” se da el número de mil cien unidades (?); de cascajo y escombros retirados de la vía pública cuarenta mil metros cúbicos; y elementos humanos en servicio (?) dos mil quinientos. Se anuncia también que el servicio de energía eléctrica se ha restablecido en 99 por ciento (sólo faltaba restablecer el servicio en 34 mil casos de un total de tres millones doscientos mil). Las fugas de gas reparadas son seiscientos, según el documento. En lo que se refiere al servicio telefónico se asegura que localmente se restableció en 99 por ciento; en el país en 60 por ciento, y el internacional 47 por ciento de entrada y 16 por ciento de salida.

En el renglón de “Seguridad y vigilancia, bomberos, emergencias y quejas”, se informa que hay diez mil elementos en servicio, 171 puestos de vigilancia, 86 cercos de seguridad y como equipo mil 29 unidades (posiblemente se refieren a vehículos, pero no se aclara). El número de siniestros atendidos por los bomberos es de 374 y los heridos trasladados ocho mil 345 (lo que seguramente excluye a la Cruz Roja, institución que no aparece entre los firmantes del boletín).

En el rubro “Vialidad y Transporte”, la Comisión pone en primer término que 40 por ciento de la vialidad ha sido restablecida en las zonas

### Humberto Musacchio

afectadas, luego detalla que hay cinco mil autobuses de la Ruta 100 en servicio y mil quinientos para apoyo (¿a damnificados, a rescatistas?). De 220 rutas regulares de autobuses 197 están en funcionamiento, y operan todas las líneas del Metro, “excepto el tramo Pino Suárez-Zócalo, Línea 2 y cierre estación Isabel la Católica”.

De los transportes eléctricos funciona un 60 por ciento. Sólo ocho de 16 delegaciones políticas cuentan con servicio regular de agua potable, en tanto que la Cuauhtémoc, la más afectada por el terremoto, sólo dispone de un 60 por ciento del servicio; Benito Juárez, Gustavo A. Madero y Xochimilco con 80 por ciento; Venustiano Carranza con 70 por ciento, Iztacalco e Iztapalapa con 40 por ciento, y Tláhuac con sólo 25 por ciento. También se dice que 424 pipas distribuyen agua gratuitamente, durante las 24 horas, lo que suma veinte millones de litros que se reparten de esta manera cada día. Por medio de bolsas de plástico y envases de cartón semejantes a los de leche se reparten 206 mil litros de agua.

El Fondo de Reconstrucción había recibido, hasta el día 29, cuatro mil 490 millones de pesos provenientes del país y dos millones 380 mil dólares del exterior. En lo referente a otro tipo de ayuda, ésta había llegado de 26 países en 93 envíos con medicinas, material médico, alimentos, vehículos, equipo de salvamento y demolición.

El mismo día en que el Presidente de la República felicitaba a los jóvenes brigadistas del Crea

## Ciudad quebrada

y les expresaba que, pese a los efectos del terremoto, la “sociedad plural, libre y democrática” reafirmó su vigencia, por lo cual no hubo “que recurrir al estado de excepción ni a la suspensión de labores”, por la noche, al oriente de la ciudad, cerca de mil locatarios eran expulsados violentamente y despojados de mercancías y otras pertenencias.

Según la crónica de Blanche Petrich en *La Jornada*, “alrededor de las 10:30 de la noche la zona del mercado fue acordonada por patrullas y elementos de seguridad fuertemente armados. Antes de que dieran las 11 llegaron a las puertas del mercado cerca de 15 camiones de volteo, la mayoría de ellos sin placas, camionetas tipo julia, pick ups con el logotipo de la delegación Venustiano Carranza y media docena de grúas” (en realidad ocho, según los números de placas que proporciona después la reportera). “A las 11:30 —continúa Blanche Petrich— el ‘operativo’ había concluido. En los vehículos y los camiones de carga, los empleados de la delegación se llevaban toda la mercancía —víveres básicamente— que encontraron.

El desalojo y la ilegal confiscación fueron presenciados y dirigidos por el subdelegado, Jesús Chichino Lima, quien “con notable aliento alcohólico” comía fruta, se reía e intentaba pasar inadvertido ante los periodistas. Un policía trató incluso de evitar que Fabrizio León Diez, fotógrafo de ese diario, cumpliera con su trabajo. Cuando la reportera preguntó al subdelegado qué iban a hacer

### Humberto Musacchio

con la mercancía, éste respondió: “Se las vamos a guardar en la Central de Abastos”.

El desprecio de las autoridades por los ciudadanos tenía otras expresiones que recogía la prensa. En el diario citado se contaba que un grupo de vecinos de las calles de Iturbide y de Artículo 123, acampados en el jardín de la Ciudadela, recibieron cuatro excusados portátiles, “a nombre de Jarmila Olmedo de Garcilita, diputada priísta por el XXXIII distrito capitalino”, mismos “que ya se les retiraron”, diez días después del segundo temblor. Los damnificados manejaban una hipótesis sobre el retiro de los sanitarios: “nosotros creemos que (es) para que nos vayamos”.

Ese mismo día, 30 de septiembre, en Pasadena, California, moría a los 85 años de edad el señor Charles Richter debido a una insuficiencia cardiaca, de acuerdo con un cable de AFP, que agregaba: “El especialista norteamericano, gracias a la escala, de uno al nueve, que en 1935 perfeccionó con Beno Gutenberg, permitió clasificar los sismos según su energía, y no según sus efectos superficiales... En 1970 Richter se retiró de su cargo de profesor de sismología del Instituto de Tecnología de California. ‘Él adoraba los sismos. Es algo que ambos teníamos en común’, declaró la geofísica Karen McNally, una de sus ex colaboradoras”. Lo escueto de la noticia, en una ciudad devastada por los temblores, no dejaba de tener cierta ironía, si se considera que el nombre

## Ciudad quebrada

del científico muerto era el más pronunciado en esos terribles días mexicanos.

### **El Plan DN-III, desaparecido político**

En el semanario *Punto* (30 de septiembre), el reportero Hernán Casares Cámara entrevistó a Julio Martínez, comandante de transportes de la Cruz Roja, quien aseguró que el Plan DN-III, “que prevé supuestamente el ordenamiento y coordinación por parte del Ejército de distintas entidades gubernamentales y civiles para afrontar situaciones de emergencia”, no funcionó porque se hallaba apenas “en pláticas” y “no se había estructurado totalmente debido a múltiples cambios de funcionarios en las dependencias involucradas” y pese a que el DDF “incluso imprimió en abril y mayo de este año sendos documentos donde se informaba a las dependencias gubernamentales y asociaciones civiles de auxilio, cuál debería ser su participación en casos como el ocurrido el 19 de septiembre”.

Según Martínez, “fue a partir de la tragedia de San Juanico cuando las autoridades del DDF se apresuraron a diseñar un plan de emergencia para casos de desastre en la zona metropolitana”. Incluso, según el declarante, “se encontraba muy avanzado el inventario de recursos humanos y materiales aptos para enfrentar emergencias” y hasta estaba programado un simulacro para los primeros días de julio en la refinería 18 de Marzo de Azcapotzalco,

### Humberto Musacchio

el cual se suspendió por causas de fuerza mayor que nadie explicó. “Si el Plan DN-III hubiese estado listo —dice Martínez—, no tendríamos que enfrentar tantas irregularidades en las labores de salvamento”. Que el plan no funcionó, “se evidencia en el hecho de que, según lo previsto, en casos de emergencia los responsables de las entidades relacionadas con tareas de auxilio incluidas en el plan, deberían reportarse personalmente al Palacio Nacional para establecer ahí un puesto de mando general presidido por miembros del Ejército... Esto no sucedió”.

Como se sabe, el DDF fue puesto a la cabeza de las tareas de auxilio. “La Secretaría de la Defensa no destacó ingenieros militares en los edificios derruidos ni desplegó hospitales de campaña o equipo antidesastres. Aun cuando el Plan DN-III contempla, entre muchas otras cosas, que los soldados deben intervenir en labores de rescate de sobrevivientes, evacuación de lesionados, transporte de material y sofocación de incendios, en la práctica los efectivos militares no intervinieron directamente en estas tareas.” Ahí donde sí hubo participación directa de especialistas militares, reconoce Martínez, “las tareas de salvamento se llevaron a cabo con un alto grado de efectividad, porque casi después de la tragedia se presentó un ingeniero con maquinaria pesada y grúas a organizar el rescate —en las calles de Orizaba, en la colonia Roma. Todos los presentes, incluyendo socorristas de la Cruz Roja, civiles y soldados, se sometieron a sus órdenes y por eso fue posible encontrar con vida a decenas

### Ciudad quebrada

de vecinos”. Por el contrario, “en muchos otros sitios, quienes daban las órdenes eran médicos o civiles sin ninguna experiencia en tareas de auxilio”, como en el edificio de la fábrica Topeka o en el multifamiliar Juárez, donde eran médicos los que dirigían el rescate con total ineptitud, según narra el comandante de la Cruz Roja.

En el número 465 de *Proceso*, Francisco Ortiz Pinchetti señala que “contrariamente a lo que se anunció en forma oficial, el Plan DN-III de auxilio a la población civil en caso de desastre no fue aplicado en el caso del terremoto del jueves 19 de septiembre... El DN-III basa su operatividad en un Grupo Central de Auxilio, encabezado por el Presidente de la República y directamente al mando del secretario de la Defensa Nacional, como su ‘presidente ejecutivo’. Desde el día del sismo, el propio presidente Miguel de la Madrid informó que el plan estaba en acción. Sin embargo, por disposición suya, la coordinación general de la ayuda no quedó en manos del secretario de la Defensa Nacional ni el auxilio fue ejecutado por los mandos militares, como establece el documento. Se creó, en cambio, la Comisión Intersecretarial de Auxilio y Reconstrucción, encabezada por el jefe del Departamento del Distrito Federal, Ramón Aguirre Velázquez. La SDN quedó así como una de las entidades participantes y coordinadas”.

Pero si existían indicios de que el Plan DN-III fue desaparecido por razones políticas, unas palabras de Miguel de la Madrid abrían el camino para otras

### Humberto Musacchio

desapariciones políticas, de seres humanos éstas, dentro de una oleada represiva que podía desatarse al amparo de lo dicho por el Presidente.

La víspera del simbólico 2 de octubre, ante los principales líderes empresariales del país, De la Madrid anunció que el gobierno “redoblará firmeza y energía para conducir los problemas de la República en el orden que es indispensable” dentro de la situación de emergencia del país, por lo que, aseguró, “sabremos salir al paso a agitaciones o a labores políticas que traten de aprovechar esta circunstancia”, pues tal situación “a veces se presta para que algunos grupos minoritarios traten de medrar, de especular, de lucrar o de agitar”. Específicamente, se refirió al problema de la vivienda como el más grave y riesgoso. Sobre él dijo: “aquí vamos a establecer programas de emergencia, en primer lugar, para atender la necesidad de techo de las familias, pero también para evitar que con el pretexto de movilizar las demandas legítimas de los habitantes, se nos produzcan problemas de agitación social, que en estos momentos debemos evitar con el mayor esfuerzo posible”.

Refiriéndose a problemas agravados por el sismo, como el tránsito urbano y la falta de agua potable en el Distrito Federal, precisó: “Sé muy bien que en estos casos hay el peligro de la anarquía, inclusive anarquía que proviene a veces de la generosidad espontánea o de la iniciativa espontánea de la sociedad. Al gobierno le corresponde evitar que ocurra esta anarquía, ya que es el representante global de

### Ciudad quebrada

la sociedad”. En lo referente a la descentralización, prometió que “en esta materia se mantendrá por parte del gobierno la disciplina y el orden”. En resumen, en una frase concretó lo que pudiera convertirse en posición oficial ante las actividades políticas de los diversos segmentos sociales: “Evitaremos la anarquía y se tomarán las medidas que impidan actitudes anómalas”.

En términos como “disciplina”, “orden”, “anarquía”, “firmeza y energía”, “agitación”, y otros de ese talante, se advertían los ecos de una manera que se creía superada de ver a la sociedad. Peor aún: al condenar la agitación, que es una forma legítima, usual y legal de hacer política, se estimulaba a los órganos represivos del Estado a desatar una campaña de tropelías contra grupos y personas que pudieran considerarse agitadores o enemigos del orden, un orden que permite a los mismos cuerpos represivos —en la medida que se toleran— la persecución, la extorsión, las detenciones ilegales, la tortura, la incomunicación y hasta el crimen, como lo atestigua la lista de desaparecidos políticos, superior al medio millar de víctimas.

Por si fuera poco, nuevamente se hacía la defensa de un orden en cuya cuenta debía cargarse una parte de los muertos, heridos y damnificados.

El orden que se quería mantener suscitaba serias dudas. En una nota firmada por Héctor A. González, aparecida en *unomásuno* al día siguiente de las declaraciones presidenciales, se hacía una denuncia

### Humberto Musacchio

más contra la Policía Judicial del Distrito Federal, dependiente de la Procuraduría de Justicia del DF. “Míriam Giraldo de Morioles —decía la información—, madre de uno de los cuatro colombianos que falleció presuntamente durante el terremoto del pasado 19 del presente mes, y acusada de pertenecer a una banda delictiva, dijo que está amenazada de muerte por el jefe de grupo de la Policía Judicial del Distrito Federal, Luis Hernández, quien se quiso apoderar de las joyas y el dinero que les fueron recogidos a los supuestos delincuentes muertos durante el temblor.”

“La mujer colombiana... afirmó que a su hijo Johnny, de 19 años, lo asesinaron en la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal. Entrevistada en el Reclusorio Sur, señaló que después del pasado 19 del presente mes, escuchó a su hijo que se quejaba, tanto en los escombros de la Procuraduría, como posteriormente en la delegación Benito Juárez, a donde fueron llevados la noche del siniestro”.

Tanto Míriam Giraldo de Morioles como Clara Katz Jinich, señalada también como integrante de la supuesta banda de colombianos, negaron las acusaciones que se les hacían, y “aseguraron que fueron torturadas y amenazadas de muerte por el jefe de grupo de la Judicial del Distrito, Luis Hernández. Míriam Giraldo de Morioles teme —según dijo— por su vida y por la de sus dos (hijos) menores, Miguel, de siete años, y Paola, de nueve, debido a que Luis Hernández los amenazó de muerte si ‘abrían la boca’.”

### Ciudad quebrada

El mismo día, en *Excélsior*, se informaba que la mayoría priísta rechazó la comparecencia de la procuradora Victoria Adato ante la Cámara de Diputados, lo que había sido propuesto por los parlamentarios del Partido Socialista Unificado de México. En la página donde figuraba lo anterior, una nota refería que la funcionaria declaró, ante las ruinas de lo que fuera su sede: “esperamos ya no se encuentren más cadáveres de detenidos”. Era una confesión involuntaria de que las aprehensiones no constan en un registro, lo que da pie a secuestros, torturas y otras barbaridades de los agentes policiacos y sus jefes.

Y mientras la deuda externa era objeto de una controversia nacional en la que el gobierno se quedaba más y más solitario —hasta las cámaras industriales pedían suspender pagos—, la Secretaría de Hacienda anunció que se aplazaba seis meses el pago de 950 millones de dólares, gracias a la negociación sostenida por el secretario mexicano de Hacienda, Jesús Silva Herzog, con representantes del gobierno estadounidense y de la banca internacional. “Esta prórroga —escribió el reportero Luis Acevedo Pesquera en *unomásuno*— coloca a México nuevamente en una posición involuntaria de moratoria similar a la del 20 de agosto de 1982... Sin embargo, la gestión no resuelve los términos de pago de los intereses del conjunto de los adeudos contratados en el extranjero, que significarán en 1985 un desembolso por unos diez mil millones de dólares

### Humberto Musacchio

—alrededor de 60 por ciento de las exportaciones—, sin considerar amortizaciones.”

Pero la desgracia tenía un rostro más inmediato para el ciudadano común. La tragedia se expresaba en el rescate de cadáveres, entre ellos los de dos periodistas, entre los escombros de Televisión, Ernesto Villanueva y Félix Sordo. Los brigadistas españoles se despidieron con una frase para alimentar la desesperanza: “es imposible que todavía pueda haber sobrevivientes”.

La sensación de desastre se vivía diariamente al observar los desvencijados edificios que amenazaban con caerse. El amontonamiento de escombros en calles y jardines cercanos a los derrumbes, la peste de los cuerpos en descomposición y el no menos desagradable hedor de las sustancias usadas para fumigar eran un estímulo constante para la aflicción y la inseguridad.

La Comisión Metropolitana de Emergencia perdió la cuenta de los muertos y sólo proporcionó la cifra de cadáveres presentados ante el Ministerio Público, aunque según diversos cálculos podían ser nueve, diez o catorce mil.

El director del Instituto de Ingeniería de la Universidad Nacional Autónoma de México, Luis Esteva Maraboto, presidente de la Academia Mexicana de Sismología y Premio Nacional de Ciencias, advertía en *unomásuno* que, “en el futuro deberá evitarse diseñar edificios cuyas plantas bajas presenten amplias áreas libres y, en cambio, en sus pisos superiores contengan

### Ciudad quebrada

mucho peso, como es el caso de ciertos hoteles y de aquellas edificaciones donde hay estacionamientos en la parte inferior y numerosas oficinas encima. Asimismo, es necesario elaborar pautas más estrictas para el diseño y cálculo de la estructuras, así como evitar que haya asimetrías en las construcciones que hacen esquina...”

Esteva afirmó que “las características excepcionales del sismo del 19 de septiembre se pueden repetir y frente a ello las normas del reglamento para la construcción que está en vigencia son insuficientes”.

La insuficiencia de las normas la ratificó, desde el ángulo jurídico, el abogado Jesús Zamora Pierce, quien dijo que el reglamento incluía especificaciones para que los edificios soportaran sismos hasta de 7.5 grados Richter, pero que el temblor del día 19 fue de 8.1 grados (dato confirmado el mismo día 2 de octubre por el director del Instituto de Geofísica de la UNAM). Zamora Pierce declaró que “para las autoridades judiciales será imposible demostrar si hay responsabilidad penal de arquitectos o ingenieros”, entre otras razones, porque en los edificios derrumbados “todos los escombros fueron recogidos y llevados a las zonas señaladas por el gobierno del Distrito Federal”. Ahí, sin ningún orden, se amontonó el cascajo y los restos de las construcciones colapsadas. Por eso resultaba extraño que el coordinador de los diputados priístas de la capital, Adrián Mora Aguilar, declarara a *El*

### **Humberto Musacchio**

*Universal* (3 de octubre) que la Cámara “pedirá que en todos los edificios que se derrumbaron se realicen peritajes rigurosos, con el objeto de verificar si los constructores violaron los reglamentos en la materia. Indicó que en caso de que se detecte alguna anomalía en las especificaciones de seguridad que debieron haber tomado los constructores, se exigirá que se apliquen severas sanciones económicas y castigos con cárcel”.

Evidentemente, al diputado Mora Aguilar le faltaba información, pues de tenerla hubiera previsto que se garantizaran condiciones para efectuar los peritajes, en primer lugar, poniendo a buen resguardo la materia de análisis, que son los propios restos de todos y cada uno de los edificios derrumbados.

### **El señor embajador**

Otro que se permitía hacer temerarias declaraciones era el embajador estadounidense John Gavin, quien incluso citó a una conferencia de prensa en la que desmintió datos oficiales —seguramente basado en información de los servicios de inteligencia de su país— y se permitió opinar sobre política interior y aun avalar la integridad moral de los funcionarios mexicanos.

En la reunión, ratificó que eran diez mil los muertos por el temblor, calculó que la reconstrucción tendría un costo de dos mil quinientos a tres mil quinientos millones de dólares, pese a lo cual “la

### Ciudad quebrada

situación económica de México es manejable”; informó que antes del temblor había alrededor de tres millones de capitalinos sin agua potable y que en ese momento existían aproximadamente novecientas fugas en la red de suministro (el mismo día, la Comisión Metropolitana de Emergencia informaba de setenta fugas en la red primaria y mil 129 en la secundaria); que la reparación de dicha red costaría otros quinientos millones de dólares; que la ayuda de EU andaba por los siete millones de dólares y que con el apoyo internacional —como ese, tan generoso, de su país— la situación “es manejable”, pues México “funciona bien dentro de las circunstancias”, por lo cual recomendó no ser “alarmistas sobre la situación”, aunque a sus paisanos les recomendó asegurarse de que sus reservaciones estuvieran confirmadas en los hoteles mexicanos (no fuera a ser que al llegar los encontraran reducidos a escombros).

Pese a que antes había anunciado que por lo menos una parte de la ayuda estadounidense sería manejada por la Cámara Americana de Comercio, dijo que la suma de las contribuciones “ha sido bien empleada” y que sobre ella existía “estricto control administrativo”, todo según la versión de *unomásuno*.

Los llamados de Gavin a no ser alarmistas tuvieron poco eco en cuatro partidos —PSUM, PRT, PMT y PPS— y no parecen haber sido escuchados por Fidel Velázquez, líder de la principal organización obrera, quien declaró que la prórroga obtenida para el pago de 950 millones de dólares debía ex-

### Humberto Musacchio

tenderse al conjunto de la deuda y no por seis meses sino por tiempo indefinido. El mismo día, mostrando sensibilidad hacia la desconfianza popular que provocaba el manejo de los fondos de ayuda, el Presidente de la República creó un organismo más: el Comité Supervisor de los Donativos, encabezado por Francisco Rojas, contralor de la Federación y el fiscal más notorio de la llamada renovación moral. Entre las funciones de dicho comité está la de velar por “el manejo responsable, honesto y transparente de los donativos que se han recibido tanto del extranjero como del país” (*unomásuno*).

La falta de crédito de las autoridades no se reflejaba únicamente en la constitución de un comité fiscalizador de la ayuda. Un senador priísta por el Distrito Federal, Abraham Martínez Rivero, también ponía en duda la eficacia de una estructura de gobierno autoritaria. Declaró Martínez Rivero, según lo publicado por *El Universal*, que “debe reestructurarse la organización del Departamento del Distrito Federal y las entidades representativas vecinales, pues ante los sucesos derivados de los terremotos del 19 y 20 de septiembre, demostraron inoperatividad e ineficiencia”, y agregó que “se debe reclamar la falta de cooperación y coordinación de organismos como los comités de manzana, juntas vecinales y el Consejo Consultivo de la Ciudad, ante la tragedia que abatió a la capital”.

De la ineficiencia de las autoridades en la coordinación de las labores de rescate, habla

### Ciudad quebrada

elocuentemente una carta publicada en el diario *unomásuno*, el 3 de octubre, con la firma de María Stoopan, quien ahí dice:

“El pasado lunes 26 de septiembre, a una semana del sismo que destruyó parte de nuestra ciudad, acompañé junto con otros traductores voluntarios a una de las brigadas francesas de rescate. Suponía yo que al llegar al hotel Crown Plaza, en donde se hospedaban y tenían instalado su centro de operaciones, encontraría a personal del Departamento del Distrito Federal coordinando el trabajo de los distintos grupos de brigadistas internacionales que acudieron a nuestro país.

“Mi suposición era falsa. A pesar de haber sido declarado por el Presidente que el rescate de vidas sería una prioridad, ningún grupo policiaco o civil se encontraba prestando apoyo a su trabajo. Brigadistas franceses y traductores resolvíamos los problemas por nosotros mismos. Ninguna autoridad del DDF había distribuido a las diversas brigadas nacionales e internacionales por zonas. Tampoco había quien informara si el servicio solicitado en alguno de los derrumbes había sido o no trabajado por algún otro grupo. Las llamadas las hacía espontáneamente el público y eran atendidas directamente en el centro de operaciones de los grupos de rescate. No había posibilidad de verificarlas, pues tampoco se contaba con un mapa que ubicara los derrumbes. Esto daba por resultado que al acudir a alguno de los sitios de desastre, se encontraran cubriendo la misma

### **Humberto Musacchio**

emergencia varias brigadas de distinta procedencia, provocándose así un enorme desperdicio de este recurso tanpreciado.”

“Debido a esta misma falta de apoyo por parte de las autoridades, el desplazamiento de los contingentes por la ciudad carecía de cualquier escolta previamente organizada. Nos veíamos en la necesidad de solicitar escolta, tanto para que nos guiara a los lugares del siniestro como para que nos abriera el tráfico, a las patrullas o motocicletas apostadas en las calles, los cuales (los tripulantes) no siempre estaban en la mejor disposición de hacerlo. Sin embargo, justo es decirlo, nunca se negaron y en otras ocasiones cumplieron el cometido con gran voluntad de servicio.”

“En el derrumbe del Conjunto Pino Suárez, que esa mañana fue atendido por el grupo de socorristas franceses al que yo acompañaba, se encontraban dos grupos más de estadounidenses. Unos y otros coincidieron en la peligrosidad de la zona. Las dos torres que quedan en pie amenazan con venirse abajo. Presentan un desplazamiento en espiral que provocará que se derrumben en cualquier momento. Sin embargo, los trenes del Metro que pasan por abajo, siguen circulando, lo cual agrava la situación debido a las vibraciones que producen y que repercuten en los edificios. Asimismo, alrededor de estas construcciones transita aún el público y se encuentran muchas personas desalojando mercancías de los edificios aledaños.”

### Ciudad quebrada

“Los peritos extranjeros comunicaron sus observaciones, tanto a los encargados del Metro que allí se encontraban como a un funcionario de Gobernación presente y a los representantes de bomberos y de la policía a cargo del sitio. A pesar de que yo misma comuniqué la emergencia ese mismo día a través de Radio Educación, hasta donde sé, el metro no ha suspendido su recorrido por el subsuelo de esa área y no sé si la zona haya sido acordonada en 150 metros a la redonda, como fue la sugerencia dada por los peritos franceses. Si alguno de los edificios se viene abajo del lado de la estación del metro, la ciudad tendrá que lamentar un número mayor de víctimas. Hay que observar que el edificio de ese conjunto que se derrumbó no lo hizo sobre sí mismo, como muchos otros, sino hacia el frente, ya que su estructura es metálica, de una sola pieza.”

“En la emergencia que el grupo de rescate francés al que yo acompañaba atendió en la tarde ese día en Tepito, coincidimos con un grupo mexicano, otro francés y, cuando nos íbamos, llegaba uno argelino, a quienes les comunicamos que ya no había nada que hacer allí. El entrenador francés de uno de los perros comentó con gran irritación que a las colonias pobres los estaban llamando demasiado tarde, cuando ya no había esperanzas de encontrar vida entre los escombros. De los centenares de edificios destruidos, se ha publicado el rescate en unos cuantos, mientras que muchísimos otros han quedado con ninguna o muy poca ayuda.”

### Humberto Musacchio

“Refiero todos estos hechos porque me parece muy importante destacar el gran vacío administrativo y de autoridad que existe en el gobierno del DF y que se ha evidenciado en esta catástrofe. Solamente la gran movilización ciudadana que en estos momentos se ha producido podrá a la larga suplir tan enorme carencia. Abandonar este esfuerzo en la reconstrucción significará un retroceso a momentos pasados y la pretensión de que nada ha ocurrido, ni a la ciudad ni a sus habitantes.”

Sin embargo, el repliegue de los socorristas espontáneos era un hecho. A dos semanas del sismo, las autoridades habían logrado desanimar a gran parte de los ciudadanos y en diversas construcciones derrumbadas se solicitaba ayuda con desesperación. Los voluntarios encontraban el camino cuesta arriba para movilizarse nuevamente, pues los controles de las autoridades, poco útiles para organizar pero eficaces para impedir el auxilio, habían trabado de tal manera las cosas que mientras se enjardinaban los baldíos de donde se habían retirado escombros y se decoraban espacios dejados por los derrumbes —como el del enorme edificio donde estaba el café Superleche—, en lugares repletos de cadáveres escaseaba la ayuda, o bien se empleaba maquinaria pesada y se procedía a la fumigación entre las protestas de familiares y rescatistas.

En la ciudad lastimada, como es tradicional, ese 2 de octubre se realizaron marchas para recordar el crimen de la Plaza de las Tres Culturas en 1968.

### **Ciudad quebrada**

En esta ocasión, no sólo se abogó por las libertades y por la presentación de los desaparecidos políticos. Otras consignas llenaron el aire enrarecido de la capital, como la exigencia de suspender el pago de la deuda, el rechazo a las presiones de Washington y el FMI y, centralmente, la demanda de ayuda a los damnificados, indemnización por las pérdidas humanas y materiales y cese de las arbitrariedades gubernamentales.

No casualmente, en la manifestación principal participaron vecinos de Tlatelolco y de la colonia Morelos, así como locatarios del mercado de Jamaica, quienes poco antes habían sido violentamente despojados de su espacio de trabajo. Era un indicio, tímido si se quiere, pero elocuente, de la confluencia de las organizaciones políticas de izquierda con los afectados por el sismo y la ineptitud de las autoridades.

El mismo día, la Secretaría de Relaciones Exteriores aseguró que desde el jueves 19 de septiembre transmitió, con carácter de urgente, “a las aproximadamente diez ó 12 embajadas con las que pudo hacer contacto” (y con instrucciones de que retransmitieran inmediatamente), un télex en el que informaba del sismo y de “graves daños en diversas colonias de la ciudad” y en el centro.

Otras instrucciones eran evitar “que se genere un clima alarmista en el exterior” y se indicaba que, “de recibir ofrecimiento de auxilio a damnificados, ello se apreciará, pero en su oportunidad se expedirán

### Humberto Musacchio

instrucciones precisas sobre la organización de ese auxilio y su forma de canalización”. Un nuevo telegrama, con las “instrucciones precisas”, fue enviado hasta el día siguiente en la noche. En él se ordenaba aceptar cierta ayuda, pero respecto de los equipos de salud pública y los medicamentos, se decía que habrían de ser “bien recibidos”, aunque se consideraba que por el momento “no representan una prioridad”. Mientras en la ciudad de México, desde los múltiples sitios de derrumbes se solicitaban medicamentos de todo tipo. Los simples ciudadanos debían comprar en las farmacias y llevarlos personalmente hasta donde los pedían.

El jueves 3 de octubre, el columnista Francisco Cárdenas Cruz hacía un balance de la situación a dos semanas del gran sismo: “Hoy se cumplen quince días del terremoto que destruyó una amplia zona de la ciudad de México, causó la muerte y desaparición de más de diez mil personas y dejó sin hogar a decenas de miles de capitalinos. Y a quince días de esa tragedia, algunos inmuebles en los que se presume que no hay sobrevivientes empezaron a ser demolidos; en otros continúa el rescate de víctimas y en algunos más siguen hallando cadáveres en una tarea que se prolonga día y noche...”

“Los servicios de energía eléctrica y telefónica se han restablecido en la mayor parte de la ciudad, en tanto que el problema del agua potable persiste, se agrava y generaliza aun en rumbos en donde después del terremoto no había escaseado, convirtiéndose en

## Ciudad quebrada

la mayor amenaza social para las autoridades por los graves trastornos que la falta delpreciado líquido ocasiona...”

“Más de un centenar de aviones de distintos países han aterrizado en la ciudad de México trayendo toda clase de ayuda: víveres, ropa, medicinas, equipos de rescate, vehículos, en un gesto solidario que pueblo y gobierno agradecerán permanentemente... En los días que han transcurrido después de aquella trágica mañana del jueves negro que sacudió a la capital y a poblaciones de Michoacán, Jalisco, Colima y Guerrero, causando derrumbes, muerte y desolación, se ha ido comprobando que tardará mucho tiempo para que las actividades se aproximen siquiera a una normalización, habida cuenta de los incalculables daños materiales y humanos registrados...”

“Y si para algunos servidores públicos que han vuelto a perder la oportunidad de guardar silencio, o al menos ser prudentes, ‘lo peor ha pasado’ —trillada expresión que utilizan lo mismo para hablar de la crisis financiera y económica que para referirse a los daños causados por el terremoto—, lo cierto es que cada día se está más y más consciente de cuán difícil será para todos, gobernantes y gobernados, lograr que México, nación y capital, puedan salir adelante...” Más allá de toda verborrea oficial y de los reiterados ofrecimientos del ‘vamos a hacer’ —incluida, desde luego, esa campaña televisiva y radiofónica de que, pese a lo ocurrido, la ciudad de México estará ‘lista’ para el campeonato mundial de fútbol—, en tareas

### Humberto Musacchio

de reconstrucción material y de una descentralización administrativa del gobierno federal que los capitalinos esperan que se inicie antes de que miles de burócratas que hoy están decididos a emigrar a la provincia se arrepientan, hay consenso de que habrán de pasar años y quizá sexenios para que el país pueda superar este desastre...”

“Miles de familias se quedaron sin hogar y desde hace quince días se hacinan en campamentos y albergues. Muchas de ellas no podrán volver a sus moradas porque éstas tendrán que ser demolidas ante la inminente amenaza de venirse abajo. Abundan las que —en Tlatelolco, Tepito, el multifamiliar Juárez, las colonias Obrera, Juárez o Roma— se niegan a ser trasladadas a otro lado, y exigen al gobierno que se les reconstruyan sus inmuebles para poder volver a ellos. El ‘de aquí no nos moverá nadie’ se escucha por todas las declaradas zonas de desastre... Las manifestaciones de damnificados de Tlatelolco y Tepito habidas en días pasados para demandar del gobierno su atención inmediata a fin de emprender la reconstrucción material, no serán las primeras ni las únicas. Hay desesperación, angustia, malestar, inconformidad de quienes viven a la intemperie y afrontan problemas de ayuda y alimentación, pese a la que se ha recibido merced a la solidaridad interna e internacional...”

“Decepcionante para muchos fue que hoy que el gobierno puede, y debe, aplazar por años el pago de los intereses de su deuda externa ante la razón, que no pretexto, a que lo obliga la reconstrucción de

### Ciudad quebrada

los daños causados por el terremoto, se anuncie que acordó diferir apenas por seis meses el pago de 950 millones de dólares que debía hacer a más tardar pasado mañana sábado (5 de octubre), como condición para renegociar una nueva reestructuración... ¿Es que acaso dentro de seis meses sí podrá hacerlo? ¿Cuánto serán entonces, en pesos, esos 950 millones de dólares? ¿No será más, mucho más urgente, utilizar esos más de cuatrocientos mil millones de pesos en la reconstrucción, en la descentralización, en programas habitacionales o en edificación de escuelas y hospitales convertidos hoy en escombros? Creemos, como muchos otros mexicanos, que para hacer frente a su compromiso interno, el gobierno del presidente De la Madrid tiene que hallar una salida ante el externo, que lo agobia y obliga, ciertamente, pero que ante la situación que se afronta en estos momentos podría revertirse... ¿O es que habrá que esperar que el agobio y la presión sean mayores en lo interno para decidirse a un cambio de actitud ante lo externo, cuando quizá sea demasiado tarde?”

Con lo anterior coincidían, de una u otra manera, diversos actores de la vida social, incluidos algunos oficialistas. Por ejemplo, un diputado del PRI, Antonio Tenorio Adame, declaró que la posposición del pago de los 950 millones de dólares “no resuelve el problema de fondo, ni siquiera lo aplaza”, dijo. Por su parte, Ángel Aceves Saucedo, director del Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (IEPES) del PRI, señaló que si la prórroga representará costos

### Humberto Musacchio

económicos posteriores, “sería absurdo aceptar este beneficio si está condicionado a cargos adicionales” (*unomásuno*, 4 de octubre).

En las Naciones Unidas, Mario Moya Palencia debutó como embajador mexicano con un discurso en el que “aseveró que el problema de la deuda latinoamericana y de otras naciones en desarrollo, no encontrará solución en el alivio temporal de las reestructuraciones y aplazamientos”. Según *Excélsior*, expuso la urgencia de acabar con los esquemas que hacen “negocio con la pobreza de nuestros pueblos” y advirtió que los países industrializados “no podrán seguir prosperando rodeados de la miseria” de las naciones deudoras.

Sin embargo, en la reunión del FMI que se celebraba en Seúl, Corea, se hablaba de aplicar un “Plan de Rescate” a México, el que comprendería préstamos de emergencia por cinco mil millones de dólares, necesarios “para la reconstrucción del país y para hacer frente a los compromisos del servicio de la deuda externa gubernamental en 1986”, de acuerdo con la nota de Lourdes Galaz en *La Jornada* (4 de octubre). En la misma línea, ante un grupo de diputados, el Presidente de la República “rechazó una suspensión de pagos, porque, explicó, la deuda externa representa una parte inseparable de las relaciones con el extranjero, y México necesita cuidar sus fuentes de financiamiento ante su escasa captación de ahorro interno”, todo según la nota de José Ureña en el mismo diario, en la que reseñaba la reunión tenida por De la Madrid

## **Ciudad quebrada**

con los parlamentarios, varios de los cuales se habían manifestado por la moratoria a suspensión de pagos.

## **Lluvia sobre mojado**

El mismo día 3 de octubre, por la noche, De la Madrid dirigía otro mensaje a la población. En él se extendió en el reconocimiento a todos los sectores que se habían movilizado y agradeció la ayuda internacional recibida. “A las viejas carencias y problemas no superados se agregan ahora los daños y las complicaciones derivadas del terremoto. Nos llueve sobre mojado”, dijo el Presidente, quien dio a conocer los puntos básicos del Programa Nacional de Reconstrucción: auxilio a los damnificados, “coordinar la acción pública y social en torno a la reconstrucción de viviendas, hospitales, escuelas y servicios públicos indispensables”.

Dijo ahí De la Madrid que “la experiencia del desastre nos obliga también a profundizar y acelerar los esfuerzos de descentralización de diversos aspectos de la vida nacional, tanto del sector público como del sector social y del privado. Debemos procurar un desarrollo más equilibrado en el territorio nacional y la integración armónica de las regiones. La descentralización es hoy clamor popular, exigencia de acción inmediata”. Se reconocía así el fracaso de un modelo urbano y de poder instaurado y estimulado por los llamados gobiernos de la revolución mexicana; revolución que, por cierto, estuvo ausente de las declaraciones políticas de esos días.

### **Humberto Musacchio**

En su mensaje, De la Madrid, pese a que admitía y aun proponía diversos cambios económicos, consideraba a éstos como meras modificaciones tácticas que no alteraban lo esencial de su estrategia económica: “debemos formular —decía— las readecuaciones, los ajustes, las modificaciones necesarias a los planes y programas de gobiernos de la República, manteniendo nuestros objetivos básicos, pero haciendo los ajustes necesarios en las estrategias, programas y acciones”, contando con la participación social y dando un manejo “adecuado y oportuno” a la ayuda internacional ofrecida para la reconstrucción.

Otro punto importante era el propósito de “sistematizar y aprovechar la experiencia del desastre que acabamos de padecer para ser más previsores ante eventuales emergencias... Ya sabemos del caso de nuestra capital, que no estamos a prueba de temblores, como habíamos pensado, por tener un suelo chicloso; al contrario, la naturaleza excesivamente húmeda del subsuelo, como corresponde a nuestro antecedente lacustre, hizo que el temblor se magnificara, se amplificara y mostrara características que nunca habíamos visto en la capital de la República”. De alguna manera, la cabeza del gobierno federal mostraba que se tenía conciencia de que debía impedirse la especulación, el uso intensivo de un suelo inapropiado.

Después de advertir que “todo este esfuerzo exige un escrupuloso, eficiente y honesto uso de los recursos”, para lo cual declaró que ya había tomado

### Ciudad quebrada

“una serie de medidas”, anunció que había ordenado integrar “una Comisión Nacional de Reconstrucción, no como una instancia burocrática más, sino como un órgano de consulta y participación de las acciones que los diferentes sectores de la sociedad mexicana realizan y realizarán...”

Dicha comisión “tiene como objeto primordial ser el instrumento para lograr la movilización social, la participación de diferentes sectores y grupos de nuestra sociedad, darle un cauce ordenado y eficaz y concertar las acciones del gobierno de la República con la sociedad civil. Yo asumiré personalmente la presidencia de esta comisión”, anunció De la Madrid, quien en la parte final de su mensaje dijo: “no puedo ocultar a ustedes que los daños que hemos sufrido por el sismo nos complican los ya de por sí serios problemas que teníamos para manejar la economía, tanto en sus aspectos internos como en sus relaciones internacionales. Pero ahora debemos enfrentar estas tareas con un ánimo renovado y distinto...”

En un artículo aparecido en *La Jornada*, el día 4, Olga Harmony señalaba que la destrucción de escenarios causada por el sismo agravaba la tradicional falta de espacios para el montaje y presentación de obras dramáticas, lo que empujaría a mucha gente de teatro, especialmente jóvenes, a buscar y abrir salas improvisadas. En el mismo texto, la maestra Harmony decía: “después de 17 años, los jóvenes vuelven a ser protagonistas y, nuevamente, se tendrá que iniciar el proceso de arrebatarles banderas por un sistema que

### Humberto Musacchio

los quiere héroes, pero disciplinados; participantes, pero con obediencia; población, nunca pueblo”.

Con las cámaras de la televisión en espera de que pudiera ser rescatado el niño Luis Ramón Nafarrete, a quien se consideró como el último de los sobrevivientes, otras aflicciones merecían la atención de la opinión pública. Una de ellas era la incertidumbre provocada por el desempleo súbito y masivo de costureras, pues decenas o cientos de fábricas y talleres de ropa resultaron destruidos.

A los males causados por la naturaleza se unía el desprecio de algunos empresarios por los seres humanos. *El Nacional*, en una nota firmada por Nancy Rodríguez, denunciaba que el dueño de la maquiladora Tamy, Maximiliano Muñoz, desapareció “después de sacar todos los bienes de la fábrica y dejó a los sesenta obreros que trabajaban en ella en total estado de abandono”. La empresa estaba en Fray Servando Teresa de Mier 285, en un edificio donde “al suceder el derrumbe de los tres pisos superiores quedaron atrapadas 12 personas, mismas que aún están entre los escombros sin que se logre su rescate”. Andrea Becerril, en *La Jornada*, informaba de 150 costureras que se mantenían en guardia frente a lo que fue su centro de trabajo, en San Antonio Abad 164, para evitar que el dueño sacara las treinta máquinas de la empresa, “única garantía del pago de sus salarios”.

Estas obreras impidieron que el propietario se llevara las máquinas después de que logró bajar los aparatos del edificio en ruinas. Ellas mismas declara-

### Ciudad quebrada

ron haber visto cómo en los 15 días en que se habían mantenido de guardia en su centro de trabajo, vieron a los dueños de Topeka, Amal y otras empresas de la zona sacar telas y ropa en grandes camiones. La demanda de las trabajadoras de embargo precautorio no tuvo trámite por la suspensión de labores de la Junta de Conciliación y Arbitraje, cuyas oficinas también resultaron dañadas. Las costureras están afiliadas a algún sindicato, pero ignoran a cuál.

La explicación de casos como éste, según Alfredo Pantoja, coordinador de la pequeña central Sindicatos Obreros Libres, es que “dirigentes menores” firman contratos de protección con los propietarios de los talleres de confección de ropa, lo cual tiene a las costureras en estado de indefensión. Pantoja, según la nota de *Excelsior* que recoge sus declaraciones, dio nombres de esos “líderes” que venden protección: Jacinto Avalos, Herón Rosales Zamorano y otros que dependen de la CTM y la CROC, quienes firman contratos con los patrones, aunque “las costureras nunca han estado enteradas de la existencia de tales convenios, pero estos están registrados en la Junta Local de Conciliación y Arbitraje”. Por su parte, el líder cetemista Blas Chumacero hizo declaraciones a *El Universal*, en las que estimó en doscientos mil el número de costureras a las que sus patrones, ilegalmente, dejaron sin sueldo al cerrarse las empresas donde laboraban.

Otro problema candente, como lo reconoció el Presidente de la República, era el de la vivienda. Varios

### Humberto Musacchio

partidos de oposición exigieron que los inquilinos participen en los peritajes y el Partido Socialista de los Trabajadores pidió (*Excélsior* 4/X/1985) que “se promueva con urgencia un decreto expropiatorio sobre cada una de las vecindades y predios en posesión de los inquilinos de las zonas dañadas; que se dote en patrimonio familiar la propiedad de los terrenos expropiados y que las familias beneficiadas se organicen en cooperativas para participar en la autoconstrucción de viviendas decorosas”. Días después el gobierno tomaría sobre el particular, la más avanzada de las medidas planteadas por la emergencia.

En *El Universal*, una nota de primera plana informaba que, según las aseguradoras, éstas tendrían que pagar ochocientos mil millones de pesos por bienes asegurados que sufrieron daños por los sismos. La principal reclamación, por treinta mil millones, correspondería a la empresa Teléfonos de México. Las aseguradoras mexicanas cubrirían únicamente, decía la nota, 25 por ciento del total y el resto provendría del Sistema Mundial de Reaseguros. La mitad de los pagos corresponderá hacerlos a las compañías aseguradoras del sector público.

Según la misma nota, en la mayoría de los bienes asegurados se presenta el fenómeno del “bajoseguro”, es decir, de bienes asegurados por debajo de su valor para pagar menos prima y, principalmente, porque la inflación impide actualizar el valor de los bienes de manera constante. Estimaciones de la Asociación Mexicana de Instituciones de Seguros señalaban que

### Ciudad quebrada

95 por ciento de la vivienda media y los edificios de condominio no estaban asegurados.

La misma fuente calculaba que los daños totales provocados por el terremoto eran de tres mil a cuatro mil millones de dólares. En la noche del día en que se publicó la información anterior, el noticiero 24 Horas hacía público otro cálculo, de seis mil millones de dólares, que incluía no sólo los daños materiales directos sino también otros como las pérdidas ocasionadas por la ocupación en labores de rescate de hombres, maquinaria y equipos productivos. Para tener una idea de los costos de la maquinaria, baste saber que el alquiler de una grúa de gran capacidad cuesta medio millón de pesos por día.

Pero la pérdida principal e irrecuperable, la de vidas, seguía en aumento. *El Universal* calculó que a 15 días del terremoto, las víctimas fatales eran más de ocho mil, y dijo que, por estimaciones de las autoridades encargadas de coordinar los rescates, el número de muertos podía ser hasta de 12 mil. En lo que se refiere a los “edificios dañados en diversos grados”, la Comisión Metropolitana de Emergencia informó que hasta el 3 de octubre eran dos mil 831 los inmuebles afectados. La reportera Cristina Martín, de *La Jornada*, hizo notar que cuatro días antes la misma fuente dio cuenta de tres mil 124 construcciones afectadas y 412 totalmente destruidas. De los inmuebles mencionados el jueves tres mil 581 no requerían desalojo y estaban en posibilidades de repararse. Entre las obras dañadas estaban mil 294 escuelas, 123 edificios de oficinas, 49

### Humberto Musacchio

centros hospitalarios, 105 cines y teatros, once centros deportivos, 112 mercados y 113 construcciones particulares. Por cierto, ese mismo día el Presidente ordenó que no se construyera ni un solo hospital más en el centro de la ciudad.

Las contribuciones para el Fondo de Reconstrucción llegaban por diversas vías, además de las cantidades que recibían las embajadas, instituciones particulares como la Cruz Roja y otras. Los grandes donantes eran recibidos por el Presidente, a quien le entregaban cheques por cientos de millones de pesos, como los grupos empresariales, fundaciones filantrópicas, sindicatos importantes, agrupaciones profesionales, comunidades como la libanesa y la judía, así como otros grupos sociales que manifestaban su solidaridad y su fuerza económica ante la tragedia.

Pero también había pequeños donantes, entre ellos, varios grupos de seres humanos que llegaron a México con sólo la ropa que traían puesta, sin objetos de valor ni patrimonio alguno. Esa gente es la que pasó a México huyendo del genocidio que el gobierno guatemalteco practica de manera sistemática contra los campesinos de su país, especialmente los núcleos indígenas. Víctimas de la persecución y la miseria encontraron aquí protección —aunque no faltaron abusos de autoridades menores— y se abrió para ellos la posibilidad de hallar medios de vida. Esos seres humanos son los refugiados guatemaltecos, pobres entre los pobres, que en la desgracia han sabido

### Ciudad quebrada

responder, compartiendo sus inopias y ofreciendo sus energías a los mexicanos.

Los refugiados —que llegaron a ser cincuenta mil— reunieron un total de 350 mil pesos que enviaron al presidente De la Madrid, con el ofrecimiento de trabajar el tiempo necesario en tareas de auxilio y en la reconstrucción. En *La Jornada* (5 de octubre) se reproducen fragmentos de los mensajes llegados a la Presidencia de la República desde diversos campamentos: los refugiados de Villa Guadalupe, en Comalapa, envían “unos pesitos, porque bien saben cómo nos encontramos, pero los damos con todo el corazón y humildad. Como sabemos que es muy poco lo que damos, si su excelencia nos lo permite, nos ofrecemos a trabajar en construcciones o en lo que sea posible”.

Los de Nicolás Bravo ponen a disposición del gobierno su mano de obra; los de San Caralampio dicen: “nos solidarizamos con el sufrimiento de nuestros hermanos en desgracia” y aportan 27 mil 389 pesos. Los de El Zapotal enviaron ocho mil 750 pesos, “un poquito de colaboración que en algo puede servir”, pues, dicen, “como sufridores que somos, sentimos mucho de los que murieron y los que están sufriendo todavía. Como cristianos que somos, les pedimos que hagan paciencia por lo que les pasó y que tengamos fe por la recuperación de los hermanos que están heridos”.

De los refugiados en seis campamentos de Las Margaritas, Chiapas, se recibió un total de 306

### **Humberto Musacchio**

mil 135 pesos, maíz y frijol, con una carta en la que agradecen a México haberlos recibido “cuando nos vimos obligados a refugiarnos por la terrible represión en nuestro país y por los cuidados que hasta el presente nos han dado de distintas maneras”. Manuel Blanco, en *El Nacional*, comentó: “es cuando a uno le duele tanta solidaridad”.

### **La esperanza organizada**

El sábado 5 de octubre, los diputados priístas Mario Campos Bravo y Elba Esther Gordillo declaraban que la situación de Tlatelolco, con más de la mitad de sus edificios desalojados, estaba en vías de normalizarse. La normalización, divisa de las autoridades, se había instalado en los discursos oficiales, pero la realidad marchaba en sentido contrario. Los vecinos de Tlatelolco, muchos de ellos acampados en las explanadas de la unidad habitacional, se quejaban de que lo único que habían recibido hasta ese momento era burocratismo, especialmente de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Ecología (Sedue). Cuauhtémoc Abarca, coordinador del Frente de Residentes de Tlatelolco, denunció que la Sedue realizaba en una hora los peritajes en edificios de doscientos departamentos. La ligereza de los “peritos” se reflejaría en las sucesivas modificaciones que se harían a las listas de inmuebles dañados. Eran escaramuzas de la guerra a veces subterránea, a veces evidente, entre los damnificados y las autoridades.

### Ciudad quebrada

El PRI, varios días después del jueves 19, había creado una “Comisión de Rehabilitación de Tlalelolco”, ante el temor de que “partidos políticos de la oposición capitalicen el desconcierto y la angustia popular a causa de los derrumbes”, como dijo en una reunión Elba Esther Gordillo. Pero los habitantes del conjunto tildaban a esa comisión de “fantasma”, pues a lo largo de once años habían defendido sus propias organizaciones contra la prepotencia burocrática y los intentos de manipulación. Los vecinos de otras colonias también se organizaban y por diferentes caminos transitaban hacia las mismas metas: vivienda, deslinde de responsabilidades y castigo para los constructores irresponsables, indemnización por los muertos y por las pérdidas materiales.

Los colonos de la Roma incluso pidieron que se publicara y diera a conocer el Plan DN-III —“hasta ahora sólo hemos tenido problemas con los soldados y policías”, dijeron, según narra Blanche Petrich en *La Jornada*—, demandaron empleos y exigieron la elección popular de las autoridades ciudadanas. “Mientras se desarrollaba la asamblea —dice Petrich—, a dos calles fue baleado el automóvil de uno de los vecinos reunidos. Los agresores fueron identificados en la asamblea como ‘agentes de Gobernación’.” Pero quien haya intentado el hostigamiento para disuadir a los que protestaban, se equivocó. Los vecinos presentes en la reunión celebrada en la esquina de las calles Chiapas y Córdoba, como respuesta a la violencia, decidieron constituir la Unión de Vecinos y Damnificados del 19

### Humberto Musacchio

de Septiembre, con la intención de aglutinar a todos los que estuvieran en situación semejante (*unomásuno*, 6 de octubre).

El domingo 6 de octubre, en *El Nacional*, se reprodujeron algunas frases del doctor Daniel Reséndiz, quien se presentó en un programa producido por el Estado, con el fin de tranquilizar a la población. Dijo Reséndiz, quien es director del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, que las edificaciones cuya estructura no sufrió deterioro con el sismo del 19 de septiembre pueden soportar otros sismos de intensidad menor o similar en el futuro “sin ningún problema”. Como supuesta prueba, adujo que sólo uno de cada mil edificios resultó dañado, de donde debe deducirse que las construcciones hechas con apego al reglamento “protegen razonablemente a la ciudad de riesgos severos”. Si los inmuebles no son más seguros, eso se debe a que los reglamentos, según el criterio de Reséndiz, están hechos para evitar “que las construcciones sean obras en las que se entierra el dinero innecesariamente”, lo que sonaba cínico cuando se estaba enterrando a las víctimas de los derrumbes.

En el mismo tenor se expresó Fernando López Carmona, en un artículo aparecido en *unomásuno*, el mismo día, bajo el muy explícito encabezado de “En defensa de mi gremio”. Ahí, el autor exige que, en el juicio que del trabajo de los constructores “se hace con tanta severidad”, cuenten las cifras, redondeadas “hacia arriba”, de personas fallecidas e inmuebles dañados: “podríamos decir que 14 mil muertos en 14

### **Ciudad quebrada**

millones de habitantes significaba 0.001 de cociente, y que con 140 edificios en un millón cuatrocientas mil edificaciones vuelve a repetirse el cociente”. Qué tanto es tantito, parecía decir López Carmona en su lógica, por lo demás muy semejante a la de otros ingenieros y arquitectos.

Ese daño insignificante, de acuerdo con la estrecha visión gremialista, fue causa de que el domingo 6 de octubre el conjunto habitacional Nonoalco-Tlatelolco, con sus diez mil departamentos y dos mil 272 cuartos de servicio, ofreciera una imagen cercana a la de una ciudad fantasma, con sus enormes edificios vacíos, lastimados o heridos de muerte, condenados a caer como el Nuevo León, para ese día convertido por la maquinaria en mera huella a ras de suelo.

Los habitantes de Tepito y la Morelos poco querrían saber de los coeficientes de eficacia técnica, especialmente cuando carecían de agua y en varios kilómetros cuadrados veían repetirse la tragedia: vecindades derrumbadas, campamentos improvisados dentro y fuera de los inmuebles con trozos de plástico, láminas y pedazos de cartón; familias sin hogar y grupos de gente amontonada en torno a los registros abiertos de donde sacaban una o dos cubetas de líquido para lo indispensable.

En la colonia Roma, en la Doctores, la Obrera o la Tránsito la principal característica eran los escombros, con una diferencia: conforme se avanzaba hacia el Oriente había menos pipas, menos trascavos, menos grúas, menos vehículos oficiales, menos

### Humberto Musacchio

vigilancia, menos interés de las autoridades. En esa franja de la ciudad, la pobreza se hace más densa mientras más se camina hacia el Este. Un recuento posterior permitiría conocer la gravedad del siniestro, que en algunas calles no respetó una sola construcción a lo largo de cuerdas enteras. En la colonia Roma se crearon aceleradamente jardines en lotes baldíos donde antes hubo edificios y gente. En San Juan de Letrán, el espacio que ocupó durante varias décadas el edificio del café Super Leche, pronto fue rodeado por una barda de concreto azul y los ruinosos inmuebles colindantes fueron pintados a toda prisa. Sin embargo, las paredes caídas, agujeradas, los vidrios rotos y todo el desvaído conjunto se negaba a compartir lo que el escritor Jaime Avilés llamó “el cubismo azul” de Ramón Aguirre, paladín de la pseudo normalidad restaurada.

El “aquí, no ha pasado nada”, o por lo menos no gran cosa, se desdecía con la normalización a medias del tránsito urbano, consistente en abrir a la circulación de vehículos y personas calles sobre las cuales se inclinaban amenazantes los edificios más zarandeados por el terremoto. En el centro de la ciudad, avenidas acordonadas aquí y allá desmentían los afanes normalizadores. Grúas enormes, las que dejaban apenas un carril para la circulación en Cuauhtémoc, testimoniaban que la tragedia fue más amplia de lo que querían suponer algunas autoridades, que la desgracia fue tan profunda que de nada valieron las alegrías forzadas de la televisión.

## Ciudad quebrada

No sólo se rompieron los edificios. Algo más importante, dentro de cada habitante de la metrópoli, también se rompió: la certeza de que el gigantismo urbano nos llevaría a la modernidad; la cómoda apatía ante la vida pública —esa es cosa de políticos, aunque sean corruptos, se decía. La violencia telúrica destruyó muchos puntos de referencia, pero, bien vistas las cosas, lo que hizo fue dar un empujón a la tarea que de manera sistemática, puntual, implacable han cumplido la especulación y la ignorancia, el descuido y la corrupción.

Esos cuatro jinetes del apocalipsis urbano hicieron su aparición en estos días. Peritajes de artificio pudieron ser comprados por casatenientes voraces para desalojar inquilinos. De ese modo, el temblor ofreció la oportunidad de echar abajo monumentos artísticos o históricos, abundantes en La Merced o en Peralvillo, y esa región nunca bien deslindada que es el centro de la ciudad. De ahí que el personal del Instituto Nacional de Antropología e Historia librara una batalla más para salvar el patrimonio cultural. En toda construcción considerada de valor por el INAH se pegó un papel que con grandes letras anunciaba: “Monumento histórico. Debe ser restaurado”. Eran sólo papeles, pero detrás de ellos estaba la autoridad moral de quienes pelean para preservar las pistas de lo que México ha sido, a fin de que todos entendamos lo que hoy representa la capital, el país.

La labor del Instituto de Antropología se limita a las construcciones anteriores al presente siglo. La

## Humberto Musacchio

herencia art decó no tiene protectores institucionales. Alrededor del Monumento a la Revolución, en la colonia Roma o en la Hipódromo, en la Condesa o la Escandón, el sismo, la reconstrucción y la esperable barbarie de la horda de “remodeladores” acabarán la tarea iniciada por la especulación y la venalidad burocrática. La arquitectura de los 30's no tiene apóstoles. La riqueza de un estilo que en México tuvo una floración hartó peculiar, está definitivamente amenazada, a menos que...

### ¿No hay culpables?

Nadie ponía en duda los efectos devastadores del sismo del día 19. Sin embargo, muchos ciudadanos se preguntaban qué tan bien contruidos estaban los edificios que se derrumbaron. Las declaraciones de ingenieros y arquitectos, como ya hemos visto, se caracterizaban por su apasionada defensa del gremio y aparentemente olvidaban, en perjuicio del gremio mismo, que algunos constructores hubieran recurrido a la corrupción para hacer aprobar proyectos o cálculos no reglamentarios, o bien para que las autoridades se hicieran de la vista gorda al inspeccionar el empleo de los materiales.

También se dejaba de lado que, en las construcciones gubernamentales, es práctica usual y añeja aprobar los proyectos más rentables, mediante gratificaciones que oscilan entre 10 y 20 por ciento del costo total de la obra, según las costumbres de cada

### Ciudad quebrada

dependencia y la fuerza de los contratistas, generalmente agrupados para negociar en mejores condiciones. Contra la amnesia gremial se dejaron escuchar algunas voces. En *El Nacional*, periódico del gobierno, el ingeniero Felipe Jesús Gutiérrez, secretario técnico de Ingeniería de la Escuela Nacional de Estudios Profesionales de Aragón, dependiente de la UNAM, afirmó que “son soslayadas las normas y técnicas del Reglamento de Construcción del Distrito Federal. Éstas se encuentran al nivel de las de cualquier país desarrollado, lo que falta es su honesta aplicación... La deshonestidad o el fin mercantilista de no invertir más dinero en edificios, ocasionó que muchos de ellos se hayan derrumbado con facilidad durante el sismo pasado... Propietarios de departamentos o empresas privadas quieren ahorrar al máximo... En las construcciones destinadas al alquiler es en donde existen mayores problemas en cuanto a calidad de materiales utilizados. No se respetan lineamientos básicos de construcción”, dijo Felipe Jesús Gutiérrez.

Pero tampoco fue suficiente con respetar los reglamentos para evitar la tragedia. Las normas de construcción mostraron gruesas cuarteaduras el 19 de septiembre. Preveían, en el peor de los casos, movimientos con una intensidad no mayor a la del sismo de julio de 1957. “De aquí en adelante se tendrán que hacer estudios geológicos serios para constatar si el suelo permite la edificación de determinado número de pisos en construcciones”, declaró al mismo diario Eduardo Sánchez Anaya, presidente de Arquitectos

### Humberto Musacchio

Revolucionarios. De lo dicho por este señor, ha de deducirse que antes no se hacían “estudios geológicos serios”, y debe saber lo que dice, pues es líder de una agrupación profesional.

Un perito que inspeccionó varios de los edificios derruidos, Darío Vasconcelos, declaró al periódico citado: “El derrumbe de edificios se debió fundamentalmente a fallas de edificación y de proyectos... las anomalías en la construcción son principalmente las relacionadas con los anclajes en los estribos. Esto es, explicó, (que) las columnas no son del suficiente grosor, deberían ser del orden de 25 centímetros y en lugar de eso nos hemos encontrado con que son de cinco. Ello hace que no confinen adecuadamente con las columnas de acero vertical; a la hora de estar sujetas a fuerzas verticales explotan los estribos y se salen de su lugar provocando el derrumbe con un sismo de gran magnitud... Otro de los defectos que se han visto es que en los edificios grandes, caso concreto Tlatelolco, los estribos en columnas son de un cuarto y para un inmueble de 15 niveles son insuficientes. Ahí mismo se notó que las columnas son muy esbeltas... son columnitas de 25 por 50 centímetros que no soportan el peso de 15 pisos, que son los que tenía el edificio Nuevo León y los que quedaron en mal estado”.

Pese al riesgo que se cernía sobre los habitantes de unidades habitacionales, en algunos casos la perspectiva era sombría. En una asamblea (*El Nacional*, también del día 6) organizada por los vecinos de la

### Ciudad quebrada

unidad Sauzales y Cebadales del Infonavit (Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores), se informó que ante los daños causados por el temblor, solicitaron un peritaje al mismo Instituto, pero que un tal Máximo Carvajal, coordinador de ese organismo en el Distrito Federal, les dijo que “de llevarse a cabo el peritaje sería en tres meses si corren con suerte, o en un año”, pues el Infonavit cuenta con poco personal para este trabajo, mismo que ha estado muy ocupado a partir del día 19 de septiembre. Carvajal dijo a los vecinos que tampoco se les pagaría por peritaje particular, pues no hay presupuesto para esos casos. Ante la lógica kafkiana del funcionario, los vecinos organizaron una colecta y ellos mismos pagaron el peritaje.

Esos capitalinos quizá se hubieran ahorrado riesgos y dinero si los constructores y quienes los patrocinan, principalmente el sector público, no antepusieran criterios de rentabilidad, por encima de consideraciones como, por ejemplo, preservar la vida. El director de la Facultad de Arquitectura de la UNAM, Enrique Velasco León, entrevistado por Sergio Guzmán en *unomásuno*, después de hacer el elogio de los constructores mexicanos, exhibió la filosofía de su gremio: “El hecho de vivir en una zona sísmica no la hace más segura o insegura. Yo diría que uno acepta los riesgos... Pero habrá que decir ahora que esos riesgos son medibles y que nosotros podemos ofrecer un margen de seguridad correlativo a la disposición económica que se tenga. ¿Hasta

### Humberto Musacchio

dónde vamos a gastar por la seguridad? Por eso hago la reflexión de que conviene quizá bajar las alturas de los edificios en la zona lacustre”.

Evidentemente, por lo menos en la mayoría de los casos, no fue por ignorancia que se hicieron edificios débiles. México cuenta con especialistas internacionalmente reconocidos en mecánica de suelos y en sismología. Uno de ellos, Emilio Rosenblueth, recibió en esos días el Premio Príncipe de Asturias que otorga la corona española.

Al recibir los 15 mil dólares del premio —Raúl Alfonsín, también ganador, los donó a México—, Rosenblueth declaró: “No creo, como se decía en los diarios mexicanos y extranjeros, que los edificios públicos careciesen de medidas de seguridad en su construcción. Creo que la explicación hay que buscarla en que estaban concentrados en la misma zona, la afectada por el temblor con más intensidad, y en alturas que oscilaban entre siete y 15 pisos, que fueron los más afectados, como ya ocurriera en 1957. A todo ello habría que añadirle que los edificios de los ministerios soportaban unas cargas superiores a lo habitual al contener numerosos archivos. No digo que no haya corrupciones en la construcción, pero no es ésa la única causa de los derrumbes” (*La Jornada*, 6 de octubre).

Habría que responder al sismólogo que si esa concentración era riesgosa, lo menos que podía esperarse de especialistas como él era que se opusieran, con toda la fuerza de sus conocimientos y su auto-

### Ciudad quebrada

ridad profesional, a que los constructores levantaran edificios de más de siete pisos precisamente ahí, en el área más afectada ya desde 1957.

Pero hay más. Las medidas de seguridad que invoca Rosenblueth son las contenidas en la reglamentación elaborada con posterioridad a 1957, la que curiosamente permitía la más irracional concentración de cargas sobre un terreno de peligrosidad reconocida. Y el mismo Rosenblueth, ¿no participó en la elaboración de ese reglamento? Sí lo hizo, si nos atenemos a la información publicada el 24 de septiembre en *La Jornada*, en la página 27, según la nota de Angélica Abelleira, Javier Aranda Luna y Pablo Espinosa.

Alguien tendrá que explicar por qué, en una zona de tan alta propensión sísmica, las escuelas no cuentan con salidas de emergencia, por qué los salones sólo tienen una puerta y por qué pasillos de plantas altas y escaleras miden apenas dos metros y medio de ancho, lo que convierte a esos centros de enseñanza en perfectas trampas en caso de salida tumultuaria, como la que se intenta durante un incendio o un temblor. Alguien tendrá que decir por qué se permiten los encortinados en las paredes interiores de los cines, lo mismo que las butacas inflamables y las salidas “de emergencia” más angostas que las entradas y que desembocan, en muchos casos, lo mismo que en hospitales y otros lugares públicos, en espacios pequeños, cerrados o con escape solamente hacia el vestíbulo, como es el caso de muchas salas de espectáculos.

### Humberto Musacchio

¿Quién ha autorizado que algunos hospitales no tengan rampa? ¿Por qué las escaleras contra incendios son inexistentes en los inmuebles de una ciudad caracterizada por las aglomeraciones y con alta incidencia de accidentes? Si el estudio del suelo para una construcción cuesta por lo menos tanto como el proyecto, ¿rige en este punto el criterio de rentabilidad o el de seguridad? ¿Quién autorizó o toleró que muchos inmuebles hoy derrumbados tuvieran usos que los hacían peligrosos, al convertir oficinas en talleres o bodegas, lo que aumentó las cargas y alteró el centro de gravedad? Es dudoso que existan disposiciones reglamentarias adecuadas para hospitales, centros de comunicaciones y otros lugares que en determinado momento pueden poner en riesgo no sólo vidas sino incluso la seguridad nacional. Si tales disposiciones existen, habrá que explicar por qué precisamente esos lugares fueron tan afectados.

Más lejos de México que Emilio Rosenblueth, que estaba en España, Jesús Silva Herzog, en Corea del sur, firmaba un nuevo préstamo de 225 millones de dólares, equivalentes a lo que nuestro país paga de intereses en sólo una semana a los acreedores extranjeros. La espiral del endeudamiento, cuando las pruebas de insolvencia estaban a la vista, seguía su marcha ascendente. Mientras tanto, crecía la oposición ante el manejo de la deuda, esta vez alimentada por la diputación obrera del partido gobernante, que justamente consideraba más importante atender

## Ciudad quebrada

a la reconstrucción que pagar, cada vez más, a los prestamistas.

El fantasma de la moratoria deambulaba entre los escombros de la ciudad de México. La política económica tan tozudamente practicada por el gobierno de Miguel de la Madrid era un cadáver insepulto, como lo eran los de cientos de personas todavía atrapadas en los derrumbes.

Estos eran en su mayoría cadáveres de gente pobre a la que en vida se le negó atención gubernamental. En la muerte no podía ser de otra manera. La atención principal se concentró en los grandes edificios del centro y en otros que estaban a la vista de la prensa internacional. El rescate en las fábricas fue dejado para después. En las vecindades y otros puntos sucedió algo semejante, pese a las súplicas primero y después las exigencias de ayuda que hacían los deudos y vecinos. Una carta publicada en el semanario Punto ilustra la política gubernamental del rescate entendido como espectáculo. Firmada por Humberto Calderón, como representante de “los familiares de personas atrapadas entre los escombros del edificio de Niños Héroe 150”, en la colonia de los Doctores, la misiva dice textualmente:

“Nuestro caso no es la excepción. Sabemos de muchas familias que se encuentran en similar situación a raíz de los sismos del 19 y del 20 de septiembre. Sirva nuestra denuncia como una sola voz de quienes se encuentran en el desamparo y la desesperanza, sin fuerza siquiera para protestar por las burlas y

### Humberto Musacchio

el abandono que han sufrido por parte de algunas autoridades”.

“Hace ya más de 14 días que quienes tenemos familiares atrapados entre los escombros... tratamos infructuosamente de conseguir equipo y maquinaria adecuada para rescatar a nuestros seres queridos. Hemos debido soportar falsas promesas, ayudas fugaces y hasta burlas de quienes carecen por completo de escrúpulos. Todo inútilmente, pues hasta ahora no ha sido posible sacar, con o sin vida, a uno solo de nuestros familiares.”

“Desde el jueves 19 en que se derrumbó por completo el edificio de nueve pisos que alojaba comercios, oficinas y un local del servicio de transbordadores, los familiares y amigos de las víctimas, así como algunos voluntarios, empezamos con desesperación a remover los escombros con nuestras propias manos. Así seguimos haciéndolo el viernes 20 y parte del sábado 21, ante la carencia del mínimo equipo. Ese día, por fin vimos llegar un par de máquinas: una pluma y un trascavo que sólo se ocuparon un rato de quitar algunas piedras para retirarse, sin explicación alguna, un rato más tarde.”

“El domingo 22 continuamos buscando, sin más recursos que nuestras manos y unas cuantas e insuficientes herramientas. El lunes por la noche renacieron las esperanzas: llegó un equipo de Pemex de Tabasco, con el que parecía que los trabajos avanzarían con rapidez (entonces se decía que con esa maquinaria tardarían entre dos y tres días en levantar

### Ciudad quebrada

todo). Volvió la expectativa de encontrar con vida a nuestros familiares. El equipo fue instalado... y así duró 12 horas, listo para trabajar pero sin ponerse en marcha. Así hasta el martes 24 por la mañana, cuando los técnicos encargados procedieron a recogerlo y llevárselo, según indicaron, ‘por orden presidencial’.”

“El valioso tiempo se iba agotando, pero aun ese día técnicos franceses nos indicaron que había indicios de vida en la parte media del edificio derruido. Alentados por esa información, seguimos escarbando con nuestros limitados medios.”

“El día siguiente, miércoles 25, la burla alcanzó límites inimaginables. A eso de las 18:30 horas llegó un nutrido grupo de personas para instalar iluminación y equipo de utilidad invaluable: potentes reflectores, carros de volteo, trascavos de gran capacidad. Soldados y civiles se pusieron a trabajar con ímpetu tal que levantaron nuestros ánimos. La esperanza volvió a renacer. Así ocurrió durante dos horas, hasta que el presidente Miguel de la Madrid, en uno de sus recorridos por las zonas afectadas, pasó junto al edificio de Niños Héroe 150. Observó la eficiencia de los trabajos, continuó su gira y... en cuanto se alejó, los diligentes trabajadores recogieron su maquinaria.”

“El jueves 26 llegó equipo de la Compañía Constructora México enviado por la delegación Tláhuac, pero no fue sino hasta el sábado que empezó a trabajar. Los días anteriores no pudieron iniciar sus labores porque, se decía, faltaba la firma del general encargado de la zona, quien, por cierto,

### Humberto Musacchio

jamás apareció. Cuando se supo que tal firma no era necesaria, la remoción tampoco pudo iniciarse, ya que debían esperar a un enviado de Covitur (dependencia del DDF) para que informara sobre la resistencia del túnel del Metro que pasa abajo del derrumbado edificio. El ingeniero de Covitur tampoco llegó”

“Así han pasado estos largos días: del aliento a la desesperanza, sin apoyo, con órdenes contradictorias, con una burocracia criminal, con una falta absoluta de respeto hacia nuestro dolor. El sábado 28 al mediodía, cuando lentamente el equipo de la Constructora México empezó a trabajar, los miembros del ejército que acordonaban la zona y que muy poco han colaborado en la búsqueda de las víctimas, empezaron a quitar piedras, mover varillas, buscar entre los escombros. Su entusiasmo duró unos diez minutos, el tiempo suficiente para que un equipo de filmación del ejército tomara testimonio de su activa colaboración con los afectados por el sismo. En cuanto las cámaras se retiraron, los soldados volvieron a su habitual apatía.”

“Así seguimos, 14 días después del siniestro. Ya se realizan algunos trabajos, mínimos, insuficientes. Los ingenieros encargados coinciden en afirmar que hace falta equipo con mayor capacidad; con el actual, dicen quienes ahí laboran, tardarán entre dos semanas y tres meses en encontrar a nuestros familiares. Ante la desorganización imperante, un grupo de mineros que en los últimos días colaboró en la búsqueda, se retiró molesto y decepcionado el martes primero de

### **Ciudad quebrada**

octubre. Ya se ha solicitado apoyo de las delegaciones Cuauhtémoc, Benito Juárez, y Álvaro Obregón, así como de la compañía privada Ingenieros Civiles Asociados (ICA), pero todo ha quedado en promesas.”

“No ignoramos que son muchas las zonas afectadas. Pero también sabemos que hay lugares que se han terminado de limpiar por completo, donde ya fueron rescatadas las víctimas, donde incluso se han instalado jardines. ¿Tendremos que esperar las largas semanas que calculan tardarse con el equipo actual? ¿Qué podremos recuperar de nuestros seres queridos al cabo de ese tiempo? Necesitamos equipo pesado para remover esas enormes losas. Es urgente. Seguiremos insistiendo, día y noche, hasta recuperar a nuestros familiares que quedaron atrapados en el edificio de Niños Héroe 150 cuando desempeñaban su trabajo...”

### **Gobierno: no robarse este dinero**

En el mismo número de Punto (7 de octubre de 1985), Miguel Ángel Granados Chapa trataba sobre la ayuda recibida de México y del extranjero, e informaba de “una ciudadana (que) se atrevió a poner, en la ficha de depósito de su óbolo al fondo nacional de reconstrucción: ‘Gobierno: no robarse este dinero’... Todo ello revela, por si no fuese claro mediante otras indicaciones, que la honorabilidad gubernamental no es moneda de curso corriente, no sólo entre nosotros sino frente al exterior”.

### Humberto Musacchio

Más adelante menciona el periodista algunos casos de rapiña: “Ya circulan consejas —así hay que llamarlas mientras no consten fehacientemente— sobre latrocinios de bienes consagrados a aliviar las penas materiales de los damnificados. Ora es alguien que sabe que se están vendiendo herramientas españolas; ora es quien informa del personaje suizo que sufrió el robo de una parte del cargamento de auxilio que trajo desde Ginebra. Hay, asimismo, precisiones sobre el tema: los maestros de la sección 22 (del SNTE) de Oaxaca vinieron desde allá para entregar varias toneladas de víveres a quienes las necesitan en los albergues, pero su trayecto se vio interrumpido por las frecuentes exacciones que les infligieron los insensibles agentes de la policía federal de caminos”.

El mismo Granados Chapa hace referencia a los donativos de “quienes en vez de limitarse a depositar sus aportaciones en la cuenta número uno de Nacional Financiera (la del Fondo de Solidaridad), van a entregarlas directamente al Presidente para lucirse ante los medios de difusión y para que conste en público el tamaño de su generosidad”. Como entre los donantes figuran grandes magnates que han amasado sus fortunas sobre el sudor y la miseria de mucha gente, el articulista recuerda la coplilla que durante el virreinato se dedicó al filántropo Juan de Robles:

### Ciudad quebrada

Para ayudar a los pobres  
y con bondad sin igual  
el señor don Juan de Robles  
hizo este santo hospital  
...pero antes hizo a los pobres.

Un Juan de Robles contemporáneo, que aportó mil millones de pesos para el Fondo de Solidaridad, es Jorge Larrea Ortega, personaje de la minería que no ganó el aplauso de sus trabajadores con acción tan altruista. Los mineros de Taxco, al enterarse de la generosidad de su patrón, “no pudieron ocultar su malestar”, según narra Salvador Corro en *Proceso*: “No es que estemos en contra de que se ayude a los damnificados por el temblor —dicen los obreros. Nosotros mismos acordamos dar un día de salario. Pero esa cantidad, mil millones, es el dinero que nos escamotea. Son las utilidades que nos niega. Ese dinero debería invertirlo en equipo de seguridad para los mineros, en atender sus enfermedades profesionales. Nosotros, los mil trescientos mineros de Taxco, somos damnificados permanentes. Pero dudo mucho —dijo un trabajador— que el señor Larrea quiera hacer algún donativo para nosotros”.

Pero no sólo la calidad de la ayuda era motivo para dudar. La cantidad era un misterio, pues cada dependencia anunciaba cifras que no concordaban con las demás. Aeropuertos y Servicios Auxiliares informó que hasta el lunes 7 de octubre a las 12:00 horas habían llegado en total mil 920 toneladas de

### Humberto Musacchio

ayuda en 116 vuelos; la Comisión Metropolitana decía que eran 93 vuelos procedentes de 26 países; Gobernación 93 vuelos, de 43 países, con 15 toneladas; la Contraloría, por su parte, daba oficialmente la cifra de 177 vuelos, de 31 países, con uno punto 88 toneladas, todo según *unomásuno*. Al día siguiente, la Contraloría (nota de Lourdes Galaz en *La Jornada*) informaba que el gobierno federal sólo había recibido cuatrocientas toneladas de la ayuda, en tanto que el resto, unas novecientas toneladas, había sido para embajadas, organismos privados —sobre todo la Cruz Roja— y particulares. Como sucedió con los muertos y los damnificados, las cifras, en el renglón de la ayuda, también se fueron achicando en detrimento del crédito gubernamental.

El deterioro de la poca confianza popular en el gobierno mostró las penurias de la vida política mexicana. Ante la incapacidad del gobierno, la oposición exhibió una honda precariedad. El Partido Acción Nacional apenas si balbuceó algunas de sus repetitivas y estériles críticas a la corrupción. La izquierda independiente —PSUM, PMT y PRT—, por su parte, evidenció su pequeñez en medio de la movilización social más importante desde 1968. Los militantes de esos partidos, desde el primer momento, se incorporaron a las tareas de auxilio y participaron en las protestas de grupos afectados. Sin embargo, esa participación fue espontánea, individual, al margen o por encima de sus direcciones.

### Ciudad quebrada

El PMT y el PSUM perdieron los locales que alojaban a sus respectivas direcciones. El primero de estos partidos, varios días después del 19 de septiembre, envió un mensaje a Radio Educación, pidiendo que se pasara al aire como parte de la labor social de los trabajadores de esa estación. El texto pedía a los radioescuchas que ayudaran a conseguir un local para las oficinas pemetistas. La misma preocupación, obtener un espacio físico para los dirigentes, fue expresada por el secretario general del PSUM en una asamblea capitalina de ese partido. Heberto Castillo tuvo una amplia cobertura en los medios informativos cuando defendió la integridad y capacidad de los constructores.

Las fracciones parlamentarias de los tres partidos de izquierda independiente tuvieron su mayor éxito cuando lograron que el pleno de la Cámara aprobara que una iniciativa de congelación de rentas y suspensión de juicios de desahucio pasara... a comisiones para su estudio. El primer desplegado que publicó el PSUM, luego del sismo, el día 20 de septiembre, era un llamado a sus militantes para que brindaran su solidaridad a los afectados por la tragedia y abrieran los locales del partido para recibir damnificados. La actitud altruista de los dirigentes capitalinos del PSUM era plausible, pero no se diferenciaba de la observada por la Cruz Roja —mucho más eficiente ésta—, o el Club Rotario.

Individualmente, algunos dirigentes estuvieron al frente de las movilizaciones de vecinos, como Ar-

### Humberto Musacchio

noldo Martínez Verdugo, quien lo hizo en calidad de damnificado de Tlatelolco y como diputado. Sin embargo, nada hicieron ni intentaron las direcciones del PSUM, el PMT y el PRT para orientar a una multitud que había tomado la capital, para impulsar la defensa de los trabajadores puestos en la calle por el temblor y la voracidad patronal ni, mucho menos, para coordinar las tareas ciudadanas de autoprotección y solidaridad, vista la arrogancia e ineptitud manifiesta de las autoridades. Ante el achaparramiento político del gobierno, evidente sobre todo en los primeros días, no apareció ningún proyecto alternativo convincente. La ciudad seguía expuesta a toda clase de calamidades.

Para colmo, una fuerte tormenta se abatió sobre la castigada ciudad el lunes 7 y acabó con las esperanzas de hallar más sobrevivientes. El agua también actuó como enemiga de la capital, ese mismo día, cuando por razones ajenas a la lluvia se incrementó el caudal que recibe la metrópoli. El aumento de la presión reventó tuberías y millones de personas volvieron a quedarse sin el líquido. Muchos capitalinos estaban sin el servicio desde el mismo 19 de septiembre y la desesperación cundía entre las masas sedientas que prácticamente tomaban por asalto las pipas, especialmente en lugares donde no se habían instalado tanques provisionales.

Raúl Fernández, de la Asociación de Colonos de Ciudad Satélite, quien desde el primer día trabajó para llevar el líquido a colonias como la Obrera y la Morelos, tuvo algunas experiencias que hubie-

### Ciudad quebrada

ran hecho desistir a alguien menos templado. Cuenta Fernández que, primero, los vecinos de Satélite adquirieron grandes recipientes para llevar el agua a bordo de camionetas. Después descubrieron que era más práctico pagar por el flete y alquilaron una pipa —siete mil pesos por viaje— con la que iban de un rumbo a otro. A la siguiente semana, después del gran sismo, entregar el cargamento se convirtió en una aventura donde lo frecuente eran las peleas entre damnificados por el líquido, o bien las reclamaciones, los insultos y hasta los intentos de agresión física contra quienes iban a bordo de la pipa, pues la gente creía que eran empleados del Departamento del Distrito Federal y los acusaban de negligencia e ineptitud. Una y otra vez, con espíritu franciscano, Raúl debía explicar que no, que ellos habían juntado dinero para llevarles el agua y que nada tenían que ver con el DDF ni con otras autoridades.

En una ciudad de origen lacustre, el agua juega un papel de primera importancia y debiera ser tomada en cuenta para la vida económica, política y social. Pero no ha sido así. La locura especulativa que ha regido el crecimiento urbano es la causa de que se haya sobreexplotado el subsuelo para atender a una población que ha crecido en una forma que debió alarmar a las autoridades, cuando aún era tiempo de evitar una catástrofe. La capital, que en 1910 tenía 721 mil habitantes, para 1930 había llegado al millón y cuarto, y diez años más tarde a un millón 760 mil personas.

### **Humberto Musacchio**

Para saciar la sed de esa población creciente, desde mucho tiempo ya no bastaba con las fuentes superficiales y se dio paso a la explotación de los mantos subterráneos. Mientras más pozos se agotaban, más se abrían, hasta que resultó insuficiente el agua así extraída. Se procedió entonces a traer el líquido de fuentes lejanas. Buena parte de los tres millones y medio de capitalinos que había en 1953 empezaron a beber agua del río Lerma, ignorantes, lo mismo que las autoridades, de que así aceleraban la erosión de una ancha franja del Bajío, que se convirtió en páramo mientras descendía el nivel del lago de Chapala, disminuía la generación de energía eléctrica y en Guadalajara y otros puntos de Jalisco cerraban las fábricas, estimulando la emigración hacia la ciudad de México, cuya mancha urbana rompía los límites del Distrito Federal para posesionarse de territorios que empezaron a duplicarse cada diez años.

Era una mancha poblada de gente, de casas y de concreto que impedía la recarga de los mantos acuíferos. Como el agua no era absorbida por la tierra, se construían febrilmente kilómetros y kilómetros de drenaje para evitar posibles inundaciones, que todavía a principios de los años cincuenta cubrieron el centro de la ciudad, precisamente el área más deprimida por la explotación de los mantos freáticos. Para evitar las inundaciones se empezó a construir el drenaje profundo a decenas de metros por debajo del suelo y se iniciaron las obras para traer al agua que hacía falta, sobre todo para los grandes consumidores, los que

### **Ciudad quebrada**

hacen negocio con ella en la industria, el comercio y los servicios, pero a los cuales se les cobraba más barata o igual que a quienes sólo contaban con un empleo doméstico.

Se llegó al extremo de invertir hasta nueve mil millones de pesos para aumentar en un metro cúbico el caudal por segundo que llegaba al DF, esta vez traído del Cutzamala mediante un sistema que se presentó como un alarde técnico y orgullo de la ingeniería mexicana. Para colmo, según la opinión de algunos expertos, el drenaje profundo, mal sellado, roba alrededor de dos metros cúbicos por segundo a los mantos freáticos de por sí sobreexplotados, pues de los aproximadamente 48 metros cúbicos que se bebe la capital, la mitad se obtiene mediante pozos que, una vez agotados, se convierten en enormes cavernas subterráneas, pues la recarga representa menos de la mitad del agua que se extrae.

Paradójicamente, un porcentaje considerable de la realimentación de los yacimientos acuíferos se obtiene gracias a las fugas por desperfectos en la red de distribución, fugas que hasta antes del temblor eran calculadas por las autoridades en un 30 por ciento del total captado, lo que aumentó —según la Dirección General de Construcción y Operación Hidráulicas del DDF— hasta 40 por ciento debido a los sismos. Por si fuera poco, el Distrito Federal sólo reprocessa un 4 por ciento del líquido que consume.

La demencia del crecimiento urbano se muestra muy ilustrativamente con el caso del agua, que cuesta

### Humberto Musacchio

cada vez más traer desde fuera del valle de México y cuya extracción ha ocasionado un hundimiento de nueve metros en algunos puntos de la ciudad, principalmente en el centro, lo que a su vez, de acuerdo con declaraciones recientes de varios expertos, y viejas advertencias de los especialistas, ha originado una reconfiguración del subsuelo, haciendo inoperantes algunos estudios hechos en superficies donde ya se construyó y el temblor se encargó de destruir.

A quienes permitieron y alentaron esa explotación absurda y suicida del agua subterránea, habrá que pasarles algunas cuentas de la presente tragedia. Por comisión u omisión, son responsables de la muerte de seres humanos: por conocer los riesgos de la extracción de agua y no denunciarla con toda la fuerza de las instituciones académicas y de las organizaciones profesionales, o bien por saber de los peligros y decidir —en el caso de los funcionarios responsables— continuar con la extracción.

La sobreexplotación de los mantos acuíferos tuvo siempre un motivo en la lógica inmediatista de las autoridades: para crear empleos en la ciudad —decían— necesitamos estimular las actividades económicas, y una forma de hacerlo es dando a las empresas toda el agua que pidan, con tal de que inviertan. Si faltaba agua para uso doméstico se prefería retar a la naturaleza antes que afrontar un problema político. El crecimiento de la ciudad demandaba más agua, y se la dieron a todo costo.

## Ciudad quebrada

En la misma lógica se ubican otros problemas que estallaron el 19 de septiembre. Por ejemplo, el de las construcciones inseguras. Las carreras políticas de funcionarios en ascenso requerían dinero y se autorizaron proyectos dudosos mediante la aplicación del lubricante del sistema: la corrupción. Se dieron contratos con embarrada de mano a sabiendas de que los contratistas, castigados en sus costos por las mordidas, no podrían cumplir con las especificaciones antisísmicas. Se decretaron reglamentaciones poco exigentes porque de otra manera —lo han dicho respetables profesionales de la construcción— se hubieran hecho incosteables las edificaciones.

Si la ciudad crecía y planteaba la existencia de más y más altos edificios, había que hacerlos. Y se hicieron supuestamente para aguantar sismos de una magnitud semejante al de 1957, pero no de mayor intensidad, porque entonces hubiera sido muy caro construir. El criterio que se siguió fue construir trampas mortales, pero eso sí, rentables. A nadie se le ocurrió que, simple y sencillamente, había que dejar de construir aquí y empezar a hacerlo lejos del DF. Suspender la construcción hubiera significado parar también la destrucción. ¿Cuántos monumentos artísticos o históricos se hubieran salvado?

Solamente en las campañas electorales las cosas se planteaban de otra manera. Se decía entonces que debía detenerse el crecimiento de la capital. Hubo incluso un candidato, José López Portillo, que prometió

### Humberto Musacchio

planear el crecimiento de las ciudades. Y lo cumplió. A menos de un año de llegado a la Presidencia hizo publicar un Plan Nacional de Desarrollo Urbano, el cual, como la anunciada batalla contra la corrupción y otros proyectos igualmente estorbosos, se olvidó en medio de la ebriedad petrolera. El funcionario directamente encargado de aplicar aquel plan fue Pedro Ramírez Vázquez, arquitecto que en ese sexenio fue secretario de Asentamientos Humanos y Obras Públicas. Él estuvo encargado de la presunta descentralización de entonces, en la cual nunca se planteó el problema de fondo: sacar los poderes federales del valle de México.

Los planes descentralizadores nunca pasaron del papel y dudosamente ahora será distinto, pues ya se dijo que el Poder Ejecutivo aquí se queda. Si los poderes Legislativo y Judicial también siguen aquí no importa. No son esos los que tienen sobrepoblada la ciudad. La batalla por la sucesión presidencial, con su caudal de empleos de alto rango, poder y dinero, será en la ciudad de México, como ha sido desde que es capital, desde siempre. El refrán priísta dice que quien se mueve no sale en la foto. Puede agregarse que quien se sale de la pista no aparece ni en el álbum de recuerdos. Aquí seguirá el Presidente, aquí continuarán los secretarios de Estado, aquí permanecerá el poder, hasta que los saque una nueva catástrofe, nada remota, o una movilización social.

Esta ciudad es la sede del mando y de las mayores ambiciones políticas. La alta burocracia se sabe

### **Ciudad quebrada**

dueña de estos parajes. La familia revolucionaria se aseguró de que así fuera desde que el 28 de agosto de 1928 se suprimieron las municipalidades para crear, el 10 de enero de 1929, el Departamento Central, esto es, para hacer del gobierno de la ciudad más grande y poblada del país una oficina más del Poder Ejecutivo Federal. Marginados los ciudadanos de toda decisión, durante más de medio siglo los gobernantes han tenido manos libres. El catálogo de obras inconclusas es la mejor prueba de la ineptitud de los “regentes”; el Anillo de Circunvalación no pasó de ser apenas una avenida; el Viaducto se fue haciendo en trozos y por ambos extremos no se terminó; el Anillo Periférico, iniciado en el sexenio de López Mateos, todavía no le da vuelta a la ciudad; el Circuito Interior, pretexto para suspender el desarrollo del Metro, no acaba de cerrarse en casi tres periodos presidenciales; y los ejes viales siguen abriéndose.

Si en la ciudad de México está la sede de un gobierno ferozmente centralista, es muy explicable que aquí se den las expresiones más concentradas de irracionalidad, demagogia, ineptitud y antidemocracia. Si el país tiene una democracia a medias, la capital no tiene ninguna. Los capitalinos ni siquiera pueden elegir alcaldes, como sí puede hacerlo el más pequeño de los municipios de México.

Tan bien como se sabe que el federalismo es mera ficción ideológica, se conoce la realidad pasada del centralismo. Si los poderes estatales y municipales no son nada sin el centro, era permisible la pseudo

### Humberto Musacchio

democracia local, pero de ninguna manera la elección libre de autoridades en el corazón del autoritarismo, la capital, porque así se crearía un contrapeso inadmisibile para el único poder que puede, el Ejecutivo Federal. No porque fuera previsible, en la hipótesis de que el PRI conservara la mayoría, que los gobernantes del DF fueran en verdad independientes sino porque, siendo ésta la entidad más politizada del país, sería molesto sufrir los devaneos de un Congreso capitalino con diputados opositores en una proporción riesgosa, sería desequilibrador que en alguna delegación hubiera autoridades no sumisas; comités de manzana, juntas de vecinos y consejo de la ciudad algo más que consultivo.

No, definitivamente no era lo que recomendaba la prudencia. Lo mejor era amarrarlo todo, castrar las iniciativas populares, coptar a los líderes rebeldes o deshacerse de ellos cuando se negaban a la sumisión. Cualquier cosa antes que reconocer la mayoría de edad en los ciudadanos. Toda esa estructura del poder capitalino se revirtió en la catástrofe y, lejos de ser útil, constituyó un problema para las autoridades que habían mantenido cerrada la olla hasta que les estalló en la cara, pues ha contribuido a su total pérdida de prestigio —si es que tenían alguno— y ahora deberán buscar una salida decorosa; acceder quizá, porque para ellas es el menor de los males, a que por fin la ciudadanía del Distrito Federal tenga los mismos derechos que la de Tlaxcala, Colima o cualquier entidad federativa.

## Ciudad quebrada

### Lo peor no ha pasado

Lo que se conoce como ciudad de México abarca no sólo la jurisdicción del Distrito Federal sino una zona conurbada que penetra en más de diez municipios del estado de México. En esa mancha se hacinan 17 millones de habitantes —algunos calculan 18 millones—, de los cuales diez viven en el Distrito Federal. Así, el país ha debido llegar al absurdo de que en la milésima parte de su territorio se amontone la quinta parte de la población, lo que arroja una densidad demográfica superior a la de Tokio —160 habitantes por kilómetro cuadrado, contra 140 de la capital japonesa. Si uno de cada cinco mexicanos ha optado por vivir en la capital, la razón se halla en que aquí se genera cerca de la mitad del producto interno bruto (44 por ciento) y se gesta la cuarta parte de los empleos de todo el país.

Según datos aparecidos en la edición 1985 de *Todo México*, el Distrito Federal ha perdido 99 por ciento de su área lacustre, 73 por ciento de sus bosques y 71 por ciento del suelo productivo. Cada día, la ciudad produce diez mil cuatrocientas toneladas de desechos sólidos, la mayor parte de los cuales se deposita a cielo abierto, en tiraderos que son gigantescos focos de infección. El deterioro ecológico se expresa en que se deforestan mil hectáreas por año y en que las áreas verdes son menos de un tercio de lo que recomienda la Organización Mundial de la Salud por habitante; la atmósfera es ya irrespirable

### Humberto Musacchio

a consecuencia de la concentración industrial —46 por ciento de la producción se genera aquí— y los 23 millones de viajes— día que efectúan los vehículos que infestan la ciudad —dos millones en 1984.

De ahí que parezca conservador el cálculo de que, entre 1975 y 1985, las emisiones de agentes contaminantes aumentaron 150 por ciento. El fecalismo al aire libre contribuye a agravar el problema, pues tres millones de capitalinos carecen de drenaje. Esa atmósfera empuercada ya es un poderoso agente de morbilidad y aun de mortalidad, pero esa catástrofe se vive cotidianamente, y no parece alarmar a la población ni menos al gobierno. Esa pasividad antiecológica puede romperse abruptamente con una inversión térmica capaz de causar miles de muertos en un día frío y nublado de tránsito intenso y grandes embotellamientos. Las autoridades, por supuesto, no han tomado medidas para evitar un desastre de esa magnitud, como tampoco lo hicieron para impedir que se produjera la mortandad y destrucción que causó el terremoto del 19 de septiembre, pese a que no se ignoraba que podía ocurrir.

En sólo un año han ocurrido hechos terribles: en septiembre de 1984, pese a que la ciudad cuenta con drenaje profundo, se inundó el sur de la ciudad y hubo miles de damnificados. En noviembre se produjo la explosión de los depósitos de gas de San Juan Ixhuatepec y los muertos fueron varios cientos; a fines de marzo, la entrada tumultuaria a un estadio de fútbol causó decenas de víctimas, ante la presencia de

### Ciudad quebrada

una policía abúlica. Estos son únicamente los hechos recientes. Muchos más podrían enlistarse. Lo común a todos es que siempre se eluden responsabilidades aduciendo que se trata de accidentes y, cuando se admite responsabilidad gubernamental, no se considera que exista delito ni culpables que perseguir, como sucedió en el caso de Ixhuatepec, donde ningún funcionario de Pemex fue procesado, aunque la empresa se responsabilizó expresamente del desastre, pero sólo para fines de indemnización, pues las autoridades judiciales no hallaron indicios (los muertos ya habían sido sepultados) de que al menos uno de los funcionarios de esa paraestatal tuviera responsabilidad penal.

Cuando se menciona como causa única de las catástrofes a los accidentes, de algún modo se culpa al destino por la imprevisión de los funcionarios. Poco después de la explosión de San Juanico, Jorge Carrillo Olea, subsecretario de Gobernación, anunció que se estaba elaborando un Plan Nacional de Seguridad. Diez meses después, el país seguía careciendo de seguridad, y el plan mismo no aparecía. Pero los riesgos siguen presentes: la refinería de Azcapotzalco, no lejos ni cerca sino dentro de la misma ciudad, sigue ahí, para que cualquier día, por accidente, sabotaje o cualquier otra causa algo la haga volar y se lleve con ella las vidas de un millón de capitalinos. Por eso es inaceptable, como creen las autoridades, que “lo peor ya pasó”.

La destrucción causada por el terremoto representa, según diversos cálculos, entre cuatro mil y

## Humberto Musacchio

seis mil millones de dólares. El economista argentino Carlos Ávalo, quien vivió y trabajó en México, atenido a la estimación más alta escribió que el pago de intereses de la deuda externa, que asciende a 12 mil millones de dólares, equivale cada año a dos desastres como el producido por el terremoto del 19 de septiembre. Y habría que agregar que eso incluye también las vidas de muchos seres humanos, expuestos más que nunca a morir de enfermedades curables por falta de atención médica —pues se recortó el gasto público en el renglón de salud. Esos damnificados del terremoto semestral de la deuda son los desempleados, cuyas familias han caído en la desnutrición absoluta; los subempleados y los que, aun con salario regular, han visto drásticamente disminuido su ingreso real. El FMI tiene una potencia destructiva que Richter nunca pudo imaginar. Esa es una catástrofe que debe tenerse en cuenta.

## Los funcionarios

El 8 de octubre, sin permitir preguntas, Victoria Adato, titular de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal, leyó ante representantes de la prensa un texto en el que defiende a los policías a su cargo —“compañeros”, los llama—, acusados por la opinión pública de torturar y asesinar. La señora Adato incluyó en su texto la lista de detenidos en la PJDF “al momento de suceder el siniestro”. Para justificar que no se hallaran en las celdas —los llamados separos—, que estaban en

### Ciudad quebrada

el sótano del edificio ahora reducido a escombros, y sí en el cuarto piso, arguyó que esta última planta “era el lugar más cercano y accesible a la ‘Cámara de Gezel’, que se localizaba en el tercer piso del propio edificio” y donde presuntamente iban a ser identificados por los supuestos “ofendidos”.

Como se recordará, la señora procuradora ignoraba cuántos detenidos había en la institución a su cargo, de acuerdo con las primeras declaraciones que hizo a la televisión después del sismo y muchos días después, cuando dijo que esperaba, como lo consigna *Excelsior*, que ya no hubiera más detenidos bajo los escombros. Pero esta vez, 8 de octubre, declaró que no había “sido posible recuperar los cuerpos de Julián y Jaime Andrés Ruiz Quintero”, colombianos, “quienes se supone se encuentran aún bajo los escombros” (o se supone, podríamos agregar, en libertad o bajo tortura en alguna cárcel particular de los judiciales).

Más adelante expone que, pese a la dispensa de necropsia para las víctimas del sismo, se ordenó que sí se les practicara a los cadáveres de quienes habían estado detenidos. Una doctora del Servicio Médico Forense concluyó —dice la señora Adato— que “la muerte de los señores Juan Antonio Hernández Valencia y Manuel Ramos Gutiérrez corresponde a lo que habitualmente se observa en las personas atrapadas en un derrumbe, en las que se combinan los traumatismos y los fenómenos de asfixia”.

La funcionaria no informa de la experiencia del médico forense en el análisis de personas muertas en

### Humberto Musacchio

derrumbes. Curiosamente, en la muerte de muchos torturados también se combinan los traumatismos y los fenómenos de asfixia. La misma empleada del Servicio Médico Forense citada por la señora Adato, vuelve a la carga con su hipótesis en el caso de otro cadáver: “la combinación de traumatismos múltiples con asfixia por compresión es común en las personas que sucumben bajo los escombros de un derrumbe. Habiéndose rescatado el cadáver en cuestión de un edificio derrumbado, es congruente concluir que Héctor José Montoya —otro detenido— falleció por las causas asentadas”. Sobran los comentarios.

Otro caso que expuso la procuradora fue el del abogado Saúl Ocampo Abarca, a quien se encontró muerto —según la funcionaria— en la cajuela de su automóvil, el 22 de septiembre en la calle de Puebla, a unas cuadras de la Procuraduría. Por el estado de descomposición del cadáver, el forense determinó que “esta persona había muerto en un término de nueve a once días con anterioridad a la fecha del hallazgo”. Sobre el asunto, Hernán Casares Cámara recordó, en Punto del lunes 14 de octubre, que el director de la Policía Judicial, Raúl Melgoza, así como otras autoridades, “afirmaron que si bien el cuerpo de Ocampo se había descubierto en la colonia Roma, no sabían con certeza el sitio exacto, a pesar de que ya circulaban en el medio policiaco versiones extraoficiales señalando la calle de Puebla como el sitio exacto”.

Agrega Casares Cámara que contra la versión de la procuradora hay otra, según la cual “una cuadri-

### Ciudad quebrada

lla de rescate integrada por trabajadores de la constructora ICA, que laboraban en el edificio de la Procuraduría en Niños Héroes y Doctor Liceaga, encontró bajo sus escombros el 22 de septiembre pasado el automóvil Ford Topaz de Ocampo, con su propietario dentro y sin vida.

El cadáver del penalista estaba amordazado, vendado de los ojos y amarrado de pies y manos”. También, de acuerdo con la autopsia, Ocampo murió a consecuencia de un disparo de arma de fuego, “en tanto que el reportero de *El Universal*, Guillermo Valencia, afirmó que él mismo reconoció el cadáver y no encontró en él huellas de heridas de bala”, señala el periodista, quien agrega que empleados de la agencia funeraria donde se veló el cadáver observaron que éste estaba cosido con un hilo ya tan corroído que estimaron que la autopsia “tenía por lo menos cinco o seis días de realizada”, o sea, antes del 19 de septiembre.

Otras incongruencias: el cadáver fue llevado al forense antes que al Ministerio Público, cuando usualmente es al revés; policías judiciales y “miembros del ejército” custodiaron el cadáver hasta verlo sepultado en Zacatepec, Morelos. Un exceso de celo, obviamente. Poco después, la Procuraduría presentó a dos acusados del asesinato, quienes ante los reporteros aceptaron todos los crímenes que se les quisieran endilgar. Para el caso daba lo mismo. Los acusaba la Procuraduría y el crédito de la institución había tocado fondo.

### Humberto Musacchio

Otro funcionario: cuando Guillermo Carrillo Arena fue designado secretario de Ecología y Desarrollo Urbano por el Presidente, los periodistas serios pusieron en duda la eficiencia y honorabilidad del nuevo miembro del gabinete. Alguien incluso dio por sepultada la renovación moral, una de las banderas del sexenio, y acusó a Carrillo Arena de ladrón, como lo hicieron varios comentaristas más. Pero no pasó nada.

Después se publicó que en la declaración de bienes que todo funcionario debe presentar, el titular de la Sedue manifestó poseer 15 mil millones de pesos y se plantearon dos hipótesis: una, la de quienes demandaban que se investigara de dónde salió tan cuantiosa fortuna; otra, que se trataba de una declaración inflada, pues al manifestar más fortuna de la que en realidad tenía, Carrillo Arena ampliaba su capacidad de enriquecimiento, pues no tendría que explicar el origen de los bienes que pudiera allegarse hasta reunir tal cantidad. En cualquier caso, si los periodistas mentían, debió demandárseles; si no, el gobierno estaba obligado a proceder contra el señalado. No pasó una cosa ni la otra.

Después del temblor, el arquitecto Carrillo Arena fue acusado de homicidio por figurar como responsable de la construcción de dos centros hospitalarios que se derrumbaron por el sismo. Raúl Prieto, Manú Dornbierer y Miguel Ángel Sánchez de Armas han recordado que al construir el Hospital Juárez, Carrillo Arena era funcionario de la dependencia encargada

### Ciudad quebrada

de estas tareas. Circula el chiste de que en vez de cemento, usaba Carrillo “arena” en las obras a su cargo.

Quien debe indagarlo, la autoridad judicial, no parece preocupada por esas minucias, de ahí que el funcionario acusado se desborde a la hora de hacer declaraciones. A la pregunta “¿Qué vio usted en las estructuras derruidas?”, el secretario respondió sin sonrojarse: “raterismo y corrupción”. Y fue más lejos. Según informó a *La Jornada*, él mismo pidió que se investigue el caso del hospital caído “para deslindar responsabilidades”. Habrá que ver si la investigación se realiza. Por lo pronto, Carrillo Arena habla y habla, traza sin quererlo el autorretrato de un funcionario mexicano típico, autoritario, atemorizado por la movilización social, servil con su jefe.

*Proceso* presentó un florilegio de la verborrea carrillesca en el número 467, de donde tomamos algunos botones de muestra, cuya sintaxis recuerda el juicio que hacía don Ermilo Abreu Gómez de la retórica priísta: “no es un problema de gramática, decía el gran viejo, sino de zoología”. Ahí van:

“Sentimos que ésta es una catástrofe —decía el secretario precisamente el 19 de septiembre— dramática para la ciudad y, dentro del dramatismo de la misma, parece ser que los daños, que han costado evidentemente muchos miles de vidas, no presentan las características de un desastre donde hay muchos damnificados.”

“Algunos programas que habíamos dispuesto de vivienda emergente —declaraba el día 20—,

### Humberto Musacchio

no son necesarios porque, repito, las características de esta catástrofe no deja una gran cantidad de damnificados.”

“Es satisfactorio informar —unas horas después del sismo—, no obstante que a ustedes les va a causar extrañeza, que lo único que está dañado seriamente son los teléfonos... de ahí en fuera, presas, ninguna se reventó; puentes, ninguno se cayó; el agua potable está garantizada.”

“La verdad es que el desastre es de edificios caídos, no hay damnificados en las calles.”

“Creo que es muy buena idea del Presidente de la República el que, en la tragedia, estamos viendo cómo en tres meses dar una idea diferente de ciudad, y no estar recordando en cada tránsito un desastre.”

“No es cierto que esté fallando aquí el agua potable, está perfecto. Claro, hay algunas válvulas cerradas porque hay edificios caídos y saldrían chorros por todos lados.”

“La tarea de nosotros es no informar —dicho ante una comisión de diputados. Un momento de crisis no está para informar alcances.”

“Si bien es cierto que el señor Presidente no quiere que las secretarías se descentralicen, nada le daría más gusto que poderlo lograr... Ya hicimos una invitación respetuosa a Infonavit, a Fovissste, a Banobras, para que se descentralicen. No los queremos aquí, no son organismos que pertenezcan al sector central.”

### **Ciudad quebrada**

“La oferta de vivienda que el Estado tiene es suficiente para hacer frente a los damnificados, en materia de pérdida de vivienda...”

“En el caso de Tlatelolco... son propietarios cuando les conviene y cuando no les conviene no son propietarios.”

“La vivienda en este país no se regala. En este país no cometeremos el error de regalar jamás una vivienda, y menos ahora... El gobierno, lo que puede hacer ante una fuerza superior, es proporcionar albergue y comida, nunca vivienda.”

“Si esta acción que hemos anunciado con toda energía no va acompañada de expedir las constancias de propiedad y las constancias de ocupación por los vecinos, habrá unos vivales de dudosa procedencia ideológica, de ultraderecha como los hay más cerca de nosotros de lo que creemos, y de ultraizquierda, que también andan cerquita, haciéndole al payaso y tratando de capitalizar a los pobres tres mil doscientos damnificados que sí existen...”

“Necesito que haya 25 casetas... Tampoco se pueden acreditar como una acción que no le solicitó nadie al gobierno federal y ya por fin lo logré hoy, a pesar de lo que creen las gentes de una manifestación en la calle, logré hacer la manifestación porque no había ningún imbécil que hiciera la manifestación. Entonces logré hacer la manifestación, logré traer aquí a los líderes, ya logré traer al partido, ya logré traer al PSUM. A ver si ya por fin nos encargamos,

### Humberto Musacchio

como gobierno, de atender una manifestación, porque no hay posibilidades de organizar una sociedad en el colapso y hay que organizarla.”

“Yo quisiera poner a disposición del Poder Legislativo, porque son instrucciones que tengo del Presidente de la República, ciertos locales que algunos funcionarios comodinos que tenemos en el sector paraestatal tenían oficinas en México y en Zihuatanejo, y andaban con un electrocardiograma pegado al brazo todo el día para ver si salían de quinientos metros de altura.”

“No me preocupa ser multihomicida ni posesionarme de una fortuna de 15 mil millones de pesos; esa es la gente que quiero acabar yo porque la paz social nos cuesta mucho trabajo. Y no les quiero dar información a este tipo de corruptos que han vivido a través de otros políticos que quieren llegar. Todos ustedes ya llegaron, yo también. El que no sea político pues para qué se preocupa. Yo no quiero darle información a nadie. Si se enojan los medios, su tarea es ésa. Si se enojan mis medios, me corren; si se enojan los medios de ustedes, pues que les pidan su renuncia a ellos. Ahora, si tiene usted que darle una iguala para que no digan nada, lo hago responsable conjuntamente con el oficial mayor... Aunque creo que de todos modos se las damos. Entonces, que no estén jeringando. Nosotros no damos información.”

“Cualquiera —dicho ante damnificados— que quiera mezclar la crisis en la que está inmerso nuestro país, como muchos otros del mundo, en materia

### **Ciudad quebrada**

financiera, con la crisis que hoy día nos agobia a los mexicanos, es un cobarde, porque no tiene nada que ver la crisis financiera con la crisis de perder familiares, de tener deudos, de tener problemas.”

“Quiero que quede muy claro y quiero que sepan que el secretario de Desarrollo Urbano y Ecología no tiene una sola duda. No me parece que nadie ni ningún imberbe venga a decir aquí que son cosas vagas...”

“En este país tenemos un presidente honesto y tenemos un presidente con palabra. Entonces, no vamos a permitir que en este momento se dude de cada cosa.”

“Yo estoy responsabilizado del patrimonio inmueble federal y de la vivienda. Sin embargo, basta y sobra la más mínima insinuación del señor Presidente para que yo atienda todo lo que él quiera.”

“Por desgracia, ya no queremos gentes que apaguen su apetito de lo que quisieron ser en una catástrofe. Ya no necesitamos ni bomberos que no pudieron ser bomberos ni necesitamos ambulantes que manejen rápido los coches con una banderita colorada.”

“Ya también estamos hartos de muchachitos con bandera roja corre y corre por toda la ciudad. Ya estamos hartos de que se sientan gentes buenas porque están haciendo siete tortas.”

“Queremos dividirlos (a los damnificados de Tlatelolco, dijo ante el comité técnico del Fonhapo)

### **Humberto Musacchio**

en 25 sitios a donde tengan que acudir, para que se pulverice y no haya una homogeneidad de liderazgo.”

“Estamos politizando y sobrepolitizando y agitando a una comunidad en que ya se presentan líderes que no quieren que se resuelvan cosas y que quieren crear embudo, que ya están ejerciendo presiones severas, y que ya aparecieron camaradas de carácter extranjero, tendencias de ultraderecha, tendencias de ultraizquierda...”

“Lo que necesitamos es apagar la manifestación política.”

“Creo que el conflicto va a crecer.”

### **La expropiación**

Tres semanas después del terremoto, el Gobierno federal adoptó la primera medida de fondo para afrontar la situación: la expropiación, por causa de utilidad pública, de alrededor de siete mil inmuebles que ocupan terrenos que suman en total unas 250 hectáreas, según dijo Ramón Aguirre, o cinco mil 480 predios, de acuerdo con las cuentas que hizo el noticiero 24 Horas, de Televisa. Lo expropiado se ubica en las delegaciones Gustavo A. Madero, Cuauhtémoc, Venustiano Carranza y Benito Juárez. Se trata de viviendas que dañó el sismo, ocupadas “por familias de escasos recursos”, dice el decreto respectivo, “que tienen sus empleos o modestas fuentes de vida en esas áreas en las cuales han arraigado y se identifican en determinados barrios o colonias, hasta el punto de hacer in-

### **Ciudad quebrada**

conveniente su reubicación en otras zonas, y por tal motivo las viviendas dañadas deberán ser sustituidas por edificaciones que garanticen la seguridad de sus habitantes, y solucionar al mismo tiempo problemas sociales en las condiciones de vida de las personas que resultaron afectadas por el siniestro”.

La lista de predios expropiados, plagada de defectos —direcciones equivocadas, desorden en el agrupamiento por delegaciones, etcétera— apareció en el Diario Oficial del 11 de octubre, varias horas más tarde de lo habitual, seguramente para impedir que alguna maniobra legal permitiera a los expropiados ampararse. Por primera vez desde el gran sismo, el gobierno respondía con una disposición trascendente a los cientos de miles de capitalinos sin hogar. El decreto mismo era la prueba más contundente de la demagogia desplegada durante los días anteriores. En la ciudad de México, con necesidad de mejorar, sustituir o construir ochocientos mil viviendas antes del temblor, se carecía de toda posibilidad de resolver por los cauces habituales la demanda de habitación creada por el terremoto. De ahí la expropiación.

Si con similar decisión se hubiera actuado desde la tremenda mañana del jueves 19, recurriendo a decretos expropiatorios para emplear coordinadamente toda la maquinaria disponible en el Distrito Federal, para tomar, de donde las hubiera, aquellas herramientas que requerían las tareas de rescate o los medicamentos que demandaba una colosal cantidad de lesionados; si los particulares, individualmente, no

### Humberto Musacchio

hubieran tenido que salir en busca de lámparas de pilas, puesto que el gobierno habría intervenido fábricas y grandes comercios “por causa de utilidad pública”; si se hubiera enviado de inmediato un mensaje solicitando ayuda de todos los países; si con energía se hubiera centralizado la coordinación de las labores de auxilio; si se hubiera puesto a policías y soldados a trabajar entre los escombros desde el primer momento; si los voluntarios hubieran recibido respeto y estímulo para mantenerse en las actividades solidarias; si todo eso se hubiera hecho con la confianza en que el pueblo respondería ordenada y creativamente, muchas vidas se habrían salvado y la tragedia habría sido también el principio de un trato político distinto, de una nueva convivencia entre los mexicanos.

El decreto de expropiación es positivo, pero pudo ser más oportuno. Desde luego, era difícil esperar medidas avanzadas de un gobierno tan reacio a incurrir en lo que considera populismo, tan temeroso de que lo juzguen izquierdizante. Pero lo hizo, así sea por la insoslayable necesidad de responder a un problema que, como muy bien lo entendieron varios miembros del gabinete, amenazaba con tornarse explosivo. Con funcionarios como Victoria Adato, como Carrillo Arena —no por desmesurados menos representativos—, la expropiación, pese a su indiscutible trascendencia, puede convertirse en motivo para un nuevo despliegue de autoritarismo y en oportunidad dorada para grandes corruptelas.

## Ciudad quebrada

Por una ironía propia del sistema político mexicano, un gobierno de raigambre derechista recurre a la expropiación para responder a un problema social. La medida se adoptó después de condenar toda agitación y amenazar a la disidencia. La decisión se tomó en el Olimpo y, también desde arriba, puede ser modificada, sobre todo si se desatan las presiones empresariales y Washington aprieta. La opinión de las mayorías importa menos que la fuerza de los centros económicos, precisamente porque se desconfía del pueblo. Los que ahora mandan, consideran a los gobernados menores de edad, manipulables, masa, informe y sumisa, conformista con dádivas, no respetable por derecho.

“Nada más falta, nada más —escribió Froylán López Narváez en *Proceso*—, que no empiecen las desviaciones, los negocios, los favoritismos, los miedos. Que no pase con la expropiación lo que pasó con la nacionalización de la banca. Porque si fuese así, los temores, los asedios, las luchas abiertas serán inevitables, concretas.”

El terremoto abrió una honda grieta que ha dejado ver la indefensión de la sociedad y las debilidades del sistema de poder imperante desde hace más de medio siglo. La política del palo y la zanahoria mostró sus límites. Ya no da para más. El aparato político mexicano, autosatisfecho con su mecánica y amañada ratificación electoral, ahora se sabe empobrecido en lo ideológico. El sentido común de las masas ya no compartirá las certezas del sistema. Dentro de éste también ganará territorio la duda.

### **Humberto Musacchio**

La reconstrucción de la capital implica la reconstitución del poder, no sólo para introducir cambios en el equipo gobernante, necesidad que ya debiera ser obvia, sino para intentar otra clase de liderazgo, con otra gente, con representantes de otras fuerzas. Se han dado algunos pasos en esta dirección al incorporar, dentro del interminable número de comisiones y comités creados en estos días, a personas ajenas a la burocracia, a intelectuales tradicionalmente críticos que ahora, mansamente, se han acomodado en los peldaños inferiores de la pirámide. Esto está muy bien para la renovación de cuadros, pero no es suficiente para reordenar a la ciudad ni al país.

La tarea principal recaerá no sobre los gobernantes sino en los ciudadanos, especialmente los trabajadores, únicos capaces de garantizar cambios de fondo, de levantar su vivienda y su vida, lo que no será fácil, pues México, como lo señala don Alejandro Gómez Arias, si quiere “asegurar su identidad, tendrá que transitar un negro camino de sacrificios, levantar una moral inflexible, eliminar las corrupciones e ineptitudes, castigar a los culpables. Vale decir, modelar una patria. La ciudad herida caminará sobre sus muertos”.

**México, DF, octubre de 1985.**



**Humberto Musacchio.** Nació en Ciudad Obregón, Sonora. Hizo estudios de Economía en la UNAM. Ejerce el periodismo desde 1969 y ha escrito para los principales diarios de la ciudad de México.

Es autor de libros los de crónicas: *Hojas del tiempo* y *Urbe fugitiva*; de una *Historia gráfica del periodismo mexicano*, de la *Historia del periodismo cultural en México* y de *Quién es quién en la política mexicana*, entre otras obras. Hizo la selección y prólogo de la antología *Alfonso Reyes y el periodismo*.

Actualmente escribe en el diario *Excélsior*, en los semanarios *Siempre!* y *emeequis*. Conduce en Radio Red el programa “La República de las Letras”.